

15.^a edición

EUGENE BOYLAN

Dificultades en la oración mental

EUGENE BOYLAN

DIFICULTADES EN LA ORACION MENTAL



ISBN 84-321-3314-0



9 788432 133145

PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

Casa Provinciale SSM



Dom Eugene Boylan, monje cisterciense de la Abadía de Mount St. Joseph (Roscrea, Irlanda), examina en este libro la naturaleza y los modos de la oración, desde el punto de vista real y eficaz del cristiano que quiere serlo de verdad.

Su intención es enseñar a hacer, sencilla y llanamente, oración, simplificando su práctica y haciéndola asequible a todas las almas: a los religiosos apartados del mundo, a los sacerdotes seculares y a todos los de-

Cubierta: *Retablo de los cuatro santos*, de Filippino Lippi. San Michele, Lucca.

DIFICULTADES EN
LA ORACIÓN MENTAL



DOM M. EUGENE BOYLAN, O. CIST. R.
Monje de la Abadía Cisterciense de Mount St. Joseph, Roscrea

DIFICULTADES
EN LA
ORACIÓN MENTAL

DECIMOQUINTA EDICIÓN

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Título del original inglés:
Difficulties in mental prayer
(M. H. Gill and Son, Ltd. Dublin, 1948)

© 2006 de la presente edición by EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid

Primera edición española: 1951
Decimoquinta edición española: mayo 2006

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. El editor está a disposición de los titulares de derechos de autor con los que no haya podido ponerse en contacto.

Fotocomposición: Gráficas Anzos, S. L.

ISBN: 84-321-3314-0
Depósito legal: M. 16.789-2006

Impreso en España

Printed in Spain

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO	11
I. Introducción	19
II. Las potencias del alma	27
III. La oración discursiva	33
IV. Modificación del método	39
V. Orígenes de la dificultad de la oración	47
VI. Hacia la oración afectiva	57
VII. La oración afectiva	67
VIII. Otras consideraciones. La oración simplificada	73
IX. Rectitud de vida	81
X. La oración y la vida espiritual	89
XI. La senda del progreso	97
XII. Las dificultades de no orar	105
XIII. La oración del sacerdote	111
XIV. El espíritu de adopción que habita en nosotros	121
XV. Nuestra identificación con Jesucristo	131
XVI. El crecimiento de Jesucristo dentro de nosotros	141

	<u>Págs.</u>
XVII. Emmanuel, «Dios con nosotros»	149
XVIII. Balance	157
XIX. La oración de fe	165
XX. «Muchos son los llamados»	177
XXI. Conclusión	187
APÉNDICE	199

*A María, madre de Cristo,
que nos la dio por madre nuestra*

teria de la meditación metódica queda solamente bosquejada, pues hay bastantes libros excelentes que la tratan con gran detalle. Además, las almas a las que se dirige en primer lugar este libro son aquellas que no pueden lograr su objeto con los usuales métodos de meditación, así como aquellos que fueron capaces de meditar, pero que ahora se encuentran en la imposibilidad de hacerlo.

Con el fin de situar esta «impresión suplementaria» en el cuadro general de la oración, se bosqueja, al menos, el conjunto de la materia; ciertos aspectos que parecían necesitar que se les tratara más detalladamente, quedan expuestos con más extensión. Pero hay otra razón por la que hemos insistido en incluir un examen de aquellos estados de la oración, que hemos llamado la oración de fe, y por la que rogamus al lector, sea cual fuere su posición en la escala de la oración, que lea toda la obra. Sean cuales fueren las leyes generales del desarrollo de la oración, cuando se observa y se saca un promedio en un gran número de almas diversas, la mayoría de los individuos encuentran que su camino es muy tortuoso y muestra variaciones rápidas y considerables. Parece, por tanto, que, salvo quizá en los comienzos mismos, un conocimiento de la naturaleza y técnica de todos los diferentes estadios de la oración no solamente ayuda en cualquiera de ellos, sino que incluso es necesario en todos.

A pesar del título de esta obra, no se trata de un análisis científico ni de un catálogo clasificado de las varias dificultades que pueden presentarse en la oración, con una solución práctica completa de cada

una de ellas consignada en el lugar correspondiente. Su propósito es, más bien, examinar la naturaleza y los modos de la oración, no con una objetividad científica, sino desde el punto de vista del individuo, considerándola tal como le aparece a él. De este modo se espera poner al alma en situación de abordar la mayoría de sus propias dificultades. Asimismo el fin primario no es tanto instruir al lector como animarle a que siga esforzándose en la oración, e inducirle a que se procure más información en las obras de plumas más competentes. Por eso se trata el asunto en forma tan condensada; tanto, que hará falta una segunda lectura para enterarse de todo lo que hemos querido decir. Esta segunda lectura es muy aconsejable, por el hecho de que los primeros capítulos se entenderán más fácilmente a la luz de los siguientes.

Se supone que el lector es consciente de la necesidad de la oración mental, ya que este punto está bien tratado en muchas otras obras. Un cristiano que no haga oración es como un hombre que no piense o no tenga volición —un mero animal en la vida espiritual—. Es manifiestamente imposible buscar la perfección sin la oración mental, la cual, por supuesto, puede hacerse de un modo absolutamente inconsciente. De hecho, se puede decir que si un hombre no hace oración, no puede salvar su alma.

Tenemos que insistir en que no podemos considerar que la vida «activa», en el estado de perfección religioso o en el sacerdocio, impide al alma avanzar —y avanzar mucho— en los caminos de la oración. Por el contrario, el estado de perfección religioso, si

lo es verdaderamente, deberá conducir al alma a un progreso en la oración y ser una continua ayuda para él a tal fin. El propósito primario y esencial de la vida religiosa es la perfección de cada individuo religioso; de otro modo no tendría derecho al nombre. Ahora bien, intentar la perfección es justamente lo que se necesita para hacer posible un progreso en la oración, y, a su vez, la oración es el mejor medio de buscar la perfección, sobre todo cuando aquélla es «progresiva».

El mismo razonamiento es válido respecto a los sacerdotes que viven en el siglo. Aunque sus obligaciones en materia de perfección son algo diferentes, y a pesar del hecho de que las dificultades a que tienen que hacer frente son muy considerables, sin embargo, todo lo que decimos de la oración, incluso aquello que se refiere a los religiosos, se aplica igualmente a su caso. Y aunque nosotros tenemos personalmente menos conocimiento directo de sus problemas, se ha insertado un capítulo que trata de la oración de los sacerdotes, para que no crean los lectores del clero secular que se ha estimado que sus esperanzas de progreso en la oración son menores que las de los religiosos.

Y creemos que tampoco los seculares están imposibilitados, por el tipo de vida que llevan, para esperar el progreso en la oración tal como lo indicamos en este libro. Cualquiera que esté dispuesto a servir a Dios con buena voluntad y dedique el tiempo suficiente todos los días a la lectura espiritual y a la oración, puede esperar razonablemente que prospere su amistad con Dios, que es progresar en la ora-

ción. Las dificultades de los seculares en la vida interior necesitan un tratamiento más detallado que el que pueda dar este libro, pero no son insuperables, y no tienen por qué impedir a cualquier persona secolar de buena voluntad que intente llevar una vida interior de oración viviendo en el mundo.

Además, nos oponemos decididamente a la teoría de que no hay un estado de oración intermedio entre la meditación metódica y la contemplación pasiva. La oración se nos muestra como el resultado de una intimidad y amistad progresivas con Dios, como esperamos resulte evidente por estas páginas. Si la oración no puede progresar, tampoco la amistad.

Este punto es de la mayor importancia práctica, pues falsas nociones a este respecto pueden apartar a un alma de cualquier esperanza de lograr una unión con Dios. En el curso de lo que sigue intentaremos mostrar cómo se puede procurar y encontrar esta unión, mediante una intimidad siempre creciente con Jesucristo, en la oración y en la acción. Esto lleva a una visión de cada ejercicio de la vida religiosa como un lugar de reunión donde el hombre está seguro no sólo de encontrar a Jesucristo, sino de ser capaz de unirse a Él. Y esta visión es el mejor remedio de lo que es quizá el estado de mayor miseria en la tierra, la miseria del servicio tibio en la vida religiosa, pues coloca la rutina de la vida, que de otro modo sería aburrida y monótona, a una luz completamente nueva y cautivadora, que ofrece nuevo aliento y más amplio horizonte a muchas almas.

Se encontrará, asimismo, que la división de la oración en estudios netos y bien marcados se ha evi-

tado en gran parte. Las definiciones también, cuando se dan, son flexibles y, algunas veces, vagas. Esto, sin embargo, se hace de un modo absolutamente deliberado. No es útil intentar que nuestras nociones sean más definidas o estén más claramente clasificadas que lo está la realidad de la oración misma. Pues la oración, especialmente desde el punto de vista del individuo, puede ser a menudo muy indefinida y absolutamente inclasificable. Y, además, aunque hubiere una escala de oración bien marcada para cada individuo, no es necesario, al menos como regla general, saber en qué escalón se está. Lo importante es evitar estar parado y continuar ascendiendo.

El hecho de que la misma dificultad se presente a menudo de nuevo en los diferentes estadios en el progreso de la oración, y que el mismo principio encuentre diversas aplicaciones en el curso de la vida espiritual, nos ha conducido a una serie de repeticiones en el texto. En un libro escrito para atender a las necesidades de las almas de los individuos, y que enfoca su materia desde diferentes puntos de vista e intenta deshacer los errores y nociones equivocadas que pueda haber, esta repetición parece justificada y confiamos en que se nos excusará de ella.

No nos disculpamos de hacer lo que solamente puede ser un intento imperfecto, en la difícil tarea de bosquejar la doctrina de San Pablo sobre la inhabitación de las personas divinas en el alma bautizada y la doctrina del Cuerpo Místico. Esta doctrina fue el fundamento sin par de la vida de oración, y se nos muestra no solamente como el mejor estímulo

de ella, sino también como la base más segura para esperar en su logro. Concretamente San Pablo mismo atestigua que el Espíritu Santo presta auxilio a la debilidad de nuestra oración, y muchos teólogos ven una estrecha conexión entre la obra de los dones del Espíritu Santo y el desarrollo de la oración. Que el esfuerzo por conseguir orar lleve consigo el esfuerzo por conseguir la santidad no tiene por qué hacer dudar a nadie de la posibilidad de su consecución. Cuando nuestro Salvador resucitó, tomó sobre sí todo posible obstáculo de nuestro pasado, de nuestro futuro, de nosotros mismos o de lo que nos rodea, que pudiera oponerse a nuestra santidad. La agonía que desgarró su Sagrado Corazón en el huerto fue el pensamiento de que después que había hecho y padecido tanto —mucho más de lo necesario— por nuestra santidad, haríamos inútil su Sangre por nuestra cobardía y por no creer ni confiar en Él. El mayor valor que podemos dar a los padecimientos de Cristo es creer que pueden hacernos santos, incluso siendo como somos. En efecto, todo lo que en su Cuerpo —en nosotros mismos— está falto de la Resurrección de Cristo, tenemos que llevarlo a su plenitud haciendo que resucite en nosotros mediante nuestra santidad.

Si hay alguna gracia, algún bien, algo de provecho en estas páginas, se debe a la intercesión de María Madre de Cristo; se debe a la gracia del Espíritu Santo que opera en el más humilde sacerdote; se debe a los sufrimientos de Jesucristo que mereció para la humanidad todas las gracias; se debe a la misericordia del Padre que está en los cielos, que

quiere restaurar todas las cosas en Cristo, en quien, en unidad del Espíritu Santo, reside toda su gloria. Que su nombre sea honrado y glorificado por los siglos de los siglos.

Abadía de Mount St. Joseph. Roscrea.

8 de septiembre de 1942. Fiesta de la Natividad de Nuestra Señora.

I. INTRODUCCIÓN

Muchas almas, enfrentadas con la dificultad cada vez más creciente de llevar una vida de santidad en contacto con un mundo cada vez más manifiestamente pagano, apremiadas a menudo por el sentimiento más o menos consciente de las necesidades de uno de los momentos más críticos de la Historia de la Cristiandad, han comenzado a examinar el estado de su salud espiritual y a buscar medios para fortalecerla. La necesidad de una mayor energía interior las ha llevado a considerar de un modo especial su oración, pues han llegado a darse cuenta de que la oración es la fuente de su fortaleza y el centro de su vida espiritual.

El resultado de esta investigación es, en muchos casos, insatisfactorio y descorazonador. Muchos encuentran que hay algo que no va bien en su oración; notan una falta de progreso, una dificultad cada vez mayor, e incluso un creciente disgusto por ese ejercicio. Algunos concluyen que para ellos es una simple pérdida de tiempo continuar «orando», como lo han estado haciendo; otros encuentran que el tiempo

consagrado a la oración es una carga que ha llegado a ser casi intolerable. Con la esperanza de hacer algo que resuelva tales dificultades se han escrito estas páginas.

Aunque su principal objetivo sean las necesidades de los religiosos, no hay razón para que a los seglares en el mundo no les resulte provechoso el presente estudio. Incluso los que empiezan pueden encontrar estímulo, si alguien presenta ante ellos las posibilidades de la oración; y cuando se les corrijan sus errores acerca de la verdadera naturaleza de la oración, intentarán su práctica regular con decisión renovada. Pero estas líneas encontrarán la aplicación plena que pretenden sólo después de que se haya hecho un intento continuado de oración regular.

No se intenta exponer un catálogo exacto de las dificultades de la oración con un remedio definido para cada una, sino que más bien se espera que por el examen de la naturaleza y práctica de la oración, y señalando el origen de las dificultades, el lector se verá capacitado, quizá después de alguna experiencia, para encontrar una solución a sus problemas. Puesto que muchas de las dificultades proceden de las nociones equivocadas acerca de su naturaleza, lancemos una breve ojeada en primer lugar al proceso de la oración, de manera que establezcamos nuestra perspectiva de conjunto, y entonces volveremos a un examen más detallado de sus diversos elementos y estadios.

Hablando técnicamente, la oración *es una elevación de la mente y del corazón a Dios* para adorarle, alabarle, darle gracias por sus beneficios y pedirle su gracia y misericordia.

En un sentido más estricto, la palabra se restringe a la *oración de petición*; es decir, al ruego a Dios de cosas convenientes. El principal de sus efectos consiste en hacer que amemos a Dios cada vez más, conformemos nuestras voluntades con la suya, nos hagamos verdaderamente humildes y lleguemos a una unión cada vez más íntima con Él. Puede describirse acertadamente como una conversación amorosa con Dios, especialmente si se recuerda que la conversación incluye tanto el oír como el hablar, y que los mejores amigos pueden a menudo conversar sin palabras.

Cuando utilizamos, moviendo nuestros labios, una fórmula ritual y nos esforzamos en conformar, en cierto modo, nuestros pensamientos y deseos con nuestras palabras, tenemos lo que usualmente se llama *oración vocal*. Pero, desde luego, si ha de ser una oración, la mente tiene que desempeñar algún papel en ella.

En lo que se llama la *oración mental*, nos esforzamos en provocar estos pensamientos y deseos en nosotros mismos mediante una reflexión y en expresarlos mediante palabras —que por lo general se nos ocurren espontáneamente— o incluso por medio de aquel silencio elocuente en el que el corazón habla a Dios y le rinde apropiada alabanza, *sin ruido de palabras*. Pero incluso si articulamos palabras o damos expresión vocal a estos actos y deseos, nuestra oración no deja por eso de ser oración mental. Algunas personas cometen un error al pensar que tienen que reprimir en la oración mental cualquier expresión articulada o discurso. Por el contrario, si, como suele suceder, la articulación de los labios ayuda a hacer

nuestros actos más fervientes o más reales, puede usarse. Pero no es esencial. En esto, como en todas las materias de este género, deberá prevalecer una santa libertad de espíritu.

Los *actos* que hacemos en la oración se llaman «afectos». El significado ordinario de este vocablo es completamente diferente de lo que aquí expresa. *Los afectos en la oración son esencialmente actos de la voluntad*, por los cuales se mueve hacia Dios y suscita otros actos de las diferentes virtudes, tales como fe, esperanza, amor, pesar, humildad, gratitud o alabanza. En los primeros estadios de la vida espiritual estos afectos usualmente no se pueden producir sin una laboriosa consideración y un tedioso esfuerzo. Las cosas de esta vida, el trajín de la actividad humana, la experiencia diaria de los sentidos, ocupan de tal modo la imaginación y excitan hasta tal punto las emociones, que las verdades de fe más abstractas y los misterios de la vida de Nuestro Señor, a una diferencia de veinte siglos, tienen poco arraigo en la mente. Así, pues, se ha de emplear algún tiempo de la oración en revisar estos pensamientos y estimular al corazón para que actúe y dé expresión a sus deseos. La palabra *meditación*, en su sentido estricto, denota esta labor preparatoria de reflexión y consideración. Esto no es realmente la oración; es simplemente un prelude de la oración. Los afectos y las peticiones forman la verdadera oración. Por esta razón es poco afortunada la costumbre que hay de aplicar el nombre de meditación al conjunto de ejercicios de la oración mental. Aunque reservemos este punto para un examen más completo de un capítulo posterior, permítasenos decir aquí que la palabra me-

ditación, en su sentido más amplio, tal como se aplica al conjunto de ejercicios de la oración, abarca mucho más que el significado estricto de la palabra. Para que sea oración tiene que incluir algunas peticiones o actos.

Cuando se avanza en la vida espiritual, se desarrollan convicciones que se actualizan fácilmente en el momento de la oración; la *lectura* y la *reflexión* —dos alimentos esenciales de la vida espiritual— hacen cada vez más profundo el conocimiento de Nuestro Señor y de su doctrina, y hacen que su amor crezca en nosotros. La realidad de las cosas del espíritu queda intensificada. El resultado es que el tiempo necesario para la consideración preliminar llega a ser cada vez menor, y los afectos se presentan más fácilmente y ocupan gradualmente la mayor parte del tiempo de la oración. Dicha oración se llama *oración afectiva*.

Y así como cuando florece una amistad entre dos personas maduras, un mutuo entendimiento y una comunidad de fines, la palabra empieza a tener una gran riqueza de significados, así también, cuando crece la intimidad con Dios y la virtud aumenta igualmente, encontraremos que nuestros afectos —es decir, nuestros actos de voluntad y los de otras virtudes— necesitan cada vez menos palabras para su expresión, y puede ocurrir algunas veces que nos contentemos con arrodillarnos en silenciosa adoración o en mudo pesar, o poseídos de un «afecto» semejante, sin usar de ninguna palabra. Entonces nuestra oración se simplifica. Esta oración simplificada se suele llamar «oración de simplicidad», y aun cuando los autores convienen en la definición del término, pu-

diera parecer que la aplican con frecuencia a cosas completamente diferentes, y por eso, para evitar un mal entendimiento, nos parece preferible evitar aquí el uso de la expresión. La oración en cuestión la podemos llamar *oración de afectos simplificados*.

En todo esto, desde luego, ha estado operando la gracia de Dios. Algunas veces, sin embargo, en el caso de un alma que sea generosa y humilde y que rehúse establecer compromisos y firmar un tratado de paz con el amor propio —sin que importen las victorias ocasionales que el enemigo puede lograr—, sucede que Dios empieza a desempeñar un papel todavía mayor en la oración de esa alma. Su acción es ahora de un nuevo tipo, que puede pasar inadvertida al principio. Opera en las profundidades del alma y apela muy poco o nada a la imaginación, o a las emociones, o incluso al funcionamiento ordinario del entendimiento. Este estado de oración, que llamaremos aquí la *oración de fe* —sin insistir mucho, sin embargo, en la exactitud del término—, es una oración de gran valor y la más eficaz para unir el alma a Dios. Tiene sus propias dificultades y perplejidades, y puede incluso exigir el ejercicio de mucha paciencia y de un denodado esfuerzo. Pero si se persevera con generosidad y confianza en Dios, conduce a las mayores gracias de oración y santidad. No hay ninguna exageración en llamarla un atajo hacia la santidad.

Antes de terminar este capítulo, para considerar con más detalle las diferentes fases de la oración que acabamos de bosquejar, anticipando un futuro examen del asunto, se puede decir que aunque los escritores dividen la vida espiritual en *estadios* que co-

rresponden a los diferentes grados de la oración que de un modo característico se encuentran en las almas, *no hay, sin embargo, un límite neto que marque las divisiones*, ni desde luego hay una estricta uniformidad de tipo dentro de cada grado. Algunas veces, por ejemplo, sobre todo en ocasiones de gran alegría o pesar, incluso el principiante puede encontrarse orando en una forma muy simplificada; mientras que, por el contrario, el alma que ha conseguido progresos, puede a menudo verse en la necesidad de recaer en la técnica de la meditación para superar alguna incapacidad temporal. En todas estas materias hay muchas mal entendidas, y como numerosas dificultades de la oración mental tienen su origen en estas nociones equivocadas, los próximos capítulos darán, ante todo, una relación concisa de las diferentes facultades que el alma usa en sus operaciones, para después discutir en forma más detallada las diversas fases de la oración que aquí se han bosquejado.

II. LAS POTENCIAS DEL ALMA

El alma humana es una potencia que puede ser elevada a la dignidad de un ser racional. En el estado de gracia se le hace partícipe de la Divina Naturaleza y queda enriquecido con la facultad de conocer y amar a Dios por la Fe, la Esperanza y la Caridad. Todo su entendimiento natural depende del funcionamiento de sus cinco sentidos externos. Tiene, sin embargo, sentidos internos, dos de los cuales, la imaginación y la memoria, nos interesan aquí. Mediante estas facultades, puede recordar y reproducir las imágenes obtenidas de los sentidos externos mediante una especie de cuadro viviente, como si dijéramos. Puede incluso formar nuevas imágenes —o fantasmas, pues así se les llama— del material suministrado por una experiencia anterior.

Hablando técnicamente, el hombre es un animal racional. Comparte con los animales irracionales la facultad de la sensación y el apetito sensitivo, mientras que tiene de común con los ángeles el intelecto y la voluntad.

En el estado de gracia se le hace partícipe de la Divina Naturaleza y queda enriquecido con la facultad de conocer y amar a Dios por la Fe, la Esperanza y la Caridad. Todo su entendimiento natural depende del funcionamiento de sus cinco sentidos externos. Tiene, sin embargo, sentidos internos, dos de los cuales, la imaginación y la memoria, nos interesan aquí. Mediante estas facultades, puede recordar y reproducir las imágenes obtenidas de los sentidos externos mediante una especie de cuadro viviente, como si dijéramos. Puede incluso formar nuevas imágenes —o fantasmas, pues así se les llama— del material suministrado por una experiencia anterior.

Además de estas facultades del conocimiento sensible, hay también una facultad muy importante del deseo sensible, llamada el *apetito sensible*, que de-

sea cualquier bien u objeto atractivo que los sentidos presentan al sujeto, sea en la realidad o de un modo imaginativo. Esta facultad es automática; es decir, actúa inmediatamente que se presenta ante ella el objeto, y su acción viene acompañada a menudo por lo que los filósofos llaman una pasión, que produce un cierto efecto corporal. Se puede ver que este apetito —aquí la palabra tiene una aplicación mucho más extensa que en el lenguaje ordinario, pues abarca todos los movimientos que se dirigen al bien de cualquier sentido— actúa en nuestros momentos de ira o, por ejemplo, en el deseo que se experimenta de alimentos prohibidos en los días de abstinencia. De paso, podemos hacer la observación de que, puesto que este deseo es automático y por consiguiente escapa al dominio de la voluntad, no puede ser nunca un pecado en sí mismo. Si se entiende esto con claridad se evitará mucha confusión respecto al supuesto consentimiento en malos pensamientos y en la ira y cosas semejantes. Hay un deseo, pero únicamente en el apetito sensitivo; y no hay pecado hasta que el entendimiento reconoce la naturaleza pecaminosa del objeto y la voluntad lo desea. Así, por ejemplo, un día de abstinencia, por mucho que el apetito de un hombre desee comer carne, en la medida en que su voluntad rehúsa el consentimiento, no solamente no peca, sino que incluso merece grandemente.

Esta digresión, introducida por la importancia que tiene en otro respecto, nos da a conocer las facultades superiores del entendimiento y la voluntad. El entendimiento es la facultad con que el hombre *conoce* la verdad. Su esfera de acción queda indicada por su poder de conocer verdades abstractas, relacio-

nes, ideas universales, etc. En esta vida —en su modo natural de operación al menos— actúa abstrayendo concretos representados en la imaginación. Pero incluso después de que el entendimiento ha logrado una materia para el pensamiento, la imaginación continúa intentando formar una imagen que represente las ideas con las cuales el entendimiento está trabajando. Por eso el entendimiento abstracto es tan fatigoso, pues la imaginación nunca puede lograr completamente su propósito; tiene que contentarse a menudo con representarse una palabra o alguna vaga imagen para seguir la idea. Sus esfuerzos pueden ilustrarse intentando ver qué *imagen* nos formamos de Dios. Sus limitaciones pueden ilustrarse si intentamos imaginarnos la noción de «dependencia» o de «casualidad», o de «honradez» o de cualquier idea abstracta análoga.

La voluntad es el *apetito intelectual*; aquella potencia por la cual deseamos o *amamos* objetos que el entendimiento declara buenos. Cualquier cosa puede ser considerada buena en algún respecto; incluso el pecado es querido como un bien —un bien de los sentidos, por ejemplo—. El mérito, en último término, pertenece únicamente a los actos de la voluntad, y el pecado sólo se puede cometer mediante la voluntad. *Toda la vida espiritual depende de la actuación de la voluntad.* La voluntad es una facultad libre, cuya acción depende de nosotros mismos, de tal forma que ningún objeto creado puede forzarla a actuar.

A causa de la naturaleza dual del hombre se presentan una serie de reacciones a las cuales está sujeto y que denominamos, en sentido amplio, *emociones*

o pasiones. Estas radican en su naturaleza sensitiva o animal. La alegría, con su correspondiente expresión corporal, que un muchacho encuentra en ser el primero en su examen es probablemente más racional que sensitiva en su origen; la vehemencia con que el mismo muchacho se venga cuando le atacan, procede más de su naturaleza sensitiva que de la acción del entendimiento. A este último tipo de reacción pertenecen muchos de los *sentimientos* que se encuentran en la oración: consolaciones, arideces, pesar, alegría, etc.

Por eso he tratado aquí esta materia, pues es obvio que, *en cuanto que proceden de los sentidos*, dichos *movimientos* no son meritorios en sí mismos, ni son incluso signos de verdadera devoción, la cual consiste en la disposición de la voluntad para servir a Dios. Son, sin embargo, una enorme ayuda para vencer la resistencia de la «carne» a servir al espíritu, y para dedicar todas nuestras energías al servicio de Dios. En la práctica ningún ser humano podría servir a Dios con todo su corazón, a menos que su naturaleza sensitiva encuentre algún placer en dirigirlo a Dios; pues somos hombres y no ángeles. Pero hay una enorme diferencia entre los «sentimientos» que tienen su origen en las potencias superiores y pasan a los sentidos, como ocurre a veces, especialmente en los altos vuelos de la vida espiritual, y los «sentimientos» que tienen su origen en los sentidos y que tienden, por sí propios, a rebajar hacia ellos las potencias superiores. Mucha de la «devoción» que se experimenta en los comienzos de la vida espiritual tiene una buena dosis de este último «sentimiento». Dios prohíbe, sin embargo, que lo menos-

preciemos, pues con frecuencia dicha consolación suele venir de Dios. Es una gran ayuda desasir nuestros corazones de las consolaciones de las criaturas y mover todo el corazón en busca de Dios. Pero *imaginar que la devoción real consiste en tales «sentimientos» es un error fatal.*

Hay otros puntos de importancia a este respecto, pero como con lo que antecede basta para nuestro propósito inmediato, podemos dejarlos para un posterior estudio y continuaremos considerando los primeros estadios de la oración.

III. LA ORACIÓN DISCURSIVA

Se entiende por *oración discursiva* una oración en la que predomina la reflexión o consideración de algún misterio o de alguna verdad de fe. «Discurso» era el vocablo antiguo que se usaba para indicar el proceso de razonamiento por el que se llega a la verdad de un modo gradual —paso a paso, como en una demostración de geometría euclidiana—. La acción opuesta del entendimiento se podría llamar la «intuición», en la que la mente aprehende una verdad de un solo golpe de vista, bien porque sea evidente por sí propia, «el todo es mayor que la parte», por ejemplo, o en un sentido menos estricto, porque una larga experiencia le ha familiarizado con todas las fases del razonamiento que conducen a ella. Todos, por ejemplo, ven los axiomas de Euclides por intuición, aunque muchos de los teoremas son tan familiares al maestro que se puede decir entonces que los ve por intuición.

El término *oración discursiva* se introduce aquí por una razón deliberada. En el estricto sentido de la palabra, *meditación* se aplica al discurso de la mente

con la actuación concomitante de la imaginación y de la memoria, y sólo a esto. Sin embargo, como en muchas casas religiosas se da el nombre de «meditación» al ejercicio que durante un tiempo estatuido del programa del día se reserva a la oración mental, la palabra se aplica a menudo a cualquier forma de oración mental. Incluso si un religioso se eleva a las alturas de la contemplación se dice que está «en meditación». Este uso tiene sus desventajas; se apodera de una palabra muy útil, que podría reemplazarse por «reflexión» o «consideración», y hace pensar a aquellos que toman el nombre en un sentido demasiado estricto que la esencia de este ejercicio de la oración mental está en las consideraciones.

Ahora bien, en realidad, el hecho es que *no hay oración verdadera hasta que el alma empieza a producir «actos» o afectos*. Nunca se subrayará esto bastante. El fin de la consideración, reflexión o «meditación», en su sentido estricto, es simplemente llevar al alma a producir actos. Produce otros efectos que se considerarán más tarde, pero una vez que los actos se presentan su labor está hecha, y ya no tienen por qué actuar hasta que el alma no pueda ya continuar haciendo actos, o en otras palabras, no pueda continuar hablando con Dios de un modo u otro, pues esto es en lo que realmente consiste la oración. Si se encuentra que tal conversación con Dios es posible en el comienzo mismo de la oración, no se deberá hacer ningún intento de consideraciones mientras continúe nuestra conversación con Dios, incluso aunque esto signifique que se dejan las consideraciones en absoluto. (Tal es al menos nuestra opinión, aunque no todos convienen exactamente en ella.)

Acerca de este punto y de la materia de este capítulo, véase el apéndice.

Sin embargo, como éste no es usualmente el caso, al menos en los comienzos, un cierto método de reflexión será de enorme ayuda. La bibliografía en esta materia es muy copiosa y la mayoría de las personas conocen la doctrina común, al menos en cierta medida. Numerosos autores han bosquejado y expuesto y desarrollado, con mayor o menor detalle, un «método» que en lo esencial está relacionado estrechamente con el que usó san Ignacio en sus célebres *Ejercicios Espirituales*. La materia de la meditación se prepara la noche antes, se divide en *puntos* y se determinan las principales conclusiones, actos, peticiones y resoluciones a los que se ha de llegar. Cuando llega el tiempo de la oración se empieza el ejercicio colocándose uno mismo en la presencia de Dios; hay ciertos preludios para fijar las facultades mediante una *composición de lugar*, etc.; ciertas *peticiones* preliminares; se toma el primer punto y la imaginación y el intelecto se aplican a él en forma metódica; se suscitan ciertos actos, y después se trata el segundo punto y hasta un tercero en forma análoga. Una vez que se han hecho los actos, peticiones y resoluciones que se han determinado anteriormente, juntamente con otros que se presenten durante el ejercicio, la oración concluye con un *coloquio* o conversación con Dios o con alguno de sus santos, y con una breve *acción de gracias*, a los que se añade un *examen* del modo en que se ha llevado a cabo el ejercicio. Se puede elegir algún pensamiento para tenerlo a disposición durante el día, con el fin de renovar en el alma los efectos de la meditación. Todo

este esquema es familiar a cualquiera que haya usado alguno de estos manuales de oración, los cuales en algunos casos describen el programa con detalle y no hace falta aquí tratar de ello con más extensión.

Cuando se sigue un método de esta naturaleza, se logra el éxito y constituye el modo más útil de ayudar al principiante en sus primeros intentos en la oración mental. Las numerosas almas que lo pueden seguir no necesitan de nuestros remedios, pero es aconsejable exhortarlas a que estén prontas a modificar su método si éste dejase de ser provechoso y ponerlas en guardia contra el error, posible si se tiene una noción equivocada de la naturaleza esencial de la oración, de pensar que la reflexión es oración y conceder, por tanto, un tiempo insuficiente a la tarea de producir actos y hablar con Dios. Pueden quizá encontrar nueva esperanza al sugerírseles que tienen abiertas más posibilidades. Hay muchas almas que han alcanzado un grado alto de santidad y que nunca ha parecido que necesitasen o que usasen otra forma de oración. Decimos «ha parecido» porque, como se verá más tarde, puede ocurrir que mientras estaban «meditando» con la porción inferior de su mente, estaban, sin saberlo ellas mismas, contemplando a Dios en una forma especial con sus potencias superiores. Lo mismo se puede decir de la oración vocal, especialmente de la recitación coral del Oficio Divino. De todos modos, hay muchos caminos para la santidad, y aunque las gracias de la oración, que ha llegado a un cierto grado de perfección, son una poderosa ayuda para progresar, si no es la más grande, sin embargo, no constituyen en sí mismas la santidad. Si un hombre ama a Dios con todo su corazón

y con toda su alma, y con toda su mente y con toda su fuerza, ha cumplido toda la ley y es perfecto, sin que importe la forma en que haga oración.

Sin embargo, parece ser que hay personas que, a pesar de los continuados esfuerzos y de una indudable buena fe, no solamente no encuentran una ayuda en el uso de estos métodos de oración, sino que incluso encuentran un impedimento en ellos; en algunas ocasiones en tal grado, que todo el asunto de la oración se convierte en una carga intolerable. Y, como resultado, lo que debería ser la fuente de su vida espiritual se seca; la perseverancia se hace difícil y el progreso sólo se lleva a cabo mediante heroicos esfuerzos. El alma puede incluso renunciar a todo intento de oración y terminar en un desastre espiritual. También hay aquellos que tuvieron éxito en la oración, pero que encontraron después que no podían ya orar más en la forma que acostumbraban, y han quedado reducidos a un estado de completa impotencia para la meditación, sin conocer otra forma de orar.

Todas estas almas, así lo esperamos, pueden encontrar el comienzo de la solución de sus problemas en el siguiente examen de la oración mental. Los seculares no tienen por qué desanimarse por el hecho de que a veces se vea claramente que lo que se está considerando es el caso de sacerdotes y religiosos. La mayoría de los puntos que se han de tocar y *todos los principios indicados se pueden aplicar a aquellos que están en el mundo* y que desean llevar una vida de oración y santificar su trabajo de todos los días.

IV. MODIFICACIÓN DEL MÉTODO

Los métodos detallados de oración discursiva que se encuentran en tantos manuales, y que son una dificultad para la clase de almas que estamos ahora considerando, son de desarrollo relativamente reciente; su difusión data del siglo XVI, más o menos. Antiguamente, cuando la vida religiosa tenía una forma más monástica y la fe quizá era más viva, no se sentía en general la necesidad de ese plan detallado. Y, por tanto, la noción de la oración mental como algo confinado a un corto período especialmente destinado a ella era algo del todo ajeno a la mentalidad de la época. No se sabe con certeza en qué medida los antiguos monjes hacían en común la oración privada; este ejercicio era más bien un medio de avivar los fuegos de la oración, de modo que pudieran arder constantemente el resto del día, pues se consideraba todo el día como tiempo de oración.

La tarea de la meditación, en el sentido de reflexión y consideración, estaba alimentada por la lectura espiritual —que se hacía lenta y conscientemente— y se continuaba por una verdadera reflexión y una

consideración de las verdades de la fe o de los misterios de Cristo durante el tiempo de la labor manual o en los ratos libres del día. Actos de oración, en forma de jaculatorias, durante todo el día, ayudaban a tener el corazón continuamente vuelto hacia Dios, y el Oficio Divino daba expresión en una forma concreta e inspirada a los sentimientos y a las necesidades no solamente del alma del individuo, sino también de toda la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Así, pues, cuando un religioso se consagraba a la oración privada, ya se había hecho la labor preparatoria y se encaminaba derechamente al auténtico negocio de la oración.

Con los tiempos, el desarrollo del estado religioso introdujo muchas actividades que provocaban una distracción en las vidas de sus miembros, y en la mayoría de los casos hacían impracticable la pública lectura del Oficio Divino. Se hizo necesario entonces la práctica regular de fijar un tiempo determinado para la oración mental y hacer de esto uno de los principales ejercicios del día, no para limitar su práctica, sino para asegurar, por lo menos, un mínimo. Esta evolución se aceleró probablemente como consecuencia del Renacimiento, que vio el declinar del espíritu medieval de la fe, que había empapado incluso las vidas de los seglares. En la actualidad, todas las casas religiosas, incluso las de las Órdenes monásticas, tienen destinado un tiempo fijo para la oración mental, y el Código de Derecho Canónico exhorta a que se haga una práctica semejante entre el clero secular. Para resumir el efecto de este cambio se podría decir que la totalidad de la vida diaria del monje se ha concentrado en una hora aproximada-

mente, y ha quedado insertada en la vida del sacerdote o religioso moderno, con el fin de asegurar que, al menos durante alguna parte del día, ha de elevarse por encima de sus cuidados y preocupaciones y hablar con Dios.

Puesto que el objeto de este cambio no es limitar la oración, sino simplemente insistir al menos en un mínimo de ella, se sigue por tanto que si en un lugar determinado o en una determinada persona se pudiese invertir este proceso de concentración y restaurar, en parte, algo del antiguo espíritu, de suerte que la oración de dicha persona pudiese rebosar en las otras horas del día, sería muy deseable que así ocurriese.

A este fin, la lectura espiritual, que tiene tanta importancia en la vida espiritual, podría llegar a ser más o menos una meditación. La lectura espiritual y la oración mental son tan necesarias para la vida del alma como el alimento diario lo es para la del cuerpo. Sin una constante lectura espiritual, no solamente no puede haber ningún progreso en la oración, sino que incluso no hay esperanza alguna de perseverancia en la vida espiritual. Intentar establecer un tiempo mínimo para este ejercicio sería una materia demasiado delicada. La gracia de Dios puede adaptarse siempre a las circunstancias, y las circunstancias de cada casa religiosa son una parte muy especial de su plan. Sin embargo, siempre que haya tiempo suficiente a disposición de una persona, se puede decir que reducir el tiempo de la lectura espiritual, sin la debida causa, a menos de tres horas semanales, es alimentar insuficientemente el alma, con las consecuencias que dicha insuficiencia lleva con-

sigo. Y parece conveniente que, por lo menos la mitad de este tiempo, la lectura se haga personalmente. Un régimen total de lectura pública es insuficiente para las necesidades de cada individuo.

En algunas casas religiosas, debido a circunstancias especiales, no es siempre posible emplear media hora diaria en este ejercicio, ni siquiera en períodos interrumpidos. En estos casos, se deberá tener cuidado de aprovechar todas las oportunidades que se pudieran presentar los domingos o días de fiesta, o durante el tiempo de vacación, para nutrir el alma con una lectura conveniente. En aquellas casas donde se leen los libros en comunidad, cada individuo deberá complementar el régimen general leyendo en privado aquello que fuese apropiado para sus necesidades especiales. Todos deberán familiarizarse con los hechos y las palabras de Nuestro Salvador, pues ellos son la revelación de la Palabra de Dios. La formación de una memoria vívida y animada de Nuestro Señor mediante una frecuente lectura es de gran importancia. Asimismo, se deberá estar familiarizado con el plan general de la vida espiritual, y en particular con la doctrina de la oración, incluso en sus estadios más elevados. Estos medios son necesarios, con el fin de que el alma coopere con las diversas fases de la acción divina; y también le ayudarán a hacer el mejor uso de cualquier dirección que, llegado el caso, le guíe.

Una vez que se haya adquirido este conocimiento espiritual, la lectura se hará posteriormente sin apresuramiento, dirigiendo y saboreando lo que se ha leído y haciendo ocasionalmente los actos de oración según se vayan presentando. La lectura, *que nunca*

se deberá comenzar sin una breve, pero ferviente oración para pedir ayuda, se deberá mirar siempre con un espíritu de fe, como conteniendo un mensaje de Dios mismo, en las líneas leídas o entre ellas, que harán perceptibles la oración, la fe y la confianza. Esta lectura espiritual es el fundamento —se podría decir el fundamento esencial— de una vida de oración, y es la mejor preparación para aquel ejercicio. Si se lleva a cabo con fe se reducirá rápidamente la necesidad de una larga y metódica consideración en el momento de la oración; de hecho, esto puede incluso llegar a ser completamente posible.

En consecuencia, los métodos ordinarios de oración mental tendrán entonces que modificarse para adaptarse a las necesidades de esa alma. Según se progresa en el conocimiento, y más especialmente en la práctica de la vida espiritual, no solamente disminuirán las «consideraciones», sino que los actos o afectos se harán mucho más simples. De hecho, un acto particular vendrá a incluir gradualmente muchos de los otros que se prescriben usualmente en el método; además, la naturaleza de los actos puede cambiar de tal modo que sea difícil observarlos, pues hay muchos movimientos de un corazón amante que escapan a la humana observación. ¿Quién podría contar los «actos» de amor que una madre hace junto a su hijo dormido? El método de oración necesitará, por tanto, otra modificación, y desde luego en este estadio los métodos se pueden dejar a un lado.

Ya que el fin de la consideración prescrita en métodos de oración mental está principalmente dirigido hacia los actos o afectos, dicha consideración podrá, y desde luego deberá, cesar tan pronto como se pre-

senten los actos. Cuando se alcanza ese estadio, en el que se puede «orar» —es decir, hacer actos— desde el comienzo mismo de la oración, aquellas consideraciones se podrán dejar fuera completamente de la oración, salvo un recogimiento de unos minutos al comienzo para fijar la atención. Desde luego, si cesa la facilidad de orar, se podrá volver otra vez a la consideración con el fin de comenzar de nuevo. Pero *habrá que estar en guardia contra la equivocación de pensar que las consideraciones son una parte esencial de la oración mental*. Hay, sin embargo, otro fruto valioso que procede de las consideraciones: aquellas firmes convicciones acerca de los principios de la vida espiritual, la realidad de lo sobrenatural, etc., que se desarrollan y profundizan con una reflexión frecuente. Hay que tener cuidado en mantener estas convicciones cuando no se utilice ya la reflexión al tiempo de la oración. Esto se puede hacer mediante la lectura espiritual, especialmente cuando se hace en forma de meditación o mediante una frecuente, casi inconsciente, reflexión, durante las diversas partes del día. Nos podemos dar cuenta fácilmente de cómo un hombre de negocios o un hombre que cultiva su profesión está siempre pensando en sus asuntos, «meditando» constantemente en ellos, buscando mejoras y maquinando nuevas formas de progreso. Si un alma toma en serio su vida espiritual, prestará bastante asiduidad a la consideración de medios y formas, a la busca de la verdad y al esfuerzo por seguir la verdad una vez conocida. Así, sin determinación deliberada, dedicará una parte de sus pensamientos a su vida espiritual durante los ratos perdidos del día; la meditación, en este sentido,

nunca terminará. Pero si un hombre no piensa calladamente en su corazón, toda su vida espiritual quedará pronto desolada.

No se deberá tampoco olvidar *las resoluciones*, que se indican generalmente en el método. Puede ocurrir que no se hagan durante la oración mental. *Entonces se deberán hacer o renovar durante el examen de conciencia*; se harán probablemente mucho más simples y más generales, según avance el tiempo. Pero en la medida en que haya que vencer faltas especiales, sobre todo si son habituales, harán falta resoluciones especiales para combatir las. Si el alma encuentra que puede orar sin tener que reflexionar largamente sobre diversos puntos, y que tiene ocasión para reflexionar y renovar sus resoluciones durante alguna otra parte del día, no hay razón para que no se omita la meditación metódica en favor de una conversación con Dios más plena y más libre, al menos en la medida en que continúe tal estado de cosas. Pues la meditación sólo «es pensar acerca de Dios», mientras que la oración «es hablar a Dios», una conversación que puede evolucionar hasta «contemplar a Dios y amarle».

V. ORÍGENES DE LA DIFICULTAD DE LA ORACIÓN

Para un alma que ha hecho un cierto progreso en la vida espiritual, y que por una lectura espiritual reflexiva obtiene la materia y las convicciones que conducen a la oración mental, cuando llega el momento de orar, hacer una meditación, punto por punto, no sólo es innecesario, sino que se encontrará también con dificultades para ello. Esto es verdad, especialmente cuando se trata de una persona que está preparada para el siguiente tipo de oración, en el que la reflexión se reduce a un mínimo y predominan los actos o los afectos y toda la oración, por tanto, es un amoroso coloquio o conversación con Dios. Obligar a usar un «método» a tal persona es cansarla y forzar a un corredor veloz a usar muletas. ¡No es nada extraño que un alma en tales circunstancias encuentre en la meditación una carga insoportable!

Para un alma que ha hecho un cierto progreso en la vida espiritual, y que por una lectura espiritual reflexiva obtiene la materia y las convicciones que conducen a la oración mental, cuando llega el momento de orar, hacer una meditación, punto por punto, no sólo es innecesario, sino que se encontrará también con dificultades para ello. Esto es verdad, especialmente cuando se trata de una persona que está preparada para el siguiente tipo de oración, en el que la reflexión se reduce a un mínimo y predominan los actos o los afectos y toda la oración, por tanto, es un amoroso coloquio o conversación con Dios. Obligar a usar un «método» a tal persona es cansarla y forzar a un corredor veloz a usar muletas. ¡No es nada extraño que un alma en tales circunstancias encuentre en la meditación una carga insoportable!

Pero antes de considerar este siguiente tipo de oración, veamos primero si no hay otras razones para que el uso de un método prescrito se convierta en penoso y constituya un obstáculo para el éxito, incluso aunque el individuo no haya llegado todavía

a un estado de aprovechamiento en la vida espiritual, sino que sea un principiante.

Muchos autores, al considerar la ascensión en la escala de la vida espiritual, parece que empiezan por la condición de un pecador habitual en quien las enseñanzas de la fe se han descuidado más o menos, y se ha dado en gran medida rienda suelta al amor propio y a los deseos de la naturaleza inferior.

Se puede plantear la cuestión de si se puede aplicar tal esquema, con las consiguientes prescripciones de materia y método de oración, al tipo de alma que se encuentra, por ejemplo, en los seminarios y noviciados irlandeses. La mayor parte de los seminaristas y de los jóvenes de ambos sexos que ingresan aquí en una Orden religiosa, o que empiezan seriamente a emprender la práctica de la vida espiritual en el mundo, se han *empapado ya en su primera infancia con las convicciones de la fe*, como si dijéramos, y han vivido, al menos en sus primeros tiempos, en la atmósfera de la fe. Es verdad que ellos han podido no tener conciencia de ello, y no haber considerado nunca la significación real de su religión, pero al menos han tenido la suficiente convicción que les ha llevado a ingresar en un seminario o en un estado religioso, y con frecuencia, inmediatamente después de haber recibido la enseñanza escolar. En general, es también raro un pecado habitual de orden grave en estas personas, y hay muchas que aún conservan su inocencia bautismal. Seguramente que un alma así no necesita ni puede afrontar el largo y tedioso farrago de un curso de meditación de «preludio y punto» durante muchos años. Es verdad que se le deberá educar en la vida espiritual, y que el nuevo conoci-

miento se ha de asimilar mediante la reflexión. Pero esto se hace a menudo en una forma completamente espontánea en la lectura espiritual, y no necesita de un plan detallado de ataque como se requiere en el caso de alguien que intente efectuar su conversión partiendo de una vida de pecado. Hacer que tales almas «mediten», sin modificaciones en el método, es ponerlas a construir una casa ya completa.

Una lectura espiritual conveniente producirá la convicción necesaria respecto a las nuevas verdades que ellos van a aprender, si es que ya no lo hacen así, espontáneamente, la docilidad de su fe y la disposición de su fervor. Las resoluciones serias, que son uno de los frutos de la meditación, surgirán espontáneamente en la oración afectiva; y, si no, el examen de conciencia las provocará. Así, pues, parece que tales almas están ya realmente maduras para una oración afectiva, incluso aunque posteriormente necesiten hacer uso de la meditación por algún tiempo. Su dirección exigirá prudencia, pero insistir en que todos adopten una meditación metódica parece un error. Sería *mucho más provechoso ponerlos en contacto con la persona de Nuestro Señor y que lleguen a una intimidad con Él en una conversación amorosa*. Este trato con Nuestro Señor es un excelente correctivo de sus hábitos defectuosos y los amoldará rápidamente a su corazón.

* * *

Hay otra razón que hace deseable esta norma de conducta. Las exigencias que en la actualidad pesan sobre el sacerdote y religioso modernos, por su tarea

y por la preparación de la misma, dejan un mínimo para los ejercicios íntimos de la vida espiritual y para el desarrollo de una vida de oración.

Si estas personas no entran en contacto con Nuestro Señor antes de que caiga sobre ellos todo el peso de su intensa actividad, no les será fácil desarrollar un tipo de oración que les sirva para su trabajo cotidiano; por tanto, si han adquirido previamente una cierta práctica en la oración afectiva podrán adquirir pronto el hábito de hablar a Jesucristo durante su trabajo. E incluso si les es necesario, después de algún tiempo, volver a la oración meditativa durante el tiempo reservado a tal ejercicio, para que puedan completar su formación espiritual; han adquirido, sin embargo, un hábito de oración en forma de jaculatoria que es de inestimable valor, y se ha dado el primer paso en el camino de la transformación de todas sus actividades en verdadera oración.

* * *

Hay otro tipo de temperamento que encuentra gran dificultad en la meditación discursiva. Algunas mentes llegan a conclusiones mediante una especie de intuición, más bien que por un largo discurso de raciocinio. Cuando se les propone una materia extraen rápidamente de ella, en un momento, todo el fruto aprovechable y la cosecha no se incrementa por una prolongada consideración. Y sólo después, a la luz de nuevos conocimientos y experiencias, se profundizan y amplían sus convicciones.

Estas almas ganan poco intentando conservar la mente fija durante largo tiempo en los puntos de una

meditación. Es mejor para ellos pasar a los actos e intentar hablar a Nuestro Señor o, si fracasan en eso, repetir frases de alguna oración favorita, lenta y conscientemente. Esta dificultad puede presentarse fácilmente cuando, como en el caso de algunas comunidades religiosas, la materia y los puntos de meditación se leen la víspera y otra vez por la mañana durante el tiempo de oración. En la primera lectura la mente puede extraer entonces todo lo que pueda de la materia en cuestión y está entonces en situación de pasar a orar inmediatamente. La lectura repetida por la mañana se hace entonces bastante tediosa y no hace falta examinar la materia punto por punto.

En estos casos se deberá intentar hablar a Nuestro Señor, o bien volver sobre una nueva materia. Conviene tener siempre alguna alternativa previamente determinada. Los quince misterios del Rosario constituyen un programa de oración para muchas almas. Otras hacen un uso similar del *Vía Crucis*. Otro método consiste en recordar que en algún sitio se está empezando en cualquier momento una misa. Si uno sigue esa misa con el pensamiento y la imaginación, se puede proveer de apropiada materia a la oración.

* * *

Otra fuente de dificultades de la oración mental está en la elección de materia. En este asunto se deben tener en cuenta las necesidades y gusto de cada individuo. Cuando la elección se deja a discreción de la persona, las reglas ordinarias de la prudencia —especialmente si se busca el consejo de alguna autoridad competente— fijarán la materia. Pero ¿y si la

materia se lee a una comunidad la víspera y se repite punto por punto a la mañana siguiente? Esta es una cuestión delicada y exige alguna solución de compromiso. Hay dos extremos que se deben evitar.

Ante todo, cualquier religioso, sean cuales fueren las necesidades de su alma o su progreso en los caminos de la oración, deberá estar siempre en guardia contra la posibilidad de menospreciar o desdeñar de algún modo ese alimento espiritual que procede de fuentes de autoridad. Las disposiciones que ordenan los superiores son una parte muy especial de la Providencia divina y están llenas de gracia. Cualquiera que oiga tal lectura con un espíritu de fe, diciendo en su corazón: «Habla, Señor, que tu siervo escucha», encontrará que Dios hace un uso especial de ella para iluminar y fortalecer su alma. Puede ser sólo un pequeño punto —una sola palabra, quizá, la que Él utilice—, pero quedará inserta en otro contexto, el del trato general de Dios con esa alma, y será una fuente de gracia. Se nos tratará según hayamos creído. Es una materia de la mayor importancia que las almas, especialmente las almas que han efectuado progreso, tengan mucho cuidado de su actitud en tales circunstancias.

Por otra parte, parece poco razonable pedir que cada alma haga su oración con arreglo a la meditación leída a la comunidad y negar a los individuos el derecho a seguir las llamadas de la gracia.

Evitando estos dos extremos, toda alma de buena voluntad, aunque conservando su libertad de espíritu, dará preferencia en tal caso a la materia que le suministran aquellos encargados de su gobierno. Si

esto se puede utilizar para la oración, aunque sólo como un punto de partida para un coloquio con Nuestro Señor, en este caso se utilizará. Pero si no es apropiado a las necesidades del alma y a las operaciones de la gracia divina, se puede dejar tranquila y respetuosamente a un lado. Ocurre a menudo que entre los puntos leídos hay un recordatorio divino para el alma de la necesidad de renovar su familiaridad con alguna verdad especial o cosa semejante, mediante la reflexión o la lectura en otro momento, sin tener que abandonar el alma su propio modo de oración en aquel momento. En todo este asunto se necesita evidentemente discreción y prudencia, y estaría muy bien que aquellos que encuentran necesario desenvolver su oración sobre un plan individual se aconsejaran, llegada la ocasión, de algún director, sea superior, sacerdote o incluso un colega prudente.

* * *

En las presentes condiciones sucede a menudo que muchas almas no tienen siempre a mano un guía conveniente; pero en los retiros anuales y en las diversas vacaciones que las fiestas y la falta de salud exigen, será posible, en general, consultar con algún «especialista» y establecer relaciones con él. Una vez que se ha encontrado un guía competente a quien se pueda fácilmente exponer nuestro pensamiento y que esté bien familiarizado con nuestras circunstancias, una carta, de vez en cuando, será bastante para resolver las incertidumbres corrientes de la vida espiritual. En esta materia Dios adaptará también su

gracia a las circunstancias, de suerte que cuando no se pueda encontrar tal guía Él lo dispondrá de otro modo. Pero cuando se pueda obtener fácilmente un consejo competente, sería una locura rechazarlo.

En el caso que tratamos nos parece un poco arbitrario acusar de rareza o de orgullo a quien no sigue la materia leída o siente la necesidad de un libro para fijar sus pensamientos, especialmente en una comunidad que abarca miembros de todas las edades y de diversos grados de experiencia religiosa. Es imposible esperar que en tal comunidad el mismo alimento espiritual sea apropiado a las necesidades de cada uno. Desde luego, los caprichos de cada individuo no pueden y no deben consentirse. Pero hace falta un prudente discernimiento y una santa libertad de espíritu.

Sin embargo, cuando la costumbre haya establecido ya una norma en estas materias, el religioso deberá estar preparado para aceptar las limitaciones que procedan, bien de las circunstancias —como, por ejemplo, la falta de luz—, o de un decreto directo de los superiores. La gracia de Dios puede siempre adaptarse a esas circunstancias providenciales, y una confiada entrega al cuidado paternal de Dios asegurará siempre su especial ayuda. Podemos estar completamente seguros de que *aquellos que se resignan alegre y confiadamente, en esta y en otras materias semejantes, progresarán mucho más rápidamente y con mayor firmeza que si intentaran insistir en seguir su propio camino*. Nótese que Dios da durante el día, incluso en nuestros momentos de mayor actividad, las gracias que Él deniega al tiempo de la ora-

ción. De hecho, para un alma que tiene cuidado en aceptar todas las obras de la divina Providencia y adaptarse a ellas, especialmente cuando parece que Él pone obstáculos en su vía, sus caminos, por muy irracionales que puedan parecer a primera vista, están llenos en realidad de una admirable delicadeza y de una generosidad llena de misericordia.

VI. HACIA LA ORACIÓN AFECTIVA

Hasta ahora hemos estado considerando las dificultades que se presentan en la oración debidas al uso de un método no apropiado al estado o temperamento de cada persona.

La prueba general de que sea apropiado es, a este respecto, doble: facilidad en el ejercicio y resultados sanos. De estas dos, la segunda es la más segura, y algunas veces es el único signo de un camino conveniente de oración; *pues si un alma está orando en la forma más apropiada a su estado, esto se manifestará en la bondad y fervor de su vida.* Quien intenta adoptar una forma de oración en desacuerdo con su edad o su fortaleza espiritual se encontrará bien pronto envuelto en dificultades y empezará a fallar su regularidad y se apartará de su fervor anterior.

Pero si, por ejemplo, un alma encuentra que puede emplear el tiempo de la oración en un amoroso trato con Dios, incluso usando pocas palabras, y si al mismo tiempo no empieza a decaer en su fervor o en las otras acciones de su vida espiritual, ni a desarrollarse en él esa susceptibilidad orgullosa que rehúsa

aceptar incluso la más pequeña humillación o indiferencia, en ese caso se le podrá, y sin duda se le deberá, permitir orar en esa forma.

Esta es la oración afectiva, que se tratará en un capítulo posterior.

Ahora bien, ¿y el alma que todavía no está preparada para esa oración y que, a pesar de su buena voluntad y serios esfuerzos, no encuentra ayuda alguna en el método ordinario de meditación? En este caso, puesto que difieren las necesidades individuales, bastará hacer algunas sugerencias que indiquen una forma de abordar este problema que conduzca a la solución de esta clase de dificultades.

* * *

En la actualidad, gracias a Dios, la comunión diaria es una práctica normal, no sólo en las casas religiosas, sino también entre muchas almas que están fuera del estado religioso. Aunque hay personas que usan un libro para hacer su acción de gracias, hay otro gran número de almas que son capaces de perseverar en la oración durante los quince minutos usuales sin tal ayuda. Desde luego que muchos lo harían así si no tuvieran una idea equivocada de la forma en que Nuestro Señor desea ser tratado, pues piensan que tenemos que hacer uso de los términos formales de un libro de oración en lugar de hablarle con nuestras propias palabras un poco incoherentes.

Esta acción de gracias puede ofrecer una forma de iniciación a la oración mental, pues quede bien entendido que, a menos que consista en la mera recitación formal de memoria de una larga lista de ora-

ciones vocales, tiene que haber sido verdadera oración mental.

Supongamos que empezamos nuestra oración con una comunión espiritual —completamente informal— sin que nos preocupemos de la fórmula que empleemos para invitar a Jesucristo a entrar en nuestros corazones (pues en la oración privada se deberán evitar como una plaga las «frases exquisitas»), pero concediendo mucha atención a Aquel cuya presencia es la causa de nuestra oración, pues Él está ya en nuestras almas desde el momento del bautismo, siempre que estemos en estado de gracia. Entonces podemos actuar en la misma forma que actuamos después de la comunión sacramental. Muchas almas han llevado a cabo este programa en esta época para atender a sus propias necesidades.

Los cuatro fines para los que se ofrece la misa, por ejemplo, pueden suministrar cuatro puntos para la oración, que se podrían desarrollar en *una conversación familiar con Nuestro Señor*. Estos son: adorar a Dios, alabarle y darle gracias por todos sus dones, expiar nuestros pecados y pedirle su gracia y misericordia.

Este coloquio o conversación con Nuestro Señor podría modificarse con el fin de incorporar el punto o puntos que son la materia de nuestra oración.

Muy a menudo se pueden usar de esta forma los puntos de una meditación que se nos acabe de leer. Así, por ejemplo, *si fuese la materia la vida oculta*

de *Nuestro Señor*, podemos hablarle de sus días en Nazareth en forma familiar, íntima, como un hombre acostumbra a hablar a su amigo. Podemos interrogar a *Nuestro Señor* acerca de problemas de aquellos días; podemos escuchar lo que Él tiene que decirnos acerca de ellos. Podemos contarle cosas de nuestro trabajo diario y cambiar impresiones con Él: «¿Encontraste tan cansado el trabajo? ¿Eran tus clientes poco razonables y difíciles de complacer? ¿Te dolía la espalda después de estar encorvado durante mucho tiempo sobre el banco de carpintero? ¿No sabías Tú mucho mejor que San José cómo hacer las cosas? ¡Tú, que hiciste el mundo entero! ¿Cómo te obligaste a emplear treinta años de tu corta vida en esa forma, mientras que el mundo entero esperaba tu doctrina y tu redención?», etc.

Después debemos hablarle de nuestra propia vida, de nuestras dificultades, de nuestros desfallecimientos, de nuestras insuficiencias, de nuestros pecados. ¡Oh, sí! ¡Especialmente de nuestros pecados!..., pues este Hombre acogió pecadores y ha de salvar a su pueblo de sus pecados. Los pecados de los cuales nos arrepentimos verdaderamente pueden vincularnos a *Nuestro Salvador*, y el gran secreto de todo trato y estrecha amistad con *Jesucristo* está en darle una ocasión de que sea nuestro *Salvador*.

Si hay alguna dificultad particular en nuestra vida, si hay algo desagradable a que tenemos que hacer frente, hablémosle de ello a Él. Si hay algo que nos está distraendo, convirtámoslo en una oración hablando de eso a *Nuestro Señor*. *Contémosle todas las cosas que nos producen perturbación* en nuestro tra-

bajo diario; hablémosle de alguna querencia de la que no podemos, o incluso no queremos, desprendernos. El gran procedimiento de convertir distracciones en oración y de cambiar una voluntad mala o imperfecta en santa determinación, está en hablar a *Nuestro Señor* de ellas exactamente como se habla a un amigo, recordando que Dios le designó para salvarnos de nuestros pecados y de todo lo que lleva al pecado o a la imperfección. No tenemos que olvidar nunca que Dios es omnipotente y, por tanto, que no hay absolutamente ningún abismo de pecado o debilidad, de oscuridad o desesperación, del que no pueda o no quiera librarnos. Ni podemos olvidar el intenso amor que le hizo entregarse a las torturas de la Cruz por nosotros. Por tanto, no hay que tener miedo, no hay nadie que no tenga el derecho de acercarse a Él, hablarle, mostrarle sus pecados, hablarle de su vida espiritual en cualquiera de sus aspectos, como se habla al médico de una enfermedad, al amigo de los asuntos de uno o al amor de nuestra vida, con sus pesares y alegrías, sus esperanzas y sus temores.

Hay que subrayar que el principio en que se basa este modo de actuar es de capital importancia en todas las fases de la vida espiritual. Es el siguiente: *el punto esencial está en establecer contacto con Jesucristo lo más pronto posible* en la vida espiritual, en cada uno de sus ejercicios, especialmente el de la oración, y conservar el contacto con Él por todos los medios posibles y a toda costa. Este modo de actuar eliminará de la meditación los elementos que la hacen enfadosa y difícil a cierto tipo de almas. Es también remedio para un falso concepto muy difundido

acerca de la verdadera naturaleza de la oración mental, pues muchas personas tienen la idea de que ésta es meramente un ejercicio mental, una labor del entendimiento y de sus facultades, que consiste en descubrir la verdad, comprenderla, formar convicciones y conducir a resoluciones; una tarea de la cabeza, pero en la que no interviene el corazón. En realidad, todo esto es un mero prelude de la oración; no es la oración misma.

A este respecto, hay que insistir en otra consideración. Para muchas almas una visión abstracta o impersonal de la virtud, de la perfección, de la alegría del cielo o de cualquier otra consideración análoga dejará, por regla general, el corazón insensible y no suscitará deseos. Ni provoca la oración ni empuja a la práctica de la virtud. *El contacto personal con Nuestro Señor sitúa toda la vida espiritual en una luz absolutamente diferente*, y muchas veces sin una consideración explícita ni una particular resolución, lleva al alma inconscientemente a la práctica de muchas virtudes y da nueva energía a su vida espiritual. Un efecto análogo se observa en los asuntos humanos, donde el ejemplo de los amigos anima y guía, y es proverbial la capacidad de un hombre enamorado para cambiar sus hábitos más característicos y olvidar su egoísmo. Se podría desarrollar largamente este punto —pues la vida espiritual es un asunto amoroso con Jesucristo—, pero el espacio lo impide. Baste decir que éste es un principio que solucionará muchas, si no todas, las dificultades de la vida del alma, pues Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Incluso en los estadios más secos y áridos de

la oración contemplativa, cuando el alma parece incapaz de un buen pensamiento o afecto, cuando Dios parece que no es más que un vocablo de cuatro letras; sin embargo, podemos aún continuar en contacto con Jesucristo. *El contacto real con Él se hace por la fe*, fe en su amor y misericordia. Nos asimos a Él por la esperanza y nos unimos a Él por la caridad por muy seco que sea nuestro acto de amor, siempre que se someta nuestra voluntad a la voluntad de Dios. Pero en un capítulo posterior se hará una discusión más detallada de este punto.

* * *

Hay un abuso de oración mental que se debe indicar y en que son propensos a caer todos aquellos que enseñan o predicán. Consiste en *hacer de su oración mental una preparación de la mente* para la labor correspondiente, *más bien que un estímulo de la voluntad* para orar y amar. Algunos también emplean el tiempo de la meditación en «predicarse» a sí mismos, estando interesados principalmente en encontrar bellos pensamientos y palabras para su propia satisfacción.

Un remedio de esta enfermedad será hablar a Nuestro Señor «con las palabras que se le ocurran a uno». En ocasiones, la lista de actos que prescribe el libro que usamos es tan larga y tan detallada que hace inútiles nuestros esfuerzos y convierte todo el ejercicio en una ingrata tarea. Se puede tomar como principio y guía que no hay por qué sentirse obligado a ejecutar todos los actos de la lista. Si un acto es

suficiente para tenernos ocupados no se deberá abandonar porque haya que seguir con el siguiente. Mientras el corazón esté ocupado con Dios, bien hablando o en silencio, basta.

* * *

Otra forma en la que una excesiva atención a un método puede frustrar nuestro éxito en la oración consiste en *que nuestros actos se conviertan en actos «reflejos»*. No solamente hacemos un acto, por ejemplo, de fe, sino que nos *observamos* haciéndolo así, y esto de un modo más bien crítico, tomando notas, como si dijéramos, todo el tiempo que lo estamos haciendo.

Aparte de que es una carga no pequeña, esto puede llevar a un dañoso preocuparnos más de nosotros mismos que de Dios. Esto es la ruina de toda oración, pues la oración es una conversación con Dios, *y las vías superiores de la oración se hacen absolutamente imposibles si un alma rehúsa perderse de vista a sí misma* y a sus propios esfuerzos. Análogamente, la continua contemplación de los propios fallos y de los esfuerzos infructuosos sólo puede llevar al desánimo, a menos que tengamos ante nuestros ojos al mismo tiempo a Dios y a su amorosa misericordia. El remedio de todas estas enfermedades es el trato familiar con Jesucristo.

* * *

Podría parecer que, al poner de este modo al alma en contacto con Jesucristo y en conversación con Él

sobre la materia de la meditación, estamos volviendo simplemente a la «composición de lugar» y a la «aplicación de los sentidos», prescritos en el método. Desde luego, no hay razón para que no lo hagamos así, en cierta medida por lo menos, pues si no las fijamos de algún modo, las facultades sensitivas pueden trastornar toda la oración con sus devaneos.

Pero hay aquí una diferencia de perspectiva que tiene importancia. Aparte del hecho de que esta vía de acceso es más espontánea y se adapta automáticamente al grado de oración que ha alcanzado el alma del individuo, tiene un rasgo particular: nos pone en contacto con Nuestro Señor, como un maestro, modelo y amante vivo, presente al alma aquí y ahora. La importancia de este punto es capital e introduce una gran diferencia en la oración y fervor de muchas almas.

VII. LA ORACIÓN AFECTIVA

Se ha hecho ya mención frecuente de la oración afectiva, y desde luego ya se ha indicado su naturaleza, aunque sólo de pasada. La materia, sin embargo, tiene un ulterior tratamiento. Aquellos que estén familiarizados con el plan metódico de la oración mental recordarán que la consideración de cada punto tenía que estar seguida de ciertos «actos», y toda la oración tenía que terminarse con un «coloquio» o conversación con Dios o alguno de sus Santos. *Cuando estos actos y el coloquio se extienden hasta ocupar la mayor parte del tiempo de la oración, la oración se llama «oración afectiva».*

Es, por tanto, una evolución natural de la meditación, y, de hecho, si la meditación no incluye una cierta oración afectiva, no es en absoluto oración. No hay, pues, en la práctica, una rígida y estable división entre las dos formas. En la oración afectiva, las consideraciones, bien a causa de una larga familiaridad con la materia o de una conveniente lectura espiritual hecha reflexivamente, tienen un lugar pequeño y muy secundario —si es que intervienen—.

Una simple ojeada, una reflexión momentánea, basta para recordar y extraer todo lo que la materia de la oración significa para nosotros, y el corazón comienza inmediatamente a exteriorizarse en actos, peticiones, alabanza, o cualesquiera otros movimientos de la oración. A todas estas acciones se les da el nombre de «afectos».

Para entender el término en forma debida tenemos que olvidar en absoluto la relación con la palabra «afectivo», pues como ya hemos observado, el nombre se aplica aquí a todos aquellos movimientos hacia Dios de la voluntad que se manifiestan de modo general en actos de las diversas virtudes. Por esta razón se da el nombre de «afectiva» a la oración en que predominan estos actos. *Esto, sin embargo, no indica intensidad alguna de sentimiento o emoción.*

* * *

Este tipo de oración, puesto que es una entrevista personal o una conversación amorosa con Dios, es capaz de tantas variaciones como personas hay. Por tanto, no se pueden establecer para ella reglas rígidas y precisas. *Lo importante es hablar a Nuestro Señor con las palabras que se le ocurran a uno mismo, de una forma absolutamente sencilla*, acerca de cualquier asunto que sea de mutuo interés. No hay que intentar buscar bellas palabras o bellas frases. No solamente no se preocupa de bellos discursos, sino que, incluso, no pide buena gramática. De hecho, la oración afectiva es a menudo absolutamente incoherente y se usa una palabra para expresar una gran multitud de sentimientos. Para algunas almas,

cuyas mentes están llenas de las verdades que contiene el Santo Nombre de Jesucristo, este nombre es una oración suficiente. Esa maravillosa palabra dice mucho más de lo que nosotros podemos imaginar. Otras almas no pueden encontrar palabras para dar expresión a sus deseos. Oran aproximadamente así: «Yo quiero... no sé lo que quiero... Sí, quiero.» Y Nuestro Señor entiende. Sabe que es a Él a quien quieren, dense cuenta o no.

Teniendo en cuenta el hecho de que temperamentos diferentes oran en formas completamente distintas, se puede decir que para muchos la oración afectiva consistirá en un trato amoroso con Nuestro Señor.

El lenguaje del amor humano, despojado de su tosquedad, es la única forma de expresión que satisface la necesidad de exteriorizarse que algunas almas sienten. No todos orarán de este modo, pero para aquellos a quienes les es natural, las hermosas formas de expresión del amor humano son modelos excelentes para nuestra conversación con Nuestro Señor. Él quiere poseer nuestro corazón y darnos su corazón, y todas las palabras que puedan ayudar a ese fin constituyen una oración perfecta. En otro sentido, asimismo, este ejemplo del amor humano nos puede ayudar a darnos cuenta de cuán extendida puede estar esta oración. ¡Qué a menudo los amantes hablan nada más que de lugares comunes —las insignificantes menudencias de la vida cotidiana— y, sin embargo, en qué medida pueden estar prendados uno del otro! Así también en la oración nuestras palabras, e incluso nuestra materia, puede ser un simple lugar común y, no obstante, el amor que damos y mostramos a Nuestro Señor puede ser muy grande.

Otras almas, de diferente temperamento, haran uso de frases tomadas de oraciones familiares, versículos de los Salmos, peticiones del misal, etc. Si el estilo de la oración pública de la Iglesia le viene a uno naturalmente, entonces, muy bien; y si no, no se deberá intentar forjar nuestras oraciones en tal estilo. «Dignaos», y otras palabras por el estilo, están en desuso. Otra forma que puede prestar una ayuda para soltar la lengua es la que sugiere San Ignacio y que consiste en repetir lentamente alguna oración vocal: el «Padrenuestro», el «Ave María», «Alma de Cristo», la «Letanía de la Santísima Virgen», etc. Aquellos que usan el breviario pueden utilizar un salmo en la misma forma y con gran fruto. Se puede improvisar sobre él y desarrollar alguna de las peticiones, o se puede dar al corazón rienda suelta, por así decirlo, entre las frases y hacer que se muestre a Dios sin palabras. Se han indicado en anteriores capítulos otras formas de establecer contacto con Nuestro Señor, y la propia devoción de cada cual escogerá la forma más apropiada para ello.

Se han de evitar otros errores. Uno bastante común consiste en esforzarse en hablar uno constantemente. *El alma deberá detenerse de vez en cuando y oír a Nuestro Señor.* Él nos contesta en nuestra conciencia, en nuestro corazón, frecuentemente en forma absolutamente inequívoca. Desde luego, en esta materia hay que ponerse en guardia para no engañarse a uno mismo con vanas imaginaciones y no confundir el deseo con la realidad. Un error que está en una relación muy estrecha con esto es pensar que hay que estar pronunciando palabras constantemente cuando no se está escuchando a Nuestro Señor. Como

acabamos de decir, tenemos que dar «rueda libre» entre un acto y otro. La capacidad de hacer esto suele ser a menudo una buena prueba de nuestra sinceridad. Así, cuando acabamos de decir a Jesucristo que le amamos con todo nuestro corazón, sólo si somos sinceros podemos permanecer silenciosos con ese sentimiento. Si no, nos sentimos empujados a seguir diciendo algo, a menos que le oigamos decirnos: «¡Si tú me amaras realmente no harías esto y lo otro!» Esta es una de las formas en que Nuestro Señor nos moldea a la medida del deseo de su corazón.

Otro tipo diferente de error es el de intentar *sentir* nuestros actos. El acto esencial de amor de Dios se hace con la voluntad y, por tanto, a menos que se produzca una efusión emotiva, en sí mismo no puede ser *sentido*. A este respecto se deberá tener presente la doctrina bien conocida de la verdadera contrición. El verdadero pesar del pecado es una aversión del pecado que lleva a cabo la voluntad y se manifiesta en una determinación de la voluntad de evitarlo en el futuro. Es absolutamente compatible con una fuerte propensión animal hacia el placer pecaminoso, que se siente con el apetito inferior y con el consiguiente dolor al renunciar a Él. Así también en la oración, si nuestros actos proceden de la voluntad, sin que importe si ellos afectan a nuestro sentimiento o no. En la medida en que *queremos* amar a Dios, por este simple hecho, con la ayuda de la gracia, le amamos *efectivamente*.

Aparte de las ocasiones en que el corazón está seco y no puede tener ni un buen pensamiento ni una buena palabra, las dificultades principales de la oración radican fuera de ella. Esta relación que existe

entre toda oración y el estado general de la vida espiritual no se ha tratado aún.

Se puede mencionar aquí un punto en relación con la oración afectiva, pues esta clase de oración es sensible de modo especial a los desórdenes de la vida espiritual de cada uno. A causa de una noción errónea acerca de Nuestro Señor y de la debida actitud ante Él, algunas almas encuentran gran dificultad en «dejarse ir ellas mismas», y hablarle en forma absolutamente natural cuando se está en oración. Bien es verdad que la reverencia es esencial a toda oración. Pero en la oración privada conversamos con un Dios que nos ama, y que busca una intimidad tan grande con nosotros, y con tanto ardor, que nos da su propio Cuerpo y Sangre como alimento, mostrándonos así con qué intensidad desea nuestro corazón. Quiere que le hablemos de un modo absolutamente libre, y nos hará concesiones si nuestra atención hacia Él nos hace ser poco ceremoniosos. Y, además, Él mismo es la cura de todos nuestros males, y si hay algo que no está bien en nuestra oración, como, por ejemplo, falta la debida reverencia, Él puede subsanarlo en seguida. Es mejor, incluso a riesgo de incurrir en falta de reverencia o de estar imperfectamente dispuesto a establecer estrecho contacto con Él, que vino a curar nuestros males, que estar apartado de Él por un exceso de reverencia. ¡No se han extinguído, ni mucho menos, en nuestra idea de la piedad, los últimos vestigios del jansenismo!

VIII. OTRAS CONSIDERACIONES. LA ORACIÓN SIMPLIFICADA

En este punto de la ascensión a la cumbre de la oración, hay dos caminos por los que se puede progresar. Uno es por la simplificación de la oración misma en el tiempo destinado a ese ejercicio. El otro consiste en una extensión de la oración, de forma que quede entretejida en la urdimbre de la labor diaria. Estos dos caminos están tan estrechamente relacionados entre sí, que es mejor tratarlos en conjunto.

Una vez que la oración se ha hecho afectiva —es decir, que se compone principalmente de actos distintos de las reflexiones—, se puede y debe renovar a menudo con frecuentes aspiraciones, que habrán de ser siempre breves, con cierta frecuencia originales, y, en general, con las palabras que se nos ocurran. Pueden, incluso, ser sin palabras; una sonrisa, una mirada, un suspiro, un movimiento del corazón que nosotros mismos, incluso, no percibimos, pueden servir de libros enteros para un amigo tan íntimo como Jesucristo. Si se desarrolla este hábito, la oración puede mantenerse en medio de nuestras más absorbentes ocupaciones, especialmente si nuestra

oración nace de la tarea que tenemos entre manos, en una petición de ayuda, de paciencia para nuestras dificultades, en una alabanza por alguna disposición particular de la Providencia divina, o si, como san Felipe Neri, ¡se da gracias a Dios porque las cosas no van por «mi camino»! La práctica de recibir todas las manifestaciones de la voluntad divina —en especial cuando son dolorosas— con una sonrisa, incluso aunque sea únicamente interna, es una oración de gran valor, y que toca el corazón de Dios en una forma muy especial.

No hay por qué apurarse si se emplea parte del tiempo de la oración, especialmente de la que pudiéramos llamar «oración voluntaria», distinguiéndola de la oración que tiene ya un tiempo fijado, en no decir nada; siempre que, desde luego, no se descuide por esto la «oración obligatoria». Por ejemplo, una visita al Santísimo se puede hacer con pocas palabras o con ninguna, y si encontramos así, que lo podemos hacer fácilmente, no se deberán tener en cuenta indulgencias o cualquier otro beneficio que nos estorba y nos lleva a sumergirnos en una larga serie de oraciones vocales repetidas que únicamente aburrirán al alma, la disgustarán para la oración y la apartarán de Nuestro Señor. Muchas almas siguen el ejemplo de Marta y se preocupan de hablar mucho y de muchas indulgencias cuando vienen a arrodillarse a los pies de Nuestro Señor. La mejor parte es la de María y no se deberán consentir consideraciones de esta clase que nos priven de ella. Desde luego, si recordamos las disposiciones que hacen falta para ganar totalmente una indulgencia plenaria, podremos darnos cuenta de que la persona que pasa la mayor

parte de su tiempo tranquilamente a los pies de Nuestro Señor, la puede ganar con mucha más probabilidad al primer intento que otras almas más «solicitas» en muchos intentos.

* * *

El alma puede encontrarse capaz de *emplear algún tiempo en un pensamiento o consideración amorosa de Dios*. La oración en que esto sea característico *puede llamarse oración simplificada*. El término «oración de simplicidad» se usa a menudo para dicha oración, pero, como ya se ha dicho, aquí es preferible el uso de esta otra expresión. Tal oración simplificada es una verdadera oración de gran valor, y si logra desarrollarse plenamente no se deberá interrumpirla ni para hacer reflexiones ni para producir otros actos.

En la práctica, mientras que es una regla segura no descuidar aquellos actos para los cuales se tiene facilidad o se siente uno atraído, sin embargo, aparte del caso de manifiesta pereza, no se deberá intentar forzar actos para los cuales no se tiene facilidad, sino quizá mucho disgusto, especialmente cuando tal disposición es habitual. Esto es verdad incluso de la especie más árida de oración, donde manifiestamente se está asido a Dios únicamente con las puntas de los dedos de la voluntad. Pueden hacer falta actos —actos breves— de vez en cuando, para recobrase de distracciones, pero no se deberán forzar más allá de lo que haga falta. En las fases más consoladoras de esta oración el alma goza de Dios, y esto es un ejer-

cicio de la voluntad que complace mucho a Él y es de gran provecho para el alma. Pero *si la oración se hace seca y retraída*, y resultan casi imposibles afectos devotos de cualquier clase, *entonces el alma tiene que orar con su voluntad únicamente*. Esto se hace, como escribe fray Piny, O. P., «*queriendo emplear todo el tiempo de la oración en amar a Dios, y en amarle a Él más que a sí mismo; queriendo quedar abandonados a la voluntad Divina*. Hay que comprender claramente que si *queremos* amar a Dios (dejando a un lado por un momento la consideración de la parte que la gracia juega en esta acción), en virtud de esa misma acción le amamos real y *efectivamente*; si, por un acto real de la voluntad, *decidimos* unirnos en amoroso sentimiento a la voluntad de Aquel a quien amamos o deseamos amar, por ese mismo acto de la voluntad llevamos a cabo, inmediatamente, dicha unión. El amor, en verdad, no es nada más que un acto de la voluntad».

La idea de que podamos *orar sin una serie de actos efectivamente vocalizados* es tan nueva para algunas personas que merece la pena discutirla más detalladamente. Los autores suelen recurrir al ejemplo de la madre con su hijo para ilustrar esta verdad. ¡Cuántos actos mudos de amor y admiración no hace ella, a menudo en forma absolutamente desconocida para ella misma, cuando se sienta al lado de la cuna de su hijo! ¡Cuánto dice su silencio al niño cuando ella lo estrecha en sus brazos! Incluso en la amistad humana, y aún más en el amor humano, son de por sí conocidas la elocuencia del silencio, la rica expresividad de una mirada o de una sonrisa. Pues también,

en nuestras relaciones con Dios, podemos en ocasiones decir todo lo que Él quiere que le digamos, en silencio y reposo.

Esta, desde luego, no es una oración para todas las almas, ni para todas las ocasiones. Sin embargo, si hacemos una pausa ocasionalmente en medio de nuestros actos y nos quedamos simplemente arrodillados ante Dios en un estado de sincera entrega a su voluntad, sucederá a menudo que encontremos posible y provechoso permanecer en esta disposición un breve rato. Si es éste el caso, estemos bien seguros de que entonces estamos orando realmente, pues estamos haciendo actos de fe, de esperanza y de caridad, estamos complaciendo a Dios y pidiéndole silenciosamente su gracia y misericordia. Una oración de esta clase puede ser posible a menudo en las Visitas al Santísimo.

* * *

Una ventaja de esta simplificación de la oración está en que resulta más fácil extenderla a las horas del trabajo de cada uno. Esto constituye un enorme avance hacia la solución del problema más importante, quizá, de nuestra santificación: la santificación de nuestro trabajo cotidiano. Si santificamos nuestro trabajo nos santificamos nosotros mismos.

Desde luego que hay diversos grados en este tipo simplificado de oración. Algunas veces no hay gran dificultad en mantener todas las facultades ocupadas con Dios; y hasta experimentar aquellas consolaciones sensibles que Dios envíe en ocasiones incluso a

los principiantes. Otras veces la imaginación está completamente vacía y campa por su respeto; y el entendimiento tampoco encuentra nada en qué fijarse. Sólo por la fe está la voluntad adherida a Dios. Sin embargo, en todos estos casos es posible conservar, durante el trabajo cotidiano, los rasgos esenciales de esta oración. La voluntad está vuelta hacia Dios, y las otras facultades dan expresión a esta unión haciendo los deberes propios, lo cual es, desde luego, hacer la voluntad de Dios. De este modo nuestra labor se convierte en una oración real. Y las ventajas de esta forma de oración se hacen más evidentes cuando se trata del trabajo mental.

Es muy posible que la oración real de muchas almas que han llevado una larga vida de fervor y perseverado animosamente en su meditación diaria, sea algo de esa naturaleza. La voluntad se eleva a Dios por la fe, y uniéndose a Él por la caridad le ora en esta forma silenciosa; las otras facultades cumplen la voluntad de Dios, bien meditando, o mediante la oración vocal, o por cualquier otro ejercicio, doctrina o labor manual que Su voluntad ordena. De hecho, puede ocurrir que para ciertas almas sea una condición necesaria para el ejercicio de esta oración de fe alguna ocupación de las facultades inferiores, por ejemplo, rezar el Rosario o el uso de jaculatorias. Por eso puede ser a menudo verdad que un alma que parece que está todavía ocupada en la oración vocal y en la meditación, se haya elevado a este grado de oración.

No hace falta insistir más en las ventajas de esta oración de fe, especialmente para los sacerdotes o

para los religiosos de vida activa; e incluso tienen más necesidad de ella que los miembros de las Órdenes contemplativas. Con ella pueden hacer de su vida una continua oración, de modo que puedan decir de verdad: Trabajar es orar.

IX. RECTITUD DE VIDA

En los capítulos anteriores hemos estado considerando la oración como la relación de amistad amorosa que tenemos con Dios, y hemos visto cómo puede desarrollarse y progresar en la misma forma que la intimidad entre amigos. Desde luego, es verdad que la oración es un acto sobrenatural, y que depende, por tanto, completamente de la gracia divina. Éste es un aspecto de nuestra materia que no hemos examinado aún. Pero de todos modos, en este estadio, las operaciones de la gracia son tan paralelas a las de la naturaleza, que está completamente justificado este punto de vista de un desarrollo «natural» de la intimidad con Dios.

De pasada aprovechamos la ocasión de este paralelismo para hacer observar un error, que está más extendido de lo que se podría esperar, y que a menudo impide el desarrollo de la oración. Y es la creencia de que no hay tipo simplificado de oración después del fárrago discursivo de una meditación de preludio y punto, salvo aquellos fenómenos extraordinarios,

tales como visiones y éxtasis que acompañan algunas veces a los estadios más elevados de la contemplación, pero que de hecho son puramente accidentales y absolutamente innecesarios para un pleno desarrollo de la oración.

Esto es un error capital. La oración se desarrolla exactamente lo mismo que la intimidad entre los hombres, y como ella, tiene sus razones y sus variaciones. Si no se adapta, por tanto, nuestra forma de orar al estado particular de nuestra intimidad con Dios, tendrá que haber dificultades. Por ejemplo, si se está dispuesto y a punto para la oración afectiva, la meditación —es decir, la oración discursiva— se hace una carga inútil; si basta quizá un acto o un tipo de acto para mantener el alma ocupada en la oración, se encontrará entonces que cualquier empeño en multiplicar esos actos es difícil y perturbador. Si el corazón desea hablar a Dios sin palabras, cualquier intento de obligarle a hacer una serie de actos diversos puede destruir la oración. Y a su vez, si Dios da su gracia sólo a la voluntad y desea que nos unamos nosotros a Él con una fe desnuda, cualquier esfuerzo de poner a trabajar la mente o la imaginación será sólo una distracción y es realmente una resistencia a la gracia.

También ocurre que las almas que han alcanzado un grado elevado en la oración y caen después en alguna seria infidelidad no pueden recobrar su anterior forma de oración sin reparar la falta, y aunque no tengan que volver a ascender otra vez toda la escala, sin embargo, su restauración tiene sus propios problemas. Así, pues, *cada grado de intimidad con Nuestro Señor tiene su propia forma de oración* y las

dificultades pueden surgir por no escoger la conveniente.

* * *

Pero las mayores dificultades en la oración, y los mayores obstáculos para su progreso, radican, al margen de la oración, en la condición general de nuestra vida espiritual. De la sinceridad de nuestro propósito, de la verdad de nuestra lealtad, de la autenticidad de nuestro amor, de todas estas cosas realmente depende en gran medida nuestra oración. Todo lo que puede favorecer o echar a perder la amistad y su intimidad favorecerá o echará a perder la oración. Ya hemos hecho notar cómo es esencial a la oración la familiaridad con Dios y su doctrina, que se produce en la lectura espiritual y puede ser una gran ayuda para su progreso; esto, sin embargo, no es suficiente en modo alguno. *Las disposiciones fundamentales de donde emana la oración y de las que depende su progreso son la humildad, la confianza y una sed y necesidad de Dios* que se revela en la búsqueda que de Él hacemos en la oración, y, de hecho, haciendo en todos los momentos su divina voluntad. Cualquier defecto de estas disposiciones se reflejará en una falla correspondiente en la oración.

La oración no se desarrollará, a menos que el alma avance hacia la cuádruple pureza de conciencia, de corazón, de mente y de acción.

En cuanto a la primera de éstas, ha de tenerse en cuenta que la oración es una intimidad amorosa con Dios. Ahora bien, esto es imposible *si la conciencia está manchada con un hábito deliberado* de pecado,

puesto esto es una directa contradicción del amor a Dios y una decidida retirada de parte de nuestro corazón y de nuestra vida de Él. Incluso una infracción habitual de una regla, en la que deliberadamente persistimos después de haberlo advertido, hace imposible que intentemos mirar a Dios a la cara, por así decirlo, e ir a su presencia con aquella disposición del corazón para servirle, que es el secreto de toda verdadera devoción y oración. Por eso es tan importante que todo sacerdote o religioso, y toda alma que desee adelantar, intente mirar a Dios a la cara con toda reverencia, al menos una vez al día, sin precipitarse en una forma de oración vocal.

En su estado perfecto, *la pureza de conciencia* consiste en una firme disposición de la voluntad de no consentir nunca deliberadamente ninguna ofensa contra Dios ni alejarse de su santa voluntad, y de tal modo que tan pronto como se vea que algún acto se opone a la voluntad de Dios se reprima inmediatamente. Pueden siempre presentarse faltas debidas a la debilidad y a la irreflexión, pero tenemos que intentar cada vez más impedir todas las faltas deliberadas; y tan pronto como ocurran, aunque sean setenta veces siete al día, tenemos que renunciar otras tantas a ellas y buscar el perdón de Dios con una breve contrición y confianza en su misericordia. De este modo ganaremos en humildad más de lo que hayamos perdido con nuestra falta, y el confiado retorno a Dios puede darle más honor que el que le ha denegado la ofensa. *Es, por tanto, una ilusión esperar llegar a ser un hombre de oración mientras se pacta con el enemigo.* La debilidad humana y los malos hábitos provocarán muchas derrotas, pero hay que

continuar la guerra con incesante coraje y con una implacable decisión de mantener limpia la conciencia de todo aquello que pueda ofender a Dios.

La pureza de corazón consiste en guardar sólo para Dios todos los afectos del corazón. No basta romper todas las ataduras pecadoras, pues si nuestro corazón está dividido por una tendencia desordenada, incluso a recreos legítimos, a nuestro trabajo, a personas o a cualquier otra cosa, no podemos decir que amamos a Dios con todo nuestro corazón. Siempre habrá tendencias en el corazón humano, pero tienen que subordinarse a Dios y a su voluntad, de suerte que nunca puedan usurpar su lugar como fuente principal de nuestras acciones. La vida espiritual es un asunto amoroso con Jesucristo; nos ha dado su corazón entero, vertiendo por nosotros la última gota de su sangre en la agonía de la muerte en la Cruz, y pide todo nuestro corazón y no podemos rehusar querer, al menos, dárselo todo a Él. Sin esta buena voluntad es imposible permanecer en amoroso silencio ante Nuestro Señor. Nada oscurece tanto nuestra mirada a Dios, nada debilita tanto nuestro deseo de Dios, nada aminora tanto nuestro esfuerzo por Dios, nada nos ensordece tanto al escuchar a Dios como *una simple tendencia desordenada. Ésta es la gran fuente de nuestras dificultades en la oración.*

Y los efectos funestos de estas tendencias no se limitan a esta oración simplificada de silencio. El «acto» primero que intentamos hacer en la oración suena a hueco y a falso en nuestros mismos oídos tan pronto como tenemos conciencia de que estamos dividiendo nuestro corazón entre Dios y sus criaturas. Y no podemos intimar con Dios después de que

Él nos ha señalado algunas de esas tendencias que disminuyen el holocausto; pues Dios es un Dios celoso, es un fuego devorador.

En la *pureza de mente* incluimos el cuidadoso y constante control de nuestros pensamientos y recuerdos, excluyendo prudentemente todo aquello que es innecesario, frívolo y vano, y recordando constantemente y en forma gradual a Dios y a sus obras. *Ésta es también una de las mortificaciones más importantes* para aquellos que quieren progresar en la vida espiritual, y mucho más efectiva que la mayoría de las maceraciones penitenciales de la carne. De hecho, sin ella la penitencia corporal es casi inútil. Esta mortificación interna se deberá extender al control de nuestras emociones, especialmente las de ira, miedo, esperanza, pesar y alegría. El hombre cuya esperanza, amor y confianza están fijadas en Dios no da ocasión a la ira cuando Dios le envía pruebas o cuando la gente prueba su paciencia hasta el límite, ni teme vanamente por la providencia amorosa de Dios, que sabe abarca cada detalle de su vida. Ni tampoco el pesar por las pérdidas materiales penetra profundamente en su corazón cuando abunda en la riqueza de Dios; y las alegrías de esta vida le parecen triviales, e incluso sin valor, a quien conoce la delicia del amor de Dios.

La *pureza de acción*, que se suele llamar pureza de intención, consiste en una continua vigilancia de los motivos que animan nuestras acciones, y en un constante esfuerzo por actuar sólo por amor de Dios y de acuerdo con su voluntad. Exige una guerra incansable contra el amor propio que busca siempre inspirar todos nuestros actos. Cuando un religioso ha

entrado en la vida religiosa y es un fiel observante de la regla, el progreso ulterior se ha de buscar no haciendo violentos esfuerzos para ejecutar acciones extraordinarias, sino poniendo *una pureza de intención siempre creciente en las tareas ordinarias de la vida cotidiana*. Éste es el camino más seguro, y de hecho, con excepción de casos muy especiales, es el único camino para cumplir aquella ley de perfección cristiana que San Juan Bautista dejó bien establecida: «Él tiene que crecer, yo tengo que menguar.» El procurar nuestro propio honor, nuestra propia comodidad indebida, nuestro egoísmo, por muy encubierto que esté con la excusa de motivos altruistas o la búsqueda de una santidad más alta, se opone directamente a aquella norma superior que nos dio Cristo de negarnos a nosotros mismos y seguirle.

* * *

Esto quizá pueda parecer demasiado arduo y podría conducir sólo al desánimo. Pero la perfección de esta pureza cuádruple no se requiere para el progreso en la oración, pues tal perfección es sinónima de santidad; sin embargo, tenemos que esforzarnos continuamente hacia estas disposiciones de pureza.

Tenemos que desear esta pureza, tenemos que orar por ella, tenemos que hacer los más serios esfuerzos para adquirirla. Pero sin una ayuda especial de Dios no es probable que podamos progresar lo suficiente. Sin embargo, no hay límite a la bondad de Dios, y en este estadio es cuando Él acostumbra a intervenir, compadeciéndose de nuestras debilidades; después de haber estado nosotros trabajando afanosamente

toda la noche, consiguiendo muy poco o nada. Él actúa mediante su especial providencia, y en breve tiempo nos ha hecho avanzar más allá de lo que se esperaba. Pero Él exige que pongamos de nuestra parte, que continuemos haciéndonos a la mar, por así decirlo, y perseveremos en nuestros intentos de complacerle y de orar a Él, sin que importe el fruto que podamos conseguir.

La acabada pintura que Santa Teresita ha hecho de la vida espiritual nos ayudará a darnos ánimo. Ella la ve como una escalera que hay que ascender, al final de la cual Dios está esperando, mirando desde arriba con amor paternal los esfuerzos de su hijo para subir el primer escalón. El niño, que representa a nosotros mismos, no puede ascender ni el primer escalón siquiera; sólo puede levantar su pequeño pie. Más pronto o más tarde Dios se apiada de él y lleva al niño arriba directamente en sus brazos; pero tenemos que tener nuestro pie levantado. Santa Teresita insiste en esto tanto como en la bondad amorosa de Dios. El alma nunca se debe desanimar por la infructuosidad de sus repetidos esfuerzos. Es una ley de la vida espiritual que, ya que todo progreso depende en último término de Dios, Él primero nos enseña nuestro completo desamparo mediante largos y tediosos esfuerzos que no consiguen nada. Pero nosotros tenemos su palabra: «Yo mismo vendré y te salvaré.»

X. LA ORACIÓN Y LA VIDA ESPIRITUAL

El examen de la oración se ha llevado ya a tal punto que se puede ver que el núcleo esencial de ella es el acto de la voluntad con que se dirige a Dios, le busca y se une a Él —a Dios, entiéndase bien—, en cuanto que es conocido por la fe.

Es evidente, pues, que *hay una estrecha relación entre la oración y el resto de la vida espiritual* y que, de hecho, cuando se progresa, la distinción entre ambas tiende a desaparecer, y la oración rebosa del tiempo a ella destinado y empieza a penetrar en el resto del día, de modo que, bien sea por la palabra o por la obra, el alma está siempre elevada hacia Dios en una unión de amor. Esta estrecha relación entre las diferentes partes de la vida espiritual, así como también su mutua dependencia, existe desde el comienzo mismo. La oración y la práctica son realmente dos ramas del mismo árbol de la caridad. En todo árbol la vida de cada rama depende de la savia vital que fluye a ella procedente del tronco, y a su vez las ramas alimentan a todo el árbol, así como a las demás, con el alimento y la energía que las hojas

extraen del aire y del sol. Así también en este árbol de la caridad las ramas de la oración y de la práctica dependen, en cuanto a su vigor, de la savia vital de la gracia que les viene de la vida sobrenatural del alma; y a su vez esta vida se nutre y se fortalece por la actividad de cada rama, pues las ramas de la oración y de la práctica llevan a todo el organismo espiritual las riquezas de la atmósfera divina y la energía del sol divino, hacia el que extienden las hojas de los actos y deseos. De hecho, en este árbol de la caridad no hay diferencia entre las raíces y las ramas, pues el amor se desarrolla amando y ama desarrollándose.

El camino, por tanto, que conduce al progreso en la oración es exactamente el mismo que conduce al progreso en la virtud.

Por esto se está planteando aquí la oración ante los sacerdotes y religiosos, especialmente entre los religiosos «activos», como una parte integral del programa esencial de su estado. El propósito primario de toda congregación religiosa no es la tarea particular que es peculiar a cada una, como, por ejemplo, la predicación, la enseñanza o la beneficencia. Es la santificación de cada uno de los miembros individuales. Hay, pues, una obligación en cada individuo religioso de tender a la perfección, y esta obligación es el deber primario de su estado de vida y está antes que los demás. Por tanto, todo religioso que dé realidad vital a sus obligaciones, hará todo lo que haga falta para facilitar el progreso en la oración. Y aún más, ningún religioso podrá descuidarse en intentar avanzar en la oración, ni decir que tales cosas no son para él, pues la oración es el medio más poderoso de avanzar en la perfección y su poder aumenta con su

desarrollo. El progreso en la oración es el resultado del progreso en la virtud, y el progreso en la virtud es consecuencia inevitable del progreso en la oración. *Cuanto más conformemos nuestra voluntad a la voluntad de Dios, tanta más facilidad encontraremos en la práctica de la oración.* De hecho, la gran dificultad en la oración está en que nuestras voluntades —en otras palabras, nuestros corazones— no están entregados completamente a Dios.

Se sigue, por tanto, que no hay por qué vacilar en proponer a los sacerdotes y a los miembros de cualquier congregación religiosa un programa de oración que lleve a estados superiores de ésta y que incluya aun aquellos estados que algunos autores consideran que son esencialmente diferentes de la oración «ordinaria». En lo que se refiere al esfuerzo que se hace fuera del tiempo de la oración, todo sacerdote que atienda realmente a las exigencias de su oficio, o cualquier religioso que haga todo lo que requiere su estado, hará también todo lo que haga falta para progresar en la oración. Si no se nota ese progreso allí donde hay una generosa fidelidad para todos los deberes, hay que recordar que hay muchas almas santas y humildes que tienen grandes dones de oración absolutamente desconocidos para ellos mismos. La oración, como hemos visto, puede hacerse tan «simplificada» que escape al control de nuestra propia conciencia. Y, además, la relación entre el progreso y la oración no es siempre la misma. Algunos llegan muy lejos en la perfección y, sin embargo, parecen estar aún en los estadios elementales de la oración; mientras que, por otra parte, Dios puede dar algunas de sus mejores gracias a almas que distan mucho de

la perfección. La oración es un medio para la perfección; no es la perfección misma. Sólo una cosa se puede establecer con seguridad: si hubiera más almas que se pusieran a orar y continuaran intentando orar cada vez mejor, un mayor número de ellas llegarían a su debida perfección, y esto con menos dificultad que si trataran la oración como un simple ejercicio incidental de su vida espiritual, que, después de todo, podría pasarse sin él.

En esta materia los miembros de las Congregaciones más activas no tienen razón en considerar que la oración tal como ahora la estamos describiendo no es para ellos. Quizá sea verdad que en las Órdenes contemplativas es más fácil para las almas avanzar en la oración; y es también verdad, y lamentable verdad, que el horario diario de algunos religiosos está tan recargado de trabajo y que lo que se les exige en energía es tanto, que pueden encontrar poco tiempo o intensidad para desarrollar la vida interior. Sin embargo, es igualmente verdadero que las gracias de la oración se ofrecen a los religiosos activos lo mismo que a cualquier otro, y que la cooperación que hace falta de su parte no es más que aquella a la cual están ya obligados por el deber esencial de su estado. Las «actividades» legítimas de los religiosos no son un obstáculo a la hora de la gracia divina; de hecho, son un instrumento de esa gracia, y se puede decir que si un religioso, después de muchos años de vida en religión, no ha alcanzado su debido estado de perfección en la oración es, hasta cierto punto, no tanto porque sea un miembro de una Congregación religiosa *activa*, sino más bien porque sus actividades no se han sobrenaturalizado tanto ni se han

hecho tan interiores como lo requiere su deber principal de religioso.

* * *

Para facilitar, por tanto, la oración y adelantar en ella, tiene que haber *una gran fidelidad a la voluntad divina*. Se han de seguir fielmente las reglas y todas las demás manifestaciones de los deseos de Dios y se han de ejecutar todos los detalles de la vida común, así como los propios deberes cotidianos, con gran exactitud y vigilante pureza de intención. Y hace falta prontitud en corresponder a la gracia y generosidad para no negar a Dios nada de lo que Él pide claramente. Cuanto más nos abandonemos a la voluntad divina aceptando alegremente todas sus disposiciones y confiando amorosamente en todos sus planes, tanto más avanzaremos y tanto más pronto tendrá fin la acción purgativa de Dios sobre el alma. El objetivo del alma debe ser siempre secundar la obra de Dios para su santificación y, sobre todo, ya que la humildad es el fundamento de toda la vida espiritual, y Dios quiere que el alma sea humilde a toda costa, se habrán de aceptar alegre y generosamente todas las humillaciones que Dios envía. Esto tendrá otro efecto, pues suprimirá una fuente frecuente de distracciones en la oración: la tendencia inconsciente a intentar curar las heridas de nuestro amor propio, complaciéndose en pensamientos e imágenes y en estos sueños y fantasías locas que interfieren tanto en la oración.

No hay que olvidar nunca la importancia de *la mortificación interior*. No puede haber progreso en

la oración sin una vida mortificada. Ahora bien, esto no quiere decir una vida de gran penitencia corporal. Es nuestro amor propio lo que tenemos que mortificar, e intentar extraordinarias o desusadas penitencias corporales sin una clara llamada de Dios y la aprobación de alguna autoridad competente, suele ser solamente una forma sutil de autosatisfacción. Tiene que haber, desde luego, la penitencia corporal suficiente para mantener el cuerpo dominado. Las reglas y las costumbres de cada Orden son la mejor vía en esta materia. A causa de la preeminencia que algunos autores dan a las mortificaciones extraordinarias practicadas por algunos santos, mucha gente tiene la idea de que estas cosas son esenciales para la santidad. La vida de Santa Teresita es suficiente para corregir este error. Ha de recordarse siempre que el progreso mayor y más rápido se hace con la mortificación interior de la memoria, de la imaginación y de las emociones, y con la pronta aceptación de las humillaciones. Dar rienda suelta a nuestros propios pensamientos, complacernos en sueños, construir castillos en el aire, alimentar constantemente viejos recuerdos, fomentar nuestros descontentos, permitir que el orgullo herido dicte nuestros pensamientos o sentimientos, todos estos hábitos son fatales para la vida de oración. Por mucha penitencia corporal que practique el sacerdote o religioso que no puede reprimirse quejándose y protestando, buscando simpatía cuando no se le atiende e, incluso, buscando una oportunidad de venganza, está lejos de mortificarse verdaderamente, y si no se corrige no podrá ser un amigo íntimo de Nuestro Señor.

De gran importancia es la *fidelidad a las inspiraciones de la gracia*, a aquellas invitaciones del espíritu de Dios que piden nuestra cooperación en alguna tarea o sacrificio particular. Por estas mociones de la gracia, Dios adapta su plan a las necesidades y circunstancias individuales de cada alma, y provee a ellas. Son de especial importancia en la vida espiritual de un sacerdote que vive en el mundo. Rehusar ante estas invitaciones, y especialmente hacerlo así en forma habitual, es realmente extinguir el Espíritu. Toda la vida espiritual es un trato amistoso con Jesucristo y su Espíritu; la oración es el encuentro o entrevista; se podría también llamar la cita amorosa, donde garantizamos a Dios nuestro amor y nuestra cooperación y donde manifestamos nuestra unión con Él e, incluso, encontramos alegría en esa unión. Pero si el resto de nuestro día desmiente nuestras protestas y contradice nuestras promesas, no podemos encontrarnos con Dios con sinceros sentimientos de amor o cooperación; y entonces la oración se hace «difícil» e incluso imposible. Probablemente por eso, tantas almas no avanzan en el camino de la oración. No es porque Dios les haya negado las gracias de la oración, sino porque ellas han negado a Dios la cooperación con lo que podríamos llamar las mociones de su gracia —las invitaciones a obrar en unión con Él—, porque le han denegado esa cooperación que es la necesaria plenitud y fundamento de la sinceridad de la oración afectiva. Cuando hablamos a Dios tenemos que querer decir lo que decimos; tenemos que practicar lo que hemos prometido; tenemos que mostrar en el trabajo lo que decimos de palabra.

XI. LA SENDA DEL PROGRESO

Hay otra consideración que hace deseable, si es que no es también necesario, que los diferentes caminos de la oración sean propuestos a todo sacerdote y religioso, y esto no simplemente como un conocimiento especulativo sin relación alguna con la práctica, sino como métodos prácticos de oración que todos pueden emplear. Pero hace falta una introducción que revista la forma de *un examen de la senda por la cual ascendemos a las alturas de la oración*.

Es absolutamente verdad que hay una antigua división de la vida espiritual en tres estadios —a saber: los principiantes, los adelantados y los perfectos— que data casi de los tiempos apostólicos. Es verdad también que el progreso en la oración se ha dividido en tres caminos, que corresponden a cada uno de estos estadios. Y es también verdad que la senda ascendente de la oración se ha dividido en varios escalones por autoridades tan grandes como Santa Teresa y muchos teólogos de experiencia y renombre. A esta tradición en el tratamiento, a este peso de los

precedentes, y a este ejemplo de práctica, se pueden añadir las amables sugerencias de aquellos cuyo consejo se pidió al escribir estas líneas y que recomendaban la definida visión de la vida espiritual en escalones bien marcados, con definiciones detalladas de cada tipo de oración y tratamiento clasificado de las dificultades que se presentan en cada clase.

Sin embargo, nos hemos abstenido deliberadamente de un intento demasiado exacto de definición, y también de una clasificación tajante de los diferentes estadios en el desarrollo de la oración, con divisiones bien marcadas entre los diferentes estadios. Al hacerlo así, no nos hacemos cuestión, ni por un momento, de la verdad de los principios latentes en un procedimiento científico como el de la tradición. Pero éste no es un tratado teórico que examine las dificultades de la oración en términos generales o abstractos; es más bien un intento de ayudar a las almas individuales a resolver sus propias dificultades, y considera la vida espiritual no en una forma científica y objetiva, sino desde el punto de vista subjetivo del individuo, tratándola tal como aparece al individuo en la práctica.

Ahora bien, si se tomasen y promediasen las experiencias de un gran número de almas de diferente edad, experiencia, temperamento y época, se encontraría que las divisiones y conclusiones clásicas eran completamente exactas y estaban bien justificadas. Pero si se midiese a un cierto número de hombres, se tomase el promedio de sus diferentes dimensiones y se les confeccionasen vestidos de acuerdo con estas medidas de promedio, lo probable es que sería difícil que le sentasen bien los vestidos a cualquiera. Así

ocurre con la oración. Las experiencias de cada individuo, y la forma en que le parece se desenvuelve su oración, no se pueden rubricar bajo una misma ley general. Especialmente se encontrarán amplias variaciones en la secuencia con que se suceden los diferentes grados de oración. Incluso en aquellos cuya senda sigue fielmente los clásicos hitos —meditación, oración afectiva, oración simplificada, contemplación árida, oración de unión, etc.— estas divisiones sólo representan un promedio de un período en el que predomina un tipo particular de oración. Y no es imposible, incluso, que en el estadio fijado como meditación hubiese ocasiones en que se practicasen los otros tipos de oración. Es inverosímil, desde luego, que se den todos. Autores de mentalidad absolutamente conservadora señalan que hay almas que empiezan con la oración afectiva. Se ha dado a muchos principiantes generosos, por un corto tiempo al menos, las gracias de la contemplación. Así, pues, la tarea de prescribir a cada alma tiene que abordarse con una mente amplia y flexible y seleccionando las prescripciones.

Además de esta variedad que es inherente sin duda alguna a la naturaleza del caso, parece como si en vista de las necesidades de estos críticos tiempos y de la temible fortaleza de las fuerzas que se oponen a la cristiandad, Dios estuviese más dispuesto de lo que usualmente se podría esperar a *verter sus gracias generosas de oración en las almas* que quieren hacer uso de ellas, y a un alma que se pone seriamente a perseguir la santidad y la oración sería difícil que no se le ofrecieran las más altas gracias de oración, no importa cuál fuese su estado en la vida.

Por tanto, sería deseable que todas las almas tuviesen un conocimiento práctico de las diferentes formas de orar, y se preparasen para utilizarlas de acuerdo con las diferentes condiciones de gracia, de fervor y de clima general de su vida espiritual. Esto quiere decir que se deberá estar preparado para ascender a mayor altura si Dios invita a ello y se deberá estar dispuesto con una alegría siempre igual y una santa indiferencia, *a volver a emprender la tediosa tarea de la meditación, si, al fallar lo demás, resultase conveniente*. Esto no es afirmar que no haya un desarrollo general de la oración; todo lo que se ha escrito aquí pone de manifiesto que con una vida espiritual saludable, tal crecimiento es casi inevitable. Pero es muy probable que el curso de la oración, considerado día a día, revele toda clase de variaciones y exija el empleo de varios métodos. Merece notarse que San Juan de la Cruz incluye bajo un término —el de meditación— las diferentes variedades de oración que hemos estado examinando.

Y por esto se han evitado definiciones exactas o perfiles netos. Se pueden definir cuidadosamente términos, pero una neta definición de estados presupone la existencia de divisiones definidas y distintas en el desarrollo de la oración, lo cual no es tan fácil de encontrar en la práctica, en especial cuando se tiene en cuenta el caso del alma de un individuo. E incluso es una tarea muy difícil deslindar la frontera entre el estadio general de la oración ordinaria y el comienzo de lo que muchos llaman la contemplación infusa. Por tanto, si se echa de ver una cierta indefinición en el presente tratamiento de desarrollo de

la oración, se debe a que esto parece estar más de acuerdo con los hechos de la experiencia individual. Y por eso nos podemos sentir justificados al tratar las dificultades de los diferentes modos de oración sin un criterio clarificador.

Hay un arma —un camino— que es esencial para abordar las dificultades y hacer progreso en la oración. Y es *la firme resolución de no cesar nunca de hacer intentos*, de no cesar nunca de orar, sin que importen las dificultades que se presenten, ni la pequeñez de los éxitos, ni lo que vaya a costar. *Cuando nos decidimos a ser hombres de oración, hacemos una declaración de guerra*, no solamente contra la parte inferior de nosotros mismos, sino contra el demonio mismo. Y sólo un coraje resuelto y una confianza firme e inmovible en Dios puede capacitarnos para persistir en este combate. Pues si somos generosos y ponemos todo de nuestra parte, aunque no sea más que gloriarnos de nuestra pequeñez, entonces podemos estar seguros de la ayuda divina, pues es un principio teológico que Dios no deniega su gracia a aquellos que utilizan la que ya tienen, por muy pequeña que sea.

* * *

Hay *una dificultad, la más común*, que pone a prueba la fortaleza de esta resolución; y es *la lucha continua contra las distracciones*.

Estas perturbaciones pueden tener su origen, desde luego, fuera de la oración, en alguna tendencia, alguna curiosidad no mortificada, alguna preocupación mórbida, humillaciones, por ejemplo; se pueden

deber al fracaso en recogerse uno generosa y completamente al principio de la oración. En estos casos el remedio es obvio.

Se pueden deber, sin embargo, a la fatiga; pues si las potencias de la mente han trabajado durante todo el día, no le es fácil hacer el esfuerzo necesario para mantenerse atentas a lo que puede ser una tarea muy difícil. En este caso, cuando la distracción es obra de Dios y no se debe a nuestra propia autosatisfacción, sólo podemos gloriarnos de nuestra pequeñez y esperar la gracia de Dios.

Asimismo, las distracciones pueden ser debidas a la inestabilidad natural de la mente, especialmente de la imaginación. Es ley psicológica que una idea tienda a recordar otra, de acuerdo con los principios bien conocidos de la asociación y del contraste, de suerte que el mismo esfuerzo de hacernos clara una idea puede ser el medio de iniciar una distracción.

Las distracciones pueden proceder también del hecho de que la materia de nuestra oración, o las operaciones de la gracia divina, no hagan un llamamiento a la imaginación, a nuestros gustos materiales, o incluso a la parte más familiar de nuestras potencias intelectuales. En este último caso especialmente, la imaginación y potencias afines parecen desatarse, y cualquier intento de reducirlas producirá solamente el desvío de la atención de la oración real que se está produciendo en las profundidades del alma, en lo que se podría llamar la «luz invisible» de la fe.

En todos estos casos, *todo lo que podemos hacer es renovar nuestra atención hacia Dios*, de acuerdo con la forma de oración que estamos empleando al orarle. Esto se deberá hacer suave y tranquilamente,

sin violencias o, incluso, sin sorprendernos de nuestra propia extravagancia.

Si nos pudiéramos dar cuenta de en qué medida este continuo volvernos a Dios le pone de manifiesto nuestro real amor a Él, y le place más que la atención momentánea que tiene sus raíces en el amor propio, no estaríamos nunca insatisfechos con nuestra oración por causa de sus numerosas distracciones. Si la oración es una elevación de la mente hacia Dios, cada vez que nos apartemos de las distracciones para renovar nuestra atención a Dios oramos, y oramos a despecho de las dificultades y de nosotros mismos. ¿Qué puede complacer más a Dios? ¿Qué puede ser más meritorio? Nos quedaríamos muy sorprendidos si pudiéramos lanzar una ojeada al libro de cuentas que el ángel lleva, y ver los diferentes valores que él da a nuestros diversos intentos al orar. La oración que nos complace y con la que estamos bien satisfechos tendrá una estimación baja, mientras que la oración que nos disgusta, que está constituida aparentemente sólo de distracciones, resulta que ha conseguido un grado muy alto de aprobación.

Algunas veces, la simple vuelta a Dios basta para eliminar la distracción; pero muy a menudo vuelve otra vez el mismo pensamiento que distrae, a pesar de nuestros intentos de desembarazarnos de él. *Una forma de tratar a estos intrusos obstinados es convertirlos en materia de oración*. Con un poco de ingenio se puede encontrar alguna relación entre la idea que nos distrae y Dios. Puede quizá darnos ocasión de que oremos por algo; puede servir también como un motivo para alabar a Dios; puede usarse como una prueba de nuestra necesidad de su gracia.

Sea lo que fuere, Dios la hizo y permitió que entrara en nuestras mentes, de suerte que siempre hay un camino que lleva en ella a Dios.

Si todo ello fallase, podemos atenernos al consejo del autor de *The Cloud* para solucionar las distracciones, y que consiste en que nos debemos esforzar en mirar por encima de sus hombros como si estuviésemos observando algún objeto que está detrás de ellas y por encima de ellas, que es Dios. Hay un excelente capítulo que trata de las distracciones en *Holy Wisdom (Sancta Sophia)*, de Dom Baker, O. S. B., una obra a la cual deben mucho estas páginas y que está en la misma tradición. Prestará una gran ayuda la parte de este libro que trata de la oración.

Nos puede servir de ayuda otra forma de considerar la oración, cuando nos encontremos que no podemos orar. Miremos al tiempo de la oración como una reunión con Dios. Si Él, por sus propias y sapientes razones, decide no acudir a la reunión, ésta es su voluntad y, por tanto, ha de ser alabado. Y por nuestra parte, al arrodillarnos, desamparados, y casi desesperanzados, hacemos lo que Él quiere que hagamos y podemos dejar el resultado confiadamente a Él. Estas horas perdidas, luchando en el desamparo, contra el sueño y la distracción, «sin conseguir nada», juegan una parte providencial en nuestra santificación. *Las distracciones que no son deliberadas son una prueba, no una falta*; aceptémoslas alegre y confiadamente. Dios, a su debido tiempo, vendrá y nos salvará.

XII. LAS DIFICULTADES DE NO ORAR

Hasta ahora hemos estado considerando las dificultades de la oración; hemos visto también que la oración es capaz de desarrollo, y nos hemos dado cuenta de lo estrechamente relacionada que está con la vida espiritual, de suerte que no es posible el progreso en una sin serios esfuerzos en la otra. Olvidando quizá que está ya destinado a estos esfuerzos por el hábito mismo que lleva, podría un religioso resignarse a que la consiguiente dificultad le inhibiese de adelantar en la oración. Antes de continuar tratando de cualquier avance en la oración y de sus dificultades, estaría bien ver qué alternativa hay para tal religioso.

Aparte del hecho de que el dolor y el esfuerzo que implica el intento de avanzar en la vida espiritual llevan consigo su propia consolación y fortaleza —en una unión más íntima y más consciente con Jesucristo, que puede despojarlos de toda su dureza— tienen también como compensación la supresión de *la mayor de todas las formas de infelicidad, el servicio tibio en el estado religioso.*

Para un religioso cuyo corazón no busca la unión con Dios, la vida es una perpetua miseria. Toda la vida religiosa está planeada para conducirnos —llevarnos de hecho— hacia esa meta de la unión divina. Cualquier otro curso, o una demora vacilante, nos ocasionará que vayamos a contrapelo constantemente en la totalidad de nuestra vida y que naveguemos contra corriente. Si un religioso que se aparte así del fin principal de su estado busca distracción absorbiéndose en su tarea, estará continuamente rozándose incómodamente con los innumerables obstáculos e impedimentos que la limitación de su regla de vida pone en el camino del éxito completo en esa dirección. Si intenta encontrar la paz persiguiendo algún placer inferior, encontrará pronto que tiene que tomar medidas extremas para intentar ahogar los remordimientos de su conciencia y las congojas de aquella sed de lo más profundo de su ser superior que no puede encontrar alimento en esa locura, y así sus días serán de una miseria siempre creciente. Aunque evite esos desórdenes, toda la serie de ejercicios religiosos llegará a perder significado y sentido, y se hará fastidiosa en extremo. Será como un chico en la escuela que no quiere aprender, un paciente sometido a tratamiento que no quiere ponerse bueno, un soldado en armas que está decidido a no luchar. Estará en continua guerra —si es que podemos dignificar con ese nombre sus querellas— con el mundo que le rodea.

En el estado religioso se entrega un alma a Dios, y Dios mismo se entrega al alma después de haberla ayudado a sacrificarse y haberla preparado para esta donación. *Cualquier plan personal que se oponga a*

este fin es completamente extraño a la vida de ese estado, y más pronto o más tarde, o se renuncia en absoluto a tal fin o empieza el fracaso de esa persona como religioso. Pero si se puede convertir en propio el verdadero fin de esa vida y se enfoca todo en ella como un medio que nos da Dios de unimos a Él, entonces se encuentra una felicidad indecible, y con ella el secreto de una paciencia alegre. Muchos religiosos, por ejemplo, encuentran que el recreo en comunidad es una gran prueba; en lugar de recrearles, algunas veces no hace más que irritarles. Supóngase, sin embargo, que se va a él simplemente para buscar a Jesucristo y encontrarle haciendo su voluntad; entonces se habrá encontrado también un punto de vista que no solamente hace tolerable el ejercicio, sino que incluso se puede aceptar alegremente. En un capítulo posterior veremos cómo es verdad eso de que haciendo la voluntad de Dios, encontramos a Dios; que incluso haciendo todo lo que parece ser lo menos importante de la Regla estamos haciendo algo que agrada más a Dios, y es más eficaz para nuestra propia felicidad eterna, que cualquier otra cosa que pudiésemos hacer en aquel momento por muy grande y heroica que fuese. Tal actitud es de una gran ayuda, tratándose de aquellas prescripciones de la Regla que parecen con frecuencia ser tediosas e irracionales. Enfocadas de este modo, su cumplimiento se convierte en una constante oración, en una prolongada comunión espiritual; no solamente hace que sea más sugestiva la súplica a Dios de que entre en nuestros corazones, sino que realmente nos une a Él. Asimismo es un hecho que uniéndonos a Jesucristo de esta forma, haciendo alegremente su voluntad, nos

estamos uniendo también a todas las obras de sus servidores de todo el mundo; se está unido a cada sacerdote que dice misa, a cada misionero que predica el Evangelio, a cada alma que ora o padece por Cristo; además, se participa del fruto de su obra y se puede, incluso, compartir su galardón, con la aceptación amorosa de la voluntad divina y la prontitud en ejecutar el deber particular que Dios ha asignado a cada uno. Buscar a Dios verdaderamente, hacer su voluntad con alegría, amarle de todo corazón: éste es el único camino para la verdadera paz y para la verdadera oración.

No solamente es esta vida interior la única esperanza de todo individuo religioso; *es también la única esperanza del estado religioso*, y al llamarla «la única esperanza», estas palabras se usan con su plenitud de significado.

Nuestro Señor mismo dijo a sus Apóstoles la noche que les ordenó de sacerdotes y fundó la vida activa de la Iglesia: «Permaneced en mí, y yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada.» Todo el discurso que les dirigió la noche antes de su Pasión fue una exhortación a la vida interior, y una clara indicación de que era la única fuente para conseguir frutos. En estos tiempos críticos en que la Iglesia tiene necesidad de la plena cooperación de cada uno de sus religiosos, lo que ella más necesita es la vida interior de oración y penitencia, y algunas veces parece como si esto fuera la última ayuda que sus miembros se acuerdan de ofrecerle. Existe el peligro de que, por la primacía que se da a la necesidad y debido al con-

tagio de un mundo materialista, nuestra perspectiva se pueda dislocar y trastornarse nuestra escala de valores. Las obras admirables que el estado religioso ha llevado a cabo para la Iglesia y sus miembros, predicando, enseñando y haciendo obras de beneficencia, en todas las formas de actividad, son una de las glorias de la cristiandad. Pero todo esto es puro aparato externo si no procede de una vida de oración y unión con Dios. Y la tentación de olvidar esto es muy fuerte. Cuando hay necesidad de personal para nuevas escuelas, cuando las Misiones piden ayuda apremiantemente, cuando los sufrimientos de los pobres desgarran nuestros corazones, es muy fácil olvidar la necesidad absoluta de un fundamento fuerte, sano y sólido de la vida interior de cada sacerdote y de cada religioso; es muy fácil olvidar la necesidad absoluta de un ocio suficiente para la oración, para la lectura espiritual y para las cosas de la vida espiritual. Las necesidades del momento pueden desplazar y arrinconar estos ejercicios en un rincón cada vez más reducido del horario, exigir cada vez más de la fortaleza y energía de los sacerdotes y religiosos y, en ocasiones, absorber todo el campo de su interés. Esto sería fatal; pues entonces no puede haber ya más frutos ni más vida, pues Jesucristo ha quedado desplazado de la vida religiosa y del corazón de cada religioso; Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Intentar ganar en eficiencia, bien desde el punto de vista individual o del instituto, reduciendo el tiempo o el interés de la oración y de los ejercicios espirituales, *es incluso más absurdo que intentar hacer más labor manual dejando de comer*. Toda la enseñanza, toda la elocuencia y todo el trabajo de este

mundo no pueden convertir una sola alma, a menos que nuestras oraciones y sufrimientos atraigan la gracia necesaria. Las palabras de un hombre no tienen unción si no está viviendo una vida de amistad con Jesucristo. Los muchachos, por ejemplo, respetarán a un hombre de altos principios, aprenderán de un buen profesor, incluso admirarán a un hombre penitente; pero si no es un compañero íntimo de Jesucristo, ningún maestro tendrá esa influencia sobre el corazón y el alma del alumno que hace que sea también un amigo y amante de Jesucristo; incluso se podría decir que si no hay alguien que está orando por él, no le hará tampoco un buen católico.

Estos son sólo los ejemplos de una verdad de aplicación universal. La vida exterior no tiene valor si no fluye de una vida interior, y ninguna vida interior puede durar sin una constante y verdadera oración.

Ahora bien, no hay ningún ejercicio de la vida espiritual que se preste menos a un régimen que la oración, ni hay tampoco ninguno al que el régimen agoste y marchite más rápidamente. La oración deberá ser una práctica lo más espontánea posible. Su desarrollo saludable en una Congregación religiosa queda asegurado en la mejor forma posible no por una «organización» excesiva con métodos y materia fijados, sino, ante todo, formando en cada religioso el espíritu de la vida interior con una robusta convicción de su valor y necesidad, conduciéndole a un trato íntimo con Jesucristo, y dándole entonces amplias oportunidades y facilidades para desarrollarla.

XIII. LA ORACIÓN DEL SACERDOTE

Se han hecho en los capítulos anteriores tantas referencias a la vida religiosa, que se ha de prestar ahora alguna consideración al caso del sacerdote que vive en el mundo.

No ha de pensarse que todo lo que se ha dicho en este libro acerca de la posibilidad de progreso en la oración es un ápice menos verdadero si se trata del sacerdote que del religioso. La única razón de que se haya hecho una referencia más detallada de la vida religiosa se debe a que este libro lo escribe un religioso, y sólo las cuestiones de que se tiene experiencia inmediata se pueden tratar en detalle de un modo efectivo. Parecía mejor que un escritor, que sólo puede tener conocimiento de segunda mano de los problemas del sacerdote, evitara tratar sus dificultades con demasiado detalle, si es que quería que recibieran plena consideración y comprensión. Estas dificultades son de tal naturaleza que un contemplativo enclaustrado que intentara tratarlas demasiado minuciosamente podría aparecer fácilmente como un estratega de café.

No obstante, hay que referirse a estos problemas, pues si no podría parecer que la oración y la perfección no se consideraban hacederas para los sacerdotes que están en el mundo. Ahora bien, ocurre lo contrario; el progreso en la oración no sólo les es posible, sino que, incluso, es de capital importancia para ellos, precisamente porque, *como sacerdotes, sus funciones exigen perfección*.

Y aunque el último capítulo dedujo sus conclusiones del hecho de que el deber y fin primario del estado religioso es tender a la perfección, no necesitamos aquí examinar la perfección del estado sacerdotal como un *estado*. No es una cuestión que necesite plantearse aquí la de si el texto de Santo Tomás, que ha conducido a una cierta diferencia de doctrina en esta materia, se aplica a las condiciones de la época presente. (Aquellos que deseen examinar este punto lo encontrarán discutido en *The Secular Priesthood*, del doctor E. J. Mahoney.) Santo Tomás es definitivo al afirmar que las funciones del sacerdote, cualquiera que sea su «estado», requieren una mayor santidad interior que la del estado religioso (Santo Tomás, *Summa Theologica*, II-II, 184, a. 8). Las declaraciones de los recientes Papas no dejan lugar a duda en cuanto a la necesidad de santidad en el sacerdote. Bastará citar aquí a Pío X: «Hay quienes creen y enseñan que todo el valor de un sacerdote consiste en el hecho de que se dedique a las necesidades de otros. Qué falsa y desastrosa es esa doctrina. Sólo la santidad personal nos hará del género de hombres que nuestra vocación divina demanda: hombres crucificados para el mundo, hombres para quienes las cosas del mundo están en su puesto muertas, hombres

que caminan con una vida renovada.» (*Haerent Animo*, 4 de agosto de 1908.) Los Pontífices siguientes no han hecho más que reafirmar este principio.

Es cierto que el sacerdote no está obligado al uso de los mismos medios de perfección que el religioso, pero esto no disminuye sus obligaciones, pues el hecho es que mientras que el estado religioso es un camino para la perfección, y está, por tanto, abierto a aquellos que están aún lejos de la santidad, *el sacerdocio presupone realmente que se ha adquirido ya la santidad* (Santo Tomás, *Summa Theologica*, II-II, 189, a. I, ad 3). Se podría decir, en realidad, que, mientras que el religioso está obligado a tender a la perfección, por razón de su estado, el sacerdote está obligado a hacerlo si no ha alcanzado ya la perfección que requiere su sacerdocio; su obligación primaria es *ser* perfecto.

Ya se ha hecho referencia a las palabras que pronunció Nuestro Señor al dirigirse a los Apóstoles después de haberlos ordenado sacerdotes. Arrojan tanta luz sobre la presente materia que se pueden citar de nuevo en forma completa: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo, si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros, si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. El que no permanece en mí es echado fuera como el sarmiento, y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y se os dará. En esto será glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto, y así seréis

discípulos míos.» (*Evangelio de San Juan*, capítulo XV, 4-8.)

Y como si hubiera lanzado una mirada a lo largo de los años y nos hubiera oído protestar: «Pero, Señor, ¿cómo podrá ser esto? Tenemos que vivir en el mundo, tenemos que vivir con el mundo, y ¡cuántas e inmensas son las dificultades que nos impiden tal perfección!», da expresión a toda la verdad del poder y éxito de su misión como Salvador nuestro en una frase que es una respuesta perfecta a cualquier dificultad que un sacerdote pueda encontrar en la consecución de la santidad: «En el mundo habéis de tener tribulación; *pero confiad, yo he vencido al mundo*» (ib., XVI, 33).

Por eso se puede asegurar con confianza que todo lo que se ha escrito en estas páginas acerca de la posibilidad y necesidad de progresar en la oración y en la perfección, tratándose de religiosos, se aplica *a fortiori* a todos aquellos a quienes Nuestro Señor ha escogido como amigos suyos más que como siervos y los ha hecho la sal de la tierra, a saber: los sacerdotes de su Iglesia. Pues una vez que está claro que un sacerdote está obligado a la perfección, se sigue que tiene que serle posible alcanzarla, sin que importen las dificultades que se puedan encontrar en el camino o las gracias especiales que él pueda necesitar para ello. A este respecto, las palabras que usó Nuestro Señor para resumir la vida espiritual de sus sacerdotes están llenas de significado: ¿pues cómo se puede «permanecer» en Cristo si no es por una vida de oración?

* * *

Se ha insistido bastante en este punto para remediar la primera gran dificultad que los sacerdotes experimentan para perseverar en la oración; a saber: la convicción que se forman más pronto o más tarde de que el progreso en la oración no es posible para ellos; que los estadios superiores de la oración son únicamente para los religiosos elegidos. Todo este libro puede considerarse como una respuesta a esta objeción; los sacerdotes tienen, en realidad, en esta materia, tanto de común con los religiosos, que será de aplicación general un *resumen de algunas de las dificultades que pueden presentarse en la oración de los lectores sacerdotes*.

La primera dificultad —que se debe a la idea de que el éxito no es posible— se ha tratado ya.

Una segunda dificultad se debe a la falta de una lectura espiritual apropiada. Esta lectura es un alimento esencial para la vida de oración. Debe ajustarse a las necesidades del individuo y no hacerse simplemente por erudición, para la predicación o con propósito de dirección. Y por causa de la falta de tal lectura tiene que insistirse a menudo en la meditación metódica diaria en lugar de animar a las almas a orar.

En tercer lugar, muchos fracasan en la oración mental por falta de una decisión resuelta —ha de ser así especialmente en el caso de un sacerdote que vive en el mundo, si ha de prevalecer— de no abandonar nunca la práctica de emplear, al menos, media hora diaria en un intento de orar, *sin que importe el poco*

éxito que parezca tener ese intento. E incluso, aunque el resultado no sea más que distracciones o somnolencias, no se deberá abandonar la resolución de perseverar. Siempre existe el peligro de que cuando un sacerdote, que tiene que hacer el plan de su jornada, considera las numerosas y urgentes tareas que ocupan su tiempo y los numerosos —y aparentemente más provechosos— fines a que podía dedicar el período que a primera vista pierde en un infructuoso intento de orar, puede caer en la tentación de abandonar tal práctica. Esto sería fatal. Todo sacerdote deberá fijar un tiempo determinado para la oración diaria, de preferencia por la mañana antes de la misa, y si hiciera falta por la noche, y hacer de él una regla estricta que no se ha de quebrantar, intentando, al menos, orar durante media hora. Si se escoge la noche por ser más conveniente, se deberá destinar un corto período por la mañana a la oración informal, con el fin de entrar en contacto con Nuestro Señor para la tarea del día. La mente de la Iglesia, en lo que respecta a la oración mental del sacerdote, está reflejada en el canon 276. Se puede decir que la fecundidad de todo el trabajo ordinario cotidiano depende de este intento de orar, de modo que nunca se deberá eludir de forma permanente con la excusa de hacer un mejor uso del tiempo a ella destinado. No hay un uso posible mejor.

Otra causa todavía de fracaso queda revelada por el hecho de que muchos renuncian a la oración mental o, al menos, no adelantan en ella porque creen que la oración mental significa meditación metódica y nada más. Y cuando tal meditación se hace casi im-

posible, o renuncian a todo intento de oración mental o perseveran mediante heroicos esfuerzos en el uso del «método», cuando deberían proceder a orar sin método. A lo sumo un método es únicamente una forma de orar, pero, en general, es meramente un medio para *prepararse a orar*; no siempre tiene éxito, ni siquiera ayuda, y en este caso deberá dejarse a un lado.

Hay también un error parecido al anterior, que consiste en creer que no hay ninguna forma de oración intermedia entre la meditación y la contemplación pasiva. Una dificultad similar puede surgir de una noción demasiado rígida de la división del progreso en la oración en tres o más estadios muy bien marcados. Se teme hacer uso de la oración simplificada porque las virtudes de la persona parecen ser demasiado imperfectas. O quizá se desaniman para usar una forma simplificada de oración por la impresión recibida de algunos autores que hablan de un estado místico de oración que llaman la oración de simplicidad, y la cual, en su opinión, presupone que el alma ha pasado por ciertos estadios clásicos de purificación llamados «noches oscuras».

Otras veces nos encontramos con el error opuesto, que consiste en no querer volver a un grado inferior de oración cuando esto es necesario.

* * *

Estas dificultades encuentran su solución en lo escrito en páginas anteriores acerca del progreso en la oración. Se ha de subrayar en particular el hecho de

que la forma individual de progreso no está obligada a seguir una ley general. *Se habrá de tomar la oración tal como viene, sin preocuparse demasiado acerca de a qué «grado» o a qué «estadio» se ha llegado.* De hecho, para el individuo, en un momento determinado, estas «colocaciones» pueden a menudo conducir a un error e, incluso, carecer en absoluto de significado.

Nadie puede negar el hecho de que un sacerdote tiene sus propias dificultades especiales, tanto en su vida espiritual como en su oración mental; dificultades que son, por regla general, mucho mayores que las del religioso. La vida religiosa está protegida, está planeada para llevar a la perfección, y hasta sus más pequeños detalles están ordenados por la obediencia. El religioso sabe en cada momento cuál es la voluntad divina en lo que a él respecta, y hacer esa voluntad es el soporte principal de su vida espiritual y el fundamento de su oración. El sacerdote, en su misión, no tiene ese conocimiento detallado del plan divino en lo que a él respecta, pero tiene el Espíritu Santo de Dios y ha de vivir de Él. La atención y fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo y a la obediencia de la caridad, pueden sustituir en él a la obediencia del estado religioso. En realidad, *se podría decir que la devoción al Espíritu Santo deberá ser una de las principales características de la vida espiritual del sacerdote.* En la ordenación le fue concedido el Espíritu Santo para todas las necesidades de su sacerdocio. La santidad personal y la oración son una de esas necesidades. Nuestro Señor ha hecho que toda fecundidad dependa de nuestra «per-

manencia» en Él; el Espíritu Santo es el principio de dicha unión.

Esta asociación con Nuestro Señor es también un rasgo que caracteriza la vida del sacerdocio. *La unión del sacerdote con Nuestro Señor es tan estrecha, que consagra y absuelve en primera persona:* «Éste es mi cuerpo: Yo te absuelvo...» Una auténtica convicción de su impotencia y de su constante necesidad de ayuda le conducirá pronto a un vívido sentido de la asociación con Jesucristo. Esto se fomentará con recuerdos y con frecuentes aspiraciones a su Divino Salvador, que es la fuente de toda su fortaleza y confianza. Una forma de dar expresión a esta compañía en la oración es el frecuente uso de versos de los salmos del breviario como aspiraciones en la oración privada. Estas palabras son una inspirada expresión de oración y se pueden proferir en nombre de Cristo y de su Iglesia. Serán con frecuencia una ayuda en la oración mental, pues pueden también expresar nuestras propias necesidades. Los salmos están llenos de peticiones de misericordia, gritos de confianza en Dios y alabanzas por su bondad, que en forma muy apropiada pueden salir de nuestros labios. ¿Quién no se puede, por ejemplo, aplicar a sí mismo las palabras del *De Profundis*?

Se podría escribir mucho más acerca de las posibilidades de constituir la vida espiritual del sacerdote sobre una constante asociación con Jesucristo, pero se ha dicho lo suficiente para poner en claro que no hay razón para que los lectores sacerdotes no se apliquen a ellos mismos, sin reserva, todo lo que aquí se ha escrito acerca del progreso en la oración y

en la perfección. Tienen sus propias dificultades, pero ¿no tienen ellos más derecho que nadie a hacer suyas las palabras de confianza de San Pablo: «Muy gustosamente, pues, continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo»? (*Segunda Epístola a los Corintios*, capítulo XII, v. 9).

XIV. EL ESPÍRITU DE ADOPCIÓN QUE HABITA EN NOSOTROS

Nuestro examen de la oración nos ha llevado a considerar otras partes de la vida espiritual. Esto no es una vana digresión, pues la oración es la flor que crece en el árbol de la vida del hombre en su totalidad; para asegurarnos su vigor tenemos que tener en cuenta toda la planta y cada parte de ella. Por eso tenemos que continuar considerando la vida espiritual en general y examinándola desde un punto de vista que pueda ayudarnos a orar.

El fin de toda oración es la unión con Dios. Se podría decir también que la unión con Dios es el comienzo de toda oración, lo mismo que es el comienzo de la vida espiritual. Se suelen desconocer u olvidar demasiado a menudo los admirables efectos del Bautismo, que es la iniciación a la vida del espíritu. Esto constituye una pérdida enorme, pues *por este Sacramento se nos hace hijos de Dios de verdad, así como también de nombre*. No es una mera adopción extrínseca que no tiene efectos internos en nosotros la que tiene lugar en el bautismo, sino que lo que se produce en nuestra alma es un cambio real e intrín-

seco, por el cual se nos hace partícipes de la naturaleza divina, en especial de la filiación divina, de suerte que podemos llamar de verdad a Dios Padre Nuestro. Y aún más: en el bautismo, Dios viene a habitar en nuestros corazones real y verdaderamente, en una forma absolutamente diferente de aquella en que está presente en el resto de la creación. Él escoge su morada en nosotros en una forma tal, que podemos conocerle y amarle de un modo enteramente nuevo y sorprendente.

En las propias instrucciones que Nuestro Señor da acerca de la oración, insiste en que nos dirijamos a Dios como a un Padre: «... Orad a vuestro Padre... El Padre sabe que tenéis necesidad de estas cosas. Orad, pues, así: Padre Nuestro.» Con que sólo recordemos que mientras estemos en estado de gracia hay en nosotros aquello que nos hace hijos de Dios, hijos en realidad, no meramente de nombre; si recordamos también que Dios es un Padre para cuya bondad, para cuya «paternidad», no hay límite, nuestra confianza en la oración tendrá un fundamento seguro y sólido. Nuestra mera postura de rodillas o en cualquier otro gesto de oración ante Dios se convierte en una oración; nuestras necesidades, nuestra debilidad, nuestros fallos, nuestras infidelidades, y hasta nuestros pecados, se convierten en nuestra más elocuente súplica de la compasión paternal, y pueden atraer sobre nosotros su infinita misericordia. Dios no quiere alejarse de un corazón contrito, y un espíritu turbado no es meramente una oración, es a sus ojos un sacrificio. Esta seguridad en nuestra filiación encuentra un nuevo fundamento cuando nos damos cuenta de que nuestras necesidades gritan a

Dios, no solamente como nuestras, sino también como las de Cristo, pues, como veremos brevemente, es tal la unión de Cristo con nuestra alma, que en esta materia Él forma, como si dijéramos, una persona con nosotros a los ojos de su Padre.

No hace falta recorrer todos los textos de las Sagradas Escrituras que apoyan esta confianza; la propia parábola de Nuestro Señor del hijo pródigo es más que suficiente, pues muestra claramente hasta qué punto se puede alegrar esta filiación. Incluso aunque hayamos despilfarrado toda nuestra hacienda en una vida orgiástica, podemos aún levantarnos e ir a Nuestro Padre, admitiendo ante Él que hemos pecado; y si la parábola de Nuestro Señor significa algo, tiene que significar que podemos estar absolutamente ciertos de que el Padre vendrá a nuestro encuentro, incluso cuando estemos muy alejados; tiene que significar que la simple llegada y acción de arrodillarnos ante Nuestro Padre, contra quien hemos pecado, es una oración que le mueve a su infinita bondad y misericordia. Si una vela ardiendo ante una estatua de yeso puede expresar la oración de un alma confiada, ¡cuánto más la presencia de un pecador contrito a los pies de su Padre celestial, especialmente si la distracción y la sequedad le despojan de toda visión y sentimiento de aquella bondad paternal, de suerte que no puede encontrar nada en qué confiar, excepto la insensible esperanza de un inflexible acto de fe!

San Pablo arroja más luz sobre *este admirable don de la filiación*, pues nos asegura que *está vinculado a la presencia del Espíritu Santo mismo en nuestras almas*. No solamente el Espíritu Santo da testimonio de que somos hijos de Dios, sino que ora

dentro de nosotros y para nosotros con una oración inefable, la oración de Dios mismo, ya que sin Él no podemos decir meritoriamente ni siquiera el nombre de Jesucristo.

* * *

De esta profunda doctrina de la presencia del Espíritu Santo en las almas de aquellos que están en estado de gracia y de su cooperación con sus acciones, están lejos de darse cuenta ni siquiera los católicos instruidos. Pero cuando observamos todas sus funciones en nuestra alma nos quedamos asombrados, pues parece como si Él estuviera allí como posesión nuestra y para nuestro uso.

Aunque sería fértil para nuestra vida espiritual una consideración posterior de este milagro, no se puede hacer aquí más que señalar su relación con la oración. Acerca de esto San Pablo es absolutamente explícito. En la *Epístola a los Romanos* escribe: «Y el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los Santos, según Dios.» Si el Espíritu Santo ayuda a nuestra flaqueza, ¿no nos gloriaremos en nuestras debilidades, de modo que la oración del Espíritu pueda surgir sin impedimento alguno de las ocultas profundidades de nuestras almas? ¿Por qué hemos de desesperar por la frialdad de nuestros corazones y la falta de nuestras palabras cuando tenemos dentro de nosotros la persona misma de Dios,

que es Él mismo, el amor del Padre y el Hijo, por quien gritamos: «Abba, ¡Padre!»? Está claro, pues, que no es una mera figura vacía de lenguaje decir que nuestra simple presencia ante Dios —por muy desamparados que nos encontremos y por muy mudos que estemos— puede ser en sí misma una oración que toca el corazón de Dios, lo mismo que un niño puede tocar el corazón de su padre, por su mismo desamparo y miseria, sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

Estas consideraciones nos darán confianza en la oración, sin que importe en qué estadio de la vida espiritual nos encontremos. De pasada, hay que hacer notar que *cuando deseemos orar no hay necesidad de buscar a Dios fuera de nosotros mismos*. Toda alma en estado de gracia tiene a Dios dentro de ella misma, buscando su amistad, su confianza y su amor. Un simple acto de atención nos pone en contacto con Él. Un simple pensamiento es suficiente para hablarle, un simple movimiento del corazón le da nuestro amor. Pero Dios no viene a nuestras almas simplemente para estar ahí inactivo. Viene para prestar auxilio a nuestra flaqueza, y cuando se infunde la gracia santificante en nuestra alma con los sacramentos o en cualquier otra forma, viene a nosotros el Espíritu Santo para habitar en nosotros, y no solamente nos da las virtudes infusas de la fe, la esperanza y la caridad, juntamente con las virtudes morales, sino que también nos regala con sus siete dones: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

Podemos considerar todas estas riquezas, que están más allá de toda posible valoración, como un

nuevo organismo sobrenatural, como si dijéramos, por el que estamos capacitados para vivir una nueva vida de acuerdo con nuestra propia naturaleza como hijos de Dios.

Toda la vida espiritual consiste en el desarrollo y prosperidad de esta nueva vida —el «hombre nuevo», como San Pablo la llama— y el sometimiento de toda nuestra propia naturaleza, el «hombre viejo», a la vida del nuevo. Esto explica el continuo combate interno que San Pablo refiere tan vívidamente. La dificultad de esta nueva vida se pone de manifiesto si recordamos que es una vida de fe, no de sentimiento. Pero esto no deberá hacernos, de ningún modo, vacilar, ni siquiera por un momento, en entregarnos con todo nuestro corazón a sus exigencias, pues como ha prometido Nuestro Señor mismo, se nos ha dado otro «paráclito», es decir, un «confortador», y es Dios mismo, que nos fortalece con su poder omnipotente, y de este modo viene para ser nuestro auxilio permanente, nuestra ayuda y nuestra fortaleza. *Por tanto, ninguna dificultad real o imaginaria deberá hacernos nunca vacilar en emprender una vida de oración.* Nunca tenemos conciencia de toda la fortaleza que tenemos a nuestra disposición, pero cuando la ocasión surge se pone a nuestro servicio el poder de Dios, solamente con que actuemos con fe, confianza y humildad.

* * *

Hay que insistir, por encima de todo, en la *necesidad absoluta y esencial de la humildad para el progreso en la oración.*

Dios hizo el mundo para su propia gloria y no quiere dar su gloria a nadie más. Y en esta vida se glorifica a Sí mismo con las obras de su misericordia, compadeciéndose de nuestra flaqueza, levantándonos del polvo para que participemos de su propia naturaleza, de su propia fortaleza y de su propia alegría. Todas las obras de nuestra vida sobrenatural vienen de Él. Incluso el hecho de que nos pertenezcan, de tal manera que por ellas podamos merecer, se debe enteramente a su graciosa misericordia. Por tanto, si nos gloriamos en otra cosa que no sean nuestras debilidades, tomamos para nosotros algo a lo que no tenemos el más mínimo derecho, que pertenece enteramente a Dios, pues Él es quien obra en nosotros, en el querer y en el hacer. Nuestro orgullo despoja a Dios del crédito de su obra —obra que Él, en su bondad, ha ejecutado de tal modo, que esté disponible para nuestro mérito—, pues no tenemos nada que no hayamos recibido, ni siquiera nuestros méritos.

Dios está más interesado en nuestra salvación y en nuestro progreso que nosotros mismos. Él es Nuestro Padre, y lo es siempre de un modo activo. Esto quiere decir que nos santifica y nos une a Él, siempre que no pongamos ningún obstáculo en su camino. Ahora bien, el mayor de todos los obstáculos es nuestro orgullo, pues por él volvemos su acción salvadora sobre nosotros contra el fin que se propuso al crear y regir el mundo, el cual fin es su propia gloria. Así, pues, nos hacemos enemigos de Dios, y por eso está escrito: «Dios resiste al soberbio y al humilde le otorga su gracia.»

La Regla de San Benito es muy significativa a este respecto. Al escribir una regla para una Orden contemplativa, en la cual se habían de formar hombres de oración, el Santo Patriarca emplea sólo unas breves palabras para hablar de la oración, y no trata el resto de la vida espiritual con mayor extensión hasta que empieza a escribir acerca de la humildad. En esta materia es elocuente e insistente, adscribiendo a ella las propiedades de una escala por la cual se pueden alcanzar las cumbres de la vida espiritual; y Santo Tomás de Aquino sigue su ejemplo, al dar el primer lugar a la humildad en la remoción de los obstáculos para acción divina en el alma.

* * *

Aquí se puede hacer poco más que mencionar simplemente *estas enormes verdades de la inhabitación de Dios en nuestras almas*. Tratarlas adecuadamente requeriría todo un libro. Al hacerlo en menos extensión se correría el riesgo no sólo de una falsa representación, sino de hacer una caricatura.

El lector mismo deberá buscar su desarrollo en cualquier parte. Las Epístolas de San Pablo están impregnadas de esta doctrina, que es fundamental en su enseñanza. Un resumen muy bien hecho y de agradable lectura de esta materia —y de otra en relación estrecha con ésta y que será el objeto del próximo capítulo— se encontrará en la primera parte de *La vida espiritual*, de Tanqueray; esta obra es una mina de información para todos los aspectos de la vida espiritual, y debería estar en la biblioteca de todas las casas religiosas, incluso de aquellas que no tienen

instrucción teológica; es la obra destacada de consulta en lo que se refiere a la vida espiritual. Una obra más pequeña del P. Plus, S. J., *God Within us*, será de gran ayuda. En el próximo capítulo se indicarán otras fuentes de información.

El uso de esta doctrina de la presencia de Dios dentro de nosotros, como base de la oración, encuentra apoyo en la doctrina de Santa Teresa. En un lugar nos dice que el alma no tiene necesidad de buscar a Dios fuera de sí misma para orarle. Está dentro, y nos podemos dirigir a Él con toda la simplicidad del niño que habla a su padre. Debemos contarle nuestras necesidades y nuestras turbaciones y pedirle remedio a todas ellas. La Santa parece que considera que ésta es una de las mejores formas de asegurar un rápido progreso en la oración.

En otro lugar insiste en las ventajas de formarse una convicción viva de la próxima presencia de Dios. Nos dice que ella misma hizo todo lo que pudo para recordar y darse cuenta constantemente de la presencia de Nuestro Señor dentro de ella. Si estaba meditando sobre un misterio se lo representaba a sí misma dentro, y dirigía todos sus «afectos» o actos a su Divino Huésped. Esta forma de recordar a Dios puede combinarse muy provechosamente con el modo de oración que se conoce como el método segundo de San Ignacio. Consiste en leer o recitar alguna oración muy lentamente, haciendo una pausa después de cada palabra o cada frase para aprender su sentido en nuestra mente, para excitar su realidad en nuestro corazón, para desarrollarlo en variaciones o insistir en él en silencioso sentimiento, de acuerdo con nuestra inclinación, y hacer todo esto dirigiéndonos nosotros

mismos a Nuestro Señor y Maestro, nuestro Huésped y Salvador, nuestro Amante y nuestro Dios, que está dentro de nosotros. Esta forma de orar a Dios en nuestros corazones se puede emplear con gran provecho en el Rosario o en el Oficio Divino.

Y no son necesarias las palabras. Podemos contentarnos con conceder silenciosa atención a nuestro Huésped, confiando en que Él ve y acepta el amor y la adoración que hay en nuestro corazón. Los dos rasgos esenciales que hay que tener en cuenta son el aspecto interior de nuestra oración y su expresión no forzada; no deberíamos olvidar nunca la afirmación de Santa Teresa: *Oración mental no es otra cosa que tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama.*

XV. NUESTRA IDENTIFICACIÓN CON JESUCRISTO

Si un hombre comete un delito o hace daño a alguien, sus amigos pueden, desde luego, hacer bastante en su ayuda. Pueden reparar el daño que ha hecho; pueden apaciguar la ira de la persona injuriada; pueden ayudar a que el hombre mismo haga ambas cosas; pueden confortarle y pedir misericordia para él. Pero no pueden, en estricta justicia, relevarle de la responsabilidad del castigo, sufriendolo ellos mismos, ni pueden borrar la mancha de su culpa. Culpa, castigo y mérito son asuntos personales; no se pueden tratar en forma «vicaria». En sentido estricto, ningún hombre puede asumir la culpa de otro; ningún hombre puede merecer o ser castigado justamente por otro.

Si un hombre comete un delito o hace daño a alguien, sus amigos pueden, desde luego, hacer bastante en su ayuda. Pueden reparar el daño que ha hecho; pueden apaciguar la ira de la persona injuriada; pueden ayudar a que el hombre mismo haga ambas cosas; pueden confortarle y pedir misericordia para él. Pero no pueden, en estricta justicia, relevarle de la responsabilidad del castigo, sufriendolo ellos mismos, ni pueden borrar la mancha de su culpa. Culpa, castigo y mérito son asuntos personales; no se pueden tratar en forma «vicaria». En sentido estricto, ningún hombre puede asumir la culpa de otro; ningún hombre puede merecer o ser castigado justamente por otro.

¿Cómo, entonces, nos salvó Nuestro Señor? ¿Cómo apartó, entonces, el castigo que nos era debido? ¿Cómo mereció por nosotros? ¿Cómo vino a padecer por nuestros pecados? La respuesta más satisfactoria a estas cuestiones y a otras semejantes se encuentran en las páginas de San Juan y de San Pablo. San Juan

nos cita las propias palabras de Nuestro Señor: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.» San Pablo insiste una y otra vez: «Sois el Cuerpo de Cristo.»

* * *

Resumir y explicar la doctrina expresada en forma tan vívida en estas dos frases no es tarea fácil. La verdad sobre la que descansa es tan rica, tan milagrosa, tan profunda, tan singular, que hay que considerarla desde diferentes puntos de vista, y formar una síntesis de las diversas —casi contradictorias— ideas así obtenidas, antes de que se llegue a una comprensión razonablemente completa de su naturaleza. Sólo se pueden dar aquí *algunas presentaciones parciales de esa verdad, pero bastarán para nuestro propósito.*

En la Encarnación, el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, se unió hipostáticamente a una naturaleza humana, de suerte que Jesucristo, el Hijo de María, era verdadero Dios y verdadero Hombre, una persona con dos naturalezas. Esto, sin embargo, no fue el fin del proceso de unión con la raza humana.

Las palabras del Evangelio de San Juan y de las Epístolas de San Pablo dan a entender claramente que *nuestro Salvador quiso entrar en una real, aunque misteriosa unión con cada miembro de la raza humana, y una real y verdaderamente a cada ser humano con Él mismo en el bautismo, para formar con Él una entidad, un cuerpo, un hombre, un Cristo místico.* Desde ciertos puntos de vista, podríamos casi considerar que esta unión forma una sola persona,

pero entiéndase bien claramente que en esta unión no perdemos nuestra individualidad. Sin embargo, la unión es tan estrecha que Cristo puede padecer con toda justicia por nuestros pecados, y nosotros podemos con toda justicia utilizar sus méritos como si fueran nuestros propios.

Las controversias con la herejía, que han ocupado una parte tan grande de la tarea de los teólogos en las últimas centurias, han tendido a apartar la atención de esta espléndida doctrina de nuestra incorporación en Cristo; en tal medida que a algunos esta afirmación puede parecerles demasiado fuerte. Los Santos Padres, sin embargo, especialmente San Hilario, San Cirilo, San Juan Crisóstomo y San Agustín, son mucho más vehementes y enérgicos en sus expresiones. Santo Tomás de Aquino, cuyas palabras estaban medidas con la precisión característica de aquel príncipe de teólogos, asegura, sin más, que en el bautismo los padecimientos de Cristo se comunican a la persona bautizada —que se hace un miembro de Cristo—, como si ella misma hubiera padecido toda aquella pena. Y contesta a las cuestiones que se plantearon al principio de este capítulo concernientes a la forma en que Cristo dio satisfacción por nuestros pecados, afirmando que lo hace por el hecho de que somos miembros suyos y formamos con Él un cuerpo, e incluso, en esta materia, una persona; y que, por consiguiente, la satisfacción ofrecida por Cristo se aplica a todos los fieles, ya que son miembros de Él. Resume la doctrina diciendo que las acciones de Cristo no pertenecen únicamente a Él, sino también a todos sus miembros, con la misma relación que las acciones de un hombre justo tie-

nen con ese mismo hombre. (*Summa Theologica*, III; cuestión 48, artículos 1 y 2.)

Otra forma de expresar la doctrina consiste en decir *que todos somos «en Cristo»*. San Pablo usa la frase ciento sesenta y cuatro veces; y hay que tomarla ciertamente como algo más que una simple metáfora. Los Santos Padres intentan ilustrar esta forma de relación comparándola a la unión de una gota de agua con el vino en el que ha caído. También dicen que somos en Cristo y estamos llenos de Él, lo mismo que un hierro incandescente o un carbón colocados en el fuego están en el fuego y son parte de él. El propio ejemplo de Nuestro Señor, de la vid, pone de manifiesto nuestra posición en forma todavía más clara, pues lo mismo que la savia vital fluye de la vid a los sarmientos, así Él envía su Espíritu a nuestras almas y somos vivificados y divinizados —la palabra no es demasiado fuerte— por la gracia, que es una participación en su naturaleza.

Hay aún otra forma de considerar esta admirable obra del amor divino. Podemos decir, en verdad, como dice San Pablo, *que «Jesucristo está en nosotros»*. Habita en nuestras almas mientras estamos en estado de gracia y, siempre que se lo permitamos, participa en cualquier acción nuestra. Este aspecto de la doctrina se ha tratado muy bien en la obra del P. De Jaegher, a la que se ha hecho ya referencia y que apareció en inglés con el título *One With Jesus*. Este librito, que es poco más que un folleto, pondrá al descubierto a muchos lectores una rica mina de posibilidades no soñadas. Debería ser familiar a toda alma que toma la vida espiritual en serio. En él podemos ver cómo Jesucristo vive en nuestros corazones,

cómo podemos orarle allí, y orar con Él allí; en él podemos leer una brillante descripción del ardiente deseo del corazón de Jesucristo de participar en todos nuestros pensamientos y actos, para dar a cada uno de nosotros una parte de su propia vida, méritos y amor. Ha de leerse el libro, pero la simple idea que aquí se da de él es una indicación suficiente de las posibilidades que presenta para la oración.

Son muy amplios y de largo alcance los *resultados de esta doctrina* de nuestra incorporación —nuestra identificación, si es que se puede usar la palabra— en Cristo que hemos indicado en un bosquejo muy simple.

El requerimiento de Nuestro Señor de que oremos en su nombre cobra un nuevo significado. Podemos recordar al Padre celestial la promesa de su Hijo de que todo lo que se hiciese al más humilde de sus hermanos se hace a Él, y podemos poner ante el Padre nuestras propias necesidades como si fueran las de Cristo mismo con toda verdad y con toda realidad. Podemos pedir cualquier gracia necesaria o auxiliar para nosotros mismos, como si fuera para Cristo mismo, porque las necesitamos con el fin de desarrollar su vida en nosotros. Y aún más; sabemos que Cristo mismo pide por nosotros y con nosotros. Por eso podemos tomar las palabras de Nuestro Señor en forma absolutamente literal cuando dice: «En verdad, en verdad os digo, si pedís al Padre cualquier cosa en mi nombre, Él os la concederá.» He aquí, pues, el fundamento de la absoluta confianza

con que tenemos que ir al trono de la gracia. Ningún pecado, ninguna vergüenza nos deberá hacer vacilar en aproximarnos a Dios con la oración.

Si Jesucristo participa así en nuestras oraciones y obras, nosotros también participaremos en las suyas. Con esto tenemos un principio que puede ser de gran ayuda cuando estemos «paralizados» en la oración. Nuestra unión con Jesucristo es de tal índole que, mientras no la quebrantemos con una moción deliberadamente pecaminosa de nuestra voluntad, podemos siempre reclamar una parte en sus méritos y en las buenas obras que está realizando en todos los demás miembros de la Iglesia, pues todos somos un Cuerpo en Cristo. Podemos, incluso, participar en su oración al Padre que está en los Cielos. Es obvio que la medida de nuestra participación depende de lo estrecha que sea nuestra unión con nuestra Cabeza. La unión más perfecta es la de la voluntad, y cuando hacemos la voluntad de Dios por amor de Dios, entonces es cuando estamos más estrechamente unidos a Él. Por tanto, por muy desvalidos o desanimados que sean nuestros intentos de oración, con que sólo hagamos su voluntad y nos pongamos de rodillas a su merced, podemos contar con una gran participación en su oración, pues Él está a la derecha de Dios intercediendo por nosotros.

La oración es una tarea conjunta de Jesucristo y de cada uno de nosotros. Nuestra parte consiste en hacer su voluntad y conformarnos con ella, y las limitaciones de nuestros esfuerzos son parte de aquella voluntad. Si cumplimos nuestra parte, podemos pedir todo el fruto de nuestros esfuerzos. Y en especial, si vamos a la oración conformes con la voluntad di-

vina y con nuestro propio desamparo, no tenemos por qué desanimarnos con nuestra aparente falta de éxito; Nuestro Señor es nuestro «Suplemento» en todas estas cosas, nos suple en todo aquello que nosotros no somos capaces de hacer. Además, *nuestra impotencia es parte de su plan para hacernos confiar en Él.*

Aparece entonces que, en lo que respecta a la oración, nuestra unión con Cristo es de más importancia que nuestra facilidad y soltura o nuestro sentimiento de fervor, e interesa más que liberarnos de la distracción. Por tanto, si las distracciones son involuntarias, pero se aceptan como una prueba que Dios permite en su sabiduría infinita, son más bien una ayuda a nuestra oración que otra cosa, siempre que nos unan a Cristo, sufriendo de acuerdo con la voluntad de Dios. En realidad, si un alma va a la oración con el fin de entregarse a Dios y a nada más, en la medida de su capacidad, y se resigna a todas las pruebas, arideces o distracciones que la Providencia permita, su oración, incluso aunque parezca que es un fracaso completo y casi una pérdida de tiempo, es, sin embargo, el holocausto que más place a los ojos de Dios, el cual atraerá muchas gracias al alma y le hará avanzar mucho hacia la unión con Dios.

Se sigue también que cada acción de la jornada, no importa lo «activa» que sea, si se hace de acuerdo con la voluntad divina, se hace en unión con Cristo y no sólo es una oración en sí misma, sino también un excelente punto de partida, bien para uno de esos coloquios sin palabras, bien para una conversación con Jesucristo más articulada, que puede convertir toda nuestra jornada en un tiempo de oración. Es imposi-

ble trabajar en tan estrecha compañía con Jesucristo y no orarle.

Por otra parte, desde luego, si nuestras acciones no están de acuerdo con su voluntad, su compañía es más bien un estorbo y el amor propio mata así una vida de oración.

La continua e íntima presencia de Jesucristo en nuestros corazones significa que ningún lugar u ocupación es un obstáculo para la oración. No estamos obligados a ir fuera de nosotros mismos para encontrar el Dios a quien deseamos hablar. No estamos obligados a encubrir nuestros vestidos de faena, como si dijéramos, ni a cesar en nuestras labores de trabajo, antes de ponernos ante su presencia. No solamente está ya presente dondequiera que estemos, sino que está compartiendo realmente nuestro trabajo, de suerte que le convierte más en un medio de oración que en un obstáculo para ella. Esto no quiere decir que no sea necesario un cierto período del día en que podamos dejar a un lado todo para concentrar todas nuestras potencias y volverlas hacia Él. Quiere decir más bien que es posible la oración en todas las ocasiones; que los corazones que buscan a Dios pueden orarle, bien con palabras o con obras, en silencio o hablando.

Y no solamente se encuentra Cristo en nosotros mismos, sino que se le puede encontrar también y servir y orar en nuestro prójimo. Todo lo que hagamos por nuestro prójimo lo hacemos a Jesucristo. Una vez que hayamos comprendido que la oración puede ser de lo más informal, podemos ver fácilmente cómo cualquier contacto con nuestros prójimos se puede convertir en oración a Jesucristo. Es

significativo también, que antes de hacer Nuestro Señor esas promesas extraordinarias acerca de la eficacia de la oración estableció el nuevo precepto de la caridad mutua y lo ilustró lavando los pies de sus discípulos. Podemos concluir, por tanto, que no podemos orar en unión con Él si no estamos unidos por la caridad a nuestros prójimos. Insistió precisamente en que antes de ofrecer el sacrificio vayamos adonde nuestro hermano y nos reconciliemos con él si le hemos ofendido.

Así, pues, todo aquello que hacemos de palabra u obra puede ser una oración. El mismo alimento que comemos se lo damos a Jesucristo, pues lo que hacemos a nosotros mismos lo hacemos a Él. Y hasta nuestros placeres pueden ser su delicia. No podemos dar un paseo sin que Él no participe y disfrute del mismo; no hay porción alguna de nuestra vida, sea trabajo o entretenimiento, en la que Él no intervenga siempre que, desde luego, sea de acuerdo con la voluntad del Padre.

Por tanto, el alma en estado de gracia puede, en cierta forma, imitar al sacerdote en la Misa, el cual al final del Canon alza el Cáliz y la Hostia y ruega al Padre por medio de Cristo diciendo: «Por Cristo, con Él y en Él, a Ti Dios Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria.» En esta forma, poniendo de manifiesto a Cristo en nuestras vidas al hacer la voluntad de Dios, cantamos el nuevo cántico de gloria y honor que es Cristo mismo.

XVI. EL CRECIMIENTO DE JESUCRISTO DENTRO DE NOSOTROS

En el último capítulo se expusieron algunos aspectos diversos del admirable misterio de nuestra incorporación en Cristo. Se deja al lector la tarea de elegir lo que más le atraiga y desarrollarlo por la lectura y la reflexión, por la oración y por la práctica.

Una consideración posterior de la materia puede ser provechosa. Vimos que Jesucristo viene a nuestras almas en el bautismo para habitar allí en una unión viviente y amorosa con nosotros. *Es verdad también decir que crece en nuestra alma.* La medida en que participa en toda nuestra vida depende en gran parte de nuestra voluntad. Él no suprime nuestra voluntad: podemos vivir nuestra propia vida si así queremos. Si lo hacemos en tal medida que cometamos un pecado mortal, le arrojamos de nuestra alma. E incluso aquellas acciones que, sin ser gravemente pecaminosas, no están en completo acuerdo con su voluntad le apartan de nuestra vida en la misma medida en que ellas ocupan un lugar. Por tanto, podemos hablar del crecimiento y de la formación de Cristo en nosotros según que estemos nosotros y

nuestras actividades más y más sometidos y entregados a Él.

Evidentemente, un único *hábito* deliberado de infidelidad suprime el sentido de compañía con Jesucristo e inhibe así de orar. No podemos tomar sólo una parte de nuestras vidas y entregársela a Él y, olvidándole, o incluso dejándole a un lado el resto del día, esperar enfrentarnos con Él sin dificultad ni embarazo cuando decidamos mostrarnos ante su presencia. A pesar de su clemencia y de su bondad paciente, habrá pausas embarazosas en la conversación; tendrán que evitarse ciertas materias; las protestas de devoción que armonizan difícilmente con nuestra negligencia y abandono, sonarán a hueco, e incluso morirán en nuestros labios. A veces hablaremos apresurada y torpemente, con el fin de pasar rápidamente sobre algún recuerdo infortunado, y puesto que nos hemos resuelto a no darle en ciertos puntos lo que sabemos que Él quiere, no podemos observarle con esa tranquila sonrisa de rendición completa que viene de un corazón dispuesto a darle todo lo que Él pide, y que es la oración perfecta. Ésta es la gran dificultad de la oración. Queremos tratar con Dios manteniendo nuestra comodidad; queremos hacer un compromiso, queremos trabajar con Él en ciertos momentos y de ciertas maneras, pero, para plantearlo con toda su crudeza, queremos desembarazarnos de Él en otras circunstancias. *En eso consiste el conflicto. No podemos desembarazarnos de Nuestro Señor por algún tiempo.* Él está allí siempre, y o se le trata como a un amigo permanente o se tendrá una «dificultad» en la oración.

Además, aunque intentemos tenerle en nuestra compañía en todas las ocasiones, podemos pretender olvidar que es un Dios crucificado; que nunca hizo Él su propia voluntad; que Él siempre se negó a Sí mismo; que se entregó; que se dio, llegando hasta la obediencia de la muerte de cruz. Querríamos tenerle, pero no queremos compartir *todos* sus ideales, seguir *todos* sus caminos y resulta que encontramos la oración «difícil». ¡No hay por qué asombrarse! Pues si la oración es esencialmente una conciencia de Dios, todo lo que nos dispone mal para tener conciencia de Él es un obstáculo para la oración. Ahí está una de las raíces de la relación entre mortificación y oración. Si no queremos, por lo menos, que Él nos enseñe sus caminos, incluso el camino de la Cruz, no podemos estar con Él en oración con ese sentimiento de lealtad abierta, franca y sin reservas que es esencial a la amistad.

Ha de entenderse claramente que *la oposición deliberada y habitual a los deseos de Jesucristo es lo que constituye un serio obstáculo para la oración.*

Jesucristo está siempre dispuesto a renovar nuestra unión, sin que importe la frecuencia con que caigamos o la gravedad de nuestra caída, tan pronto como nosotros estemos decididos a renunciar a nuestro camino propio. De hecho, como hemos visto, hay un tipo de amor y comprensión que nace del pecado perdonado, que tiene un sabor especial y único y que ocupa un lugar preciso en el plan divino. Los pecados pasados, los fallos pasados, no tienen por qué interponerse nunca entre nosotros y Él; con tal que estemos verdaderamente arrepentidos, constituyen solamente un nuevo vínculo.

Y también los temores del futuro, y la falta de una completa buena voluntad, que procede de la debilidad y timidez humanas, no tienen por qué ser más que un nuevo título para recibir la ayuda de Aquel que vino a curar a los enfermos y a salvar a los pecadores. Su posición oficial en nuestra alma es la de Salvador omnipotente; todo lo que necesite salvación tendrá su ayuda, y solamente aquellos que han aprendido a gloriarse en sus flaquezas saben plenamente qué unión íntima de oración y de trabajo puede hacerse con Jesucristo sobre la base de la propia debilidad, de los propios fracasos e, incluso, de los pecados pasados.

Esto es verdad también si se trata de que compartamos su cruz. Él sabe bien nuestro horror a la penitencia; comprende perfectamente nuestro desagrado ante el sufrimiento; y es más, simpatiza con nosotros en esas dificultades. Es verdad que Él desea que nosotros le ayudemos a llevar su cruz, pero también desea ayudarnos a hacerlo. Es tan suave su ayuda, tan seductora su compañía, que Santa Teresa encuentra que sólo la primera de sus cruces fue realmente dura; una vez que ella hubo abrazado su cruz, se encontró en estrecha unión con Jesucristo. No hay en esta vida alegría igual a la de compartir la cruz con Jesucristo. Requiere coraje, requiere gracia y requiere quizá una llamada especial; pero la verdad es que esta senda de sufrimiento y penitencia —penitencia, entiéndase bien, asumida o aceptada de acuerdo con la voluntad divina y no con la nuestra— es el camino de la más alta alegría, y el más seguro sendero para las cumbres de la oración.

* * *

La importancia de la mortificación está, no tanto en que nos daña, sino en que da a Jesucristo una nueva obra en nosotros; nos entregamos nosotros mismos a la muerte —esto es lo que significa «mortificación»— sólo con el fin de allanar el camino a Cristo. Esto constituye al mismo tiempo el motivo y la medida de la mortificación. Si sólo sirve para satisfacer nuestro amor propio y nuestro orgullo no es entonces mortificación de uno mismo; es más bien la mortificación de Jesucristo. San Juan Bautista estableció el verdadero principio de la mortificación cuando dijo: «Conviene que Él crezca y que yo disminuya.»

Una comparación, quizá un poco complicada, es posible que pueda ayudar a colocar este proceso en su verdadera perspectiva. El pan y el vino que en la Misa se cambian en el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor, adornaron antes la tierra con un esplendor de púrpura y oro, fueron cortados, sacudidos y machacados, fueron pisados y prensados y quedaron irreconocibles. Y sólo después de muchos cambios pudo el sacerdote pronunciar sobre ellos las palabras que habían de convertirlos en la Carne y la Sangre de Cristo. Ahora bien, en la medida en que la Misa es una transformación del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo —es desde luego mucho más que esto—, se podría decir que Nuestro Señor dice Misa tomándonos a nosotros y a nuestras vidas como pan y vino, pero es una Misa en la que la mollienda del trigo y el prensado de la uva, la cocción del pan y la formación del vino, el ofrecimiento de

la Hostia y la oblación del Cáliz, la consagración de ambos y su conversión en el Cuerpo y la Sangre vivientes de Cristo, se hace todo al mismo tiempo.

Cada vez que nos negamos a nosotros mismos en cualquier forma y en la medida en que nos ofrecemos a Jesucristo, Él viene y toma posesión de nosotros en igual medida y dice: «Esto es mi Cuerpo». Y aún más: se compadece de nuestra cobardía y nos envía pruebas y humillaciones que nos muelen y presan y nos convierten en pan y vino apropiados para llegar a ser parte de Él mismo. «Mi alimento —dijo— es hacer la voluntad de Aquel que me envió.» De suerte que todo lo que se hace de acuerdo con la voluntad divina da nueva vida a Jesucristo en nuestras almas, pues Él se alimenta de hacer la voluntad de su Padre. Cada acción que realizamos, cada sufrimiento que padecemos, cualquiera que sea, en la medida en que está de acuerdo con la voluntad de Dios, es un acto de comunión con Jesucristo, un acto que no es un mero deseo, sino un avance positivo en nuestra unión con Él; le da nueva materia sobre la que Él puede pronunciar las palabras salvadoras: «Esto es mi Cuerpo.»

Es obvia la significación que tiene un concepto de tal naturaleza para la vida de oración. La oración no es cuestión de algunos minutos que empleamos en estar de rodillas luchando por encontrar algo que decir. Llega a ser una conciencia más o menos continua de la vida de Jesucristo en nosotros, del crecimiento de Jesucristo en nosotros, de que Jesucristo

nos moldea mediante su Providencia con arreglo al deseo de su corazón; nuestra cooperación, nuestra compañía, nuestra sumisión, nuestra sonrisa de rendición, cuando renunciamos continuamente a nuestro propio camino con el fin de atenernos al suyo, todo esto es nuestra oración. *La mortificación, en lugar de significar hacernos daño, viene a querer decir dar placer, e incluso vida, a Jesucristo.* Cada acción del día está íntimamente relacionada con Él.

La práctica de la caridad cristiana cobra así una luz más fuerte, pues si Jesucristo vive en nuestro prójimo, y hace suya la vida de nuestro prójimo, resulta mucho más fácil darse cuenta de lo que quiso decir cuando nos afirmó: «Todas las veces que hagáis esto al más humilde de mis hermanos, me lo hacéis a Mí.» Para convertir el trato con nuestros prójimos en oración no necesitamos de palabras. Basta recordar que «se lo estamos haciendo a Él», y nuestro corazón orará con su secreto movimiento de amor.

La conducta de uno de los más grandes hombres de acción y de oración que ha visto el mundo —que se parece mucho a San Pablo— está llena de sentido a este respecto. La mentalidad de San Patricio se nos revela en su famosa oración, esa maravillosa oración llena del espíritu de San Pablo, llena del espíritu de Cristo mismo. «Cristo ante mí», ora él, «Cristo detrás de mí, Cristo alrededor de mí, Cristo hoy dentro de mí y fuera de mí, Cristo el humilde y el manso, Cristo el todopoderoso en el corazón de cada uno a quien hablo, en la boca de cada uno que me habla, en todos los que pasan cerca de mí o me ven o me oyen». Nos cuenta cómo oyó las palabras aquellas: «Aquel que entregó su vida por ti, está orando en ti.»

En otra ocasión, escribe: «Le vi orando en mí», y después de decir que era el Paráclito quien oraba dentro de él, recuerda la promesa de San Pablo de que el Espíritu Santo socorría las flaquezas de nuestra oración. Aquí tenemos el secreto de su vida interior y, de hecho, el secreto del éxito monumental de su vida activa, unión con Dios en su propia alma, y servicio de Dios en el alma del prójimo. No hay cristiano que no pueda imitar ese ejemplo.

XVII. EMMANUEL, «DIOS CON NOSOTROS»

El ejemplo de San Patricio y la visión íntima de su corazón que nos dan las pocas palabras que de sus escritos se acaban de citar, nos muestran el secreto de la forma admirable en que muchos de los santos fueron capaces de unir una vida de oración con una vida de acción casi continua. Toda nuestra actividad se puede reducir al servicio de Cristo en nuestro prójimo, o a la extensión de su vida en nosotros mismos.

Se habrá observado que la frontera entre la oración, en el sentido usual del término, y el resto de nuestras actividades, se va suprimiendo gradualmente cuando progresamos en la consideración de la vida espiritual. Y es así como debe ser, pues nuestro Señor mismo nos dijo que debíamos orar siempre. Pero no hay que concluir de esto que no sea necesario un cierto tiempo durante el día en el cual dediquemos nuestra atención en forma plena a la oración. Pues, como hemos visto, aunque todos nuestros actos pueden ser oración, no lo serán si no hay algunos actos que no sean otra cosa. Es decir, *que nuestra naturaleza es tal que si la vida interior no se ali-*

menta mediante la reflexión y la pura oración, sucumbirá gradualmente a la seducción de la actividad natural, que pronto absorberá todas nuestras acciones. En realidad, incluso en las más favorables condiciones, el recuerdo habitual de nuestro Señor sólo se puede desarrollar después de repetidos fracasos. Pero una vez que se ha llevado a cabo, aunque sea sólo en cierta medida, toda la vida espiritual experimenta una transformación notable. Se hace más fácil y más atractiva en muchos aspectos.

El pensamiento de la mortificación y de la guerra contra sí mismo llena a muchas almas de miedo, y las hace retroceder y les quita la esperanza de un ulterior progreso. Esto es muy comprensible, pero también absurdo, pues Nuestro Señor mismo dijo que su yugo era suave y su carga ligera. La mortificación es como algunas de esas casas antiguas del Continente que por fuera son feas y poco atractivas, con su estructura que recuerda una barraca, pero que tienen dentro un patio con todo el encanto de un jardín meridional, con el eco de la música de fuentes que corren y la fragancia de un intenso olor a flores. Miramos a través de esas feas puertas y vemos que lo que parece ser a primera vista la muerte viviente de la mortificación, es en realidad el crecimiento de Jesucristo en nuestra alma, que nos llena con el calor de su sonrisa, la melodía de su compañía y el ardor de su amor. Pues al morir para nosotros mismos le hemos dado más vida.

* * *

Al considerar este misterio de la vida y crecimiento de Jesucristo en nuestras almas y nuestra in-

corporación en Él, lo hemos examinado desde diferentes puntos de vista.

Puede considerársele como la inhabitación en nuestra alma del Espíritu Santo, que, de la misma forma que el alma constituye una entidad con el cuerpo humano, hace de todos nosotros una entidad, una persona de muchos miembros, un cuerpo e incluso se puede decir en un sentido real, aunque limitado, una persona, un Cristo. O podemos considerar este misterio como nuestra propia incorporación en Cristo a la manera de un injerto de una rama en un tronco nuevo; tenemos la autoridad misma de Nuestro Señor para reivindicar que nosotros mismos somos los sarmientos de la vid que Él identificó consigo mismo. Y también lo podemos ver como la morada de Jesucristo mismo en nuestra alma, en una unión admirable de cooperación salvadora y amor vivo; para eso tenemos la autoridad de sus propias promesas.

A primera vista, podríamos pensar que hemos incurrido en una contradicción al hacer uso de todos estos diferentes puntos de vista; pero esto sólo es porque la riqueza de *este misterio, que envuelve una realidad que no tiene par en toda la creación*, es tal que exige muy diversas analogías para expresarse. A pesar de esta dificultad, y a pesar del frecuente uso del vocablo «místico» para describirlo, no hay que dudar nunca de su realidad. *Es la mayor de todas las realidades, salvo Dios*; es nuestra única esperanza, es el plan de Dios, que quiere restaurar todos los seres «en Cristo».

* * *

A riesgo de aumentar la confusión que esta múltiple exposición pueda implicar, estaría bien indicar otra forma de considerar el misterio, porque puede ser provechosa para algunas almas en su oración. Nuestro Señor, al encarnar en un cuerpo humano en el seno de María, su Madre, se hizo hombre, vivió su propia vida humana para salvarnos, y murió y resucitó también para el mismo fin. No es que ese fuera su único fin, pues la gloria del Padre tiene que ser antes que todo. Pero quería glorificar la misericordia de su Padre salvándonos a nosotros. Ahora bien, este proceso no terminó con la Resurrección. Resucitado de la muerte, continúa su vida en cada uno de nosotros. Podríamos considerar todo el conjunto de nuestra existencia como si fuese un cuerpo —un cuerpo sin animación, pues sin Cristo está muerto desde el punto de vista sobrenatural—, un cuerpo en el que está naciendo gradualmente Cristo, en la medida en que, por las operaciones de la gracia y la cooperación de nuestra voluntad, vamos gradualmente sometiéndolo a Él, cada vez más, nuestras acciones.

Este concepto tiene, hasta cierto punto, la autoridad de San Pablo, que dice a los Gálatas que están «en parto» hasta que Cristo esté formado en ellos. Vosotros también estáis «en parto» hasta que Cristo esté formado en vosotros. Ésta es una visión que importa no pasar por alto. Pero es todavía más importante atender al significado de las palabras que Nuestro Señor dirigió a su Madre y a San Juan cuando derramaba las últimas gotas de su sangre sobre la Cruz en el Calvario: «He aquí a tu Hijo. He aquí a tu

Madre.» San Juan representaba allí a toda la raza humana. María se muestra así como la madre de cada uno de nosotros, concediéndose, como si dijéramos, que ella pudiera transmitirnos la vida de Cristo moribundo. Es necesaria aquí una cierta precaución para evitar un grado de identificación demasiado grande entre la vida de Jesucristo en su propia carne y la que vive en nosotros. Sin embargo, la Encíclica del papa Pío XI *Ad diem illam*, publicada el 2 de febrero de 1904, nos pone de manifiesto que podemos llevar esta idea de la maternidad de María con respecto a nosotros muy lejos, sin apartarnos de su doctrina y sin introducir ninguna innovación, pues el Santo Padre cita las palabras mismas de San Agustín en apoyo de esa doctrina. El Papa afirma no solamente que Cristo se encarnó en María, sino también que en María unió a Él mismo el cuerpo espiritual formado por aquellos que creen en Él.

* * *

He aquí un punto de vista que puede *dar a Nuestra Señora una importancia nueva en nuestra vida espiritual* y una significación nueva para nuestra oración. No sólo es la Madre de Cristo, sino que es también real y activamente Madre de cada uno de nosotros que creemos en Él. Fue un instrumento en la unión de la naturaleza humana de Cristo con el Verbo; es también un instrumento en la unión de cada uno de nosotros a Cristo, pues nosotros somos su Cuerpo. María está cooperando constantemente en la formación de Cristo en nosotros en tal medida, que podríamos decir que Él está naciendo constantemente

en nosotros de Ella. Cada vez que sometemos cualquier porción de nuestra vida a Dios haciendo su voluntad en la forma que Él quiere, Ella alumbró en nuestra alma en nueva medida la plenitud de Cristo y cooperamos en su maternidad.

Así, pues, la vida espiritual no sólo se vive en unión con la Santísima Trinidad, sino que es también una unión activa con María. Se puede observar aquí que todo lo que se ha dicho en un capítulo anterior acerca del valor de la amistad familiar con Jesucristo, como una forma de desarrollar una vida de oración, se aplica también, *mutatis mutandis*, a una familiaridad filial con María. Y no hay por qué pensar que buscar a Dios recurriendo a María es perder el tiempo dando un rodeo. No solamente no hay tiempo perdido, sino que *ir a Él a través de María es, además del camino más corto, el más seguro también*. Ella es el camino elegido por Dios para venir a nosotros; con su intercesión puede hacer todo lo que Dios con su poder, y es dichosa con aprovechar cualquier oportunidad para hacer algo más por su Niño Jesús, y Ella sabe mejor que nadie cuán verdad es que todo lo que se hace al más humilde de nosotros se hace a Él.

Estas consideraciones pueden animar a aquellas almas que se encuentran más a su gusto hablando a María que empleando cualquier otra forma de oración. Pueden tener la seguridad de que Ella no dejará nada por hacer para unirlos a Jesucristo, y la atención que ellos le concedan no disminuirá en lo más mínimo lo que se debe a su Hijo.

Desde luego es verdad que María no está presente dentro de nosotros en la misma forma que su Hijo;

pero su función como Madre, tanto en lo que se refiere a nosotros como en lo que se refiere a Cristo, garantiza que su mano está siempre cerca y dispuesta para ayudarnos. Sus oídos están prontos a oírnos y sus ojos nunca nos pierden de vista. Nuestras oraciones no necesitan de palabras para que lleguen a sus oídos; Ella ve inmediatamente la simple sonrisa de nuestro corazón, el suspiro de nuestra alma y, sin demora, viene en nuestra ayuda. Es el Refugio de los pecadores, la Consoladora de los afligidos; es la Madre del Perpetuo Socorro, la Madre de la Divina Gracia; es la Madre de Cristo y de todos nosotros. Nadie ha de tener reparo en hablarle de sus necesidades, y no hay nadie cuyas necesidades no pueda atender, no hay nadie cuyos pecados no pueda alejar. No hay tarea, salvo la del pecado, que no se pueda hacer bajo sus ojos, y la verdadera imagen de la vida espiritual vivida en unión con María es la de un niño que trabaja o juega, seguro de que su madre, sentada lo bastante cerca para que pueda oírle, está siempre dispuesta a interesarse en lo que hace y puede auxiliarle siempre.

XVIII. BALANCE

En los últimos capítulos se ha hecho un intento de bosquejar en sus líneas más sencillas alguna de las maravillas que Dios ha obrado en el alma de cada cristiano. Tratar la materia en forma apropiada, aunque fuese solamente en su relación con la vida de oración, requeriría muchos y largos capítulos.

Basta señalar aquí la rica mina que constituye esta materia y esperar que el lector buscará en otra parte su desarrollo. Las Epístolas de San Pablo son, desde luego, una fuente primordial. Las diversas obras de calidad que han aparecido en tiempos recientes acerca del Cuerpo Místico de Cristo arrojarán mucha luz nueva en la cuestión. Las obras de Mura, de Anger, de Mersch, de Sheen, son ya clásicas en esta materia. Las obras de Jaegher, de Plus, de Duperray, son algunos de los muchos libros de menor volumen que aplican la doctrina a la vida espiritual. Los escritos de Dom Marmiom tienen ya un lugar permanente en la literatura espiritual. No hace falta que aquí desarrollemos el tema con más extensión.

Resumiendo, pues. En el bautismo Cristo nos hace a cada uno de nosotros miembro de Él mismo; nos da a su Padre, haciéndonos hijos de Dios; nos da a su Madre; como ya acabamos de ver, para que sea también madre nuestra. Nos da su propio Espíritu para vivificarnos con una renovación y plenitud de vida. Nos da su propia vida, en cuanto que murió por nosotros y resucitó por nosotros y viene a vivir su vida en nosotros. Nos da sus méritos, pues nosotros los podemos llamar, en verdad, nuestros. Nos da su inocencia, pues ha tomado sobre Sí mismo nuestros pecados. Nos da su Carne y su Sangre para alimento nuestro, para que podamos vivir de Él. Se nos da Él mismo, uniéndonos a Él de forma tal que, sin perder nuestra propia personalidad, nos vamos «incorporando a Cristo» y podemos vivir, actuar y orar en su nombre, lo mismo que Él, desde luego, vive, actúa y ora en nuestro nombre. Es tan estrecha la unión, supera de tal modo al tiempo, que cada pecado que cometemos se añade a su Pasión, cada cruz que soportamos pacientemente aligera la suya propia. Nuestro amor le consuela en el Huerto, así como nuestra negligencia o deslealtad le hace padecer hasta sudar sangre. Es tan completa esta unión que cada uno de nosotros puede decir con San Pablo: «Y yo vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí.»

Hay que recordar que estas verdades no se aplican meramente a unos pocos y místicos elegidos; son los *hechos primarios de la Cristiandad, y verdades que se refieren a toda persona bautizada*. El bautismo no es la simple remoción del pecado original, sino que es también la infusión de una nueva vida.

Los principales obstáculos de nuestra vida son la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Ahora bien, los tres votos que constituyen el estado canónico de perfección —los de pobreza, castidad y obediencia— tienen como objetivo directo destruir obstáculos y dar libre cabida a Cristo en nuestras vidas, o más bien a su vida en nosotros. ¿Qué religioso entonces podrá decir que la santidad no es para él? ¿Qué derecho tendrá a sostener que no está llamado a una vida de oración? ¿Cómo podrá creer que Dios no intenta que él supere los primeros escalones en la escala de la oración? Y aunque se necesiten gracias especiales para las cumbres de la oración, ¿cómo podrá, quien por su estado está ya obligado a todo aquello que sea preciso para prepararse a estas gracias —a quien Dios se ha dado ya Él mismo y ha dado a su Hijo y su Espíritu—, desesperar de que Dios le dé a él todo lo necesario para vivir una vida de unión con su Hijo? Si ya hemos recibido tanto de Dios, ¿por qué no esperar aquello que —al menos comparativamente— es sólo un poco más, en especial cuando ya hemos recibido el derecho a pedir en nombre de su Hijo? La cuestión misma sugiere su propia respuesta, pues la única razón de que se tema una negativa es que no estamos pidiendo realmente en nombre de Jesucristo. Sin embargo, si vivimos en nombre de Cristo, si al menos estamos haciendo lo que podemos en este sentido, si hemos llegado tan lejos que deseamos que Él viva en nosotros aún más y más, y si vemos que estas gracias de la oración son el verdadero medio para extender su vida en nosotros, pidamos entonces con toda franqueza, sin dudar en absoluto.

Antes de continuar considerando el ulterior progreso en la oración, miremos hacia atrás un momento en el camino que estamos recorriendo.

Al principio, si es que no estábamos ya familiarizados por la educación y el ambiente con las convicciones de la fe, *orábamos meditando*. Es decir, recordábamos alguna verdad y aplicábamos nuestro intelecto con el fin de considerar diferentes puntos de ella, ilustrándola con representaciones imaginativas; deducíamos ciertas conclusiones, y poníamos a trabajar nuestra voluntad en resoluciones y volvíamos todas nuestras facultades a Dios en un coloquio o conversación breve.

Estas convicciones se fueron haciendo habituales, según pasaba el tiempo, y la idea de Dios se hizo cada vez más familiar a nosotros; nuestra imaginación, en particular, no tenía gran dificultad en formarse una imagen real de Nuestro Señor y encontramos que se hacía más fácil hablarle, tanto que, cuando íbamos a orar, no teníamos necesidad de largas consideraciones para encontrar algo que decirle. Como dicen los libros, *los afectos predominan* en nuestra oración.

Esta asociación con Nuestro Señor maduró en una amistad, y nuestra mutua comprensión llegó a ser tan grande, que bastaban unas pocas palabras para nuestra conversación, y algunas veces pudimos, incluso, hacerlo sin palabra alguna y nos contentábamos con arrodillarnos en silenciosa adoración o mudo deseo. *Nuestra oración se simplificaba*.

Admitiendo la condición esencialmente sobrenatural de toda oración y su consiguiente dependencia

de la gracia, se puede describir este progreso como natural. Es sólo lo que se podía esperar si no dejamos de configurar nuestra vida de acuerdo con nuestra amistad con Jesucristo. Supuesto que le seamos leales y que tengamos cuidado de que nuestras acciones estén en armonía con sus ideales, y, en especial, con lo que Él pide de nosotros, se sigue de un modo absolutamente natural una comprensión íntima y una comunión silenciosa. Las mismas condiciones requiere la amistad humana y un resultado semejante se puede esperar cuando se cumplen.

Sin embargo, hubo muchos *altibajos* en nuestro proceso. Cada caída que experimentábamos en el ejercicio de las virtudes se reflejaba en el correspondiente fracaso de la oración. Las distracciones fueron siempre una amenaza a nuestra oración y, con frecuencia, casi la destruyeron. En algunos casos también, la evolución hacia la simplicidad se dificultó con un hábito constante de oración vocal, o, quizá, con una enérgica dedicación a la meditación metódica. Esto último, si se lleva muy lejos, no es, en modo alguno, el mejor camino hacia las cumbres de la oración, aunque puede ser un buen fundamento; pero Dios es fiel y su gracia es todopoderosa. Como dice el proverbio, puede escribir derecho sobre líneas torcidas.

A pesar de todas las pruebas y todas las turbaciones, hubo, sin embargo, *ocasiones en que quizá saboreamos la dulzura* de la amistad con Jesucristo. Hubo ocasiones en que la oración fluyó en forma simple de nuestros labios, en que nuestro corazón ardía de devoción, en que nos sentimos dispuestos para cualquier sacrificio. Podíamos sentir nuestra oración.

Quizá después esta devoción sensible —pues tal era, al menos en parte— disminuyó. Los misterios de Jesucristo dejaron de impresionarnos, lo sobrenatural perdió para nosotros su atractivo y la oración se hizo un asunto pesado y árido que consistía en alejar distracciones sin tener con qué reemplazarlas. Nuestra «devoción» estaba muerta y era difícil saber lo que habría de hacerse. La convicción innata de un mundo futuro nos mantuvo en la senda recta y nos enfrascamos en nuestra tarea con toda la seriedad de que disponíamos. Una vida de oración no era para nosotros; no estábamos llamados a servir a Dios en aquella forma. Así pareció, quizá, a algunos. ¿Estaban en lo cierto?

* * *

Ante todo, *este desarrollo que se acaba de bosquejar pudo ser meramente natural*. Estaba fundado en la gracia, desde luego, pero, sin embargo, pudo haber sido simplemente lo que se podía llamar la oración «natural» de la naturaleza ayudada por la gracia. Realmente, aunque la naturaleza de las cosas sería una explicación suficiente, sucede a menudo que Nuestro Señor mismo interviene en el progreso natural, y lo hace así para acelerar y extender nuestro avance. Lo que hay que observar, sin embargo, es la forma de hacerlo, pues, al menos en sus últimos estadios, se desenvuelve en forma absolutamente contraria a lo que se pudiera esperar. En los estadios primeros Él actúa frecuentemente en forma especial para intensificar la devoción sensible; incluso hace notar su presencia, y toca nuestros corazones tan

suavemente que, al menos por el momento, hacemos grandes avances, despegándonos del mundo. Pero en nuestra reacción a estos favores hay cierta cantidad de amor propio —«amor interesado», como la gente suele llamarlo— y, además, los sentidos no pueden llevarnos muy lejos en nuestro camino hacia Dios. En verdad, estos favores nos ayudan a mantenernos en el camino, pero no son devoción real —no suministran la fuerza motriz para una jornada larga y tediosa—. *La devoción real está en la voluntad, en la decisión de seguir a Cristo, cueste lo que cueste*. Ésta es la única especie de devoción que nos sostendrá en el avance por el estrecho camino que lleva al reino de Dios.

Nuestro Señor, por tanto, una vez que ha vuelto nuestros corazones hacia Él, empieza a purificar nuestro amor y nuestra devoción. Más pronto o más tarde empieza a retirarnos esta devoción sensible y nuestra oración transcurre «seca». Tenemos tendencia a ponernos hoscos y resentidos; pero si somos generosos e intentamos cooperar con su gracia, pronto veremos que lo que Él pide de nosotros es una sumisión completa y generosa a su voluntad. Esto es lo que importa, y tenemos que aprender a encontrar toda nuestra satisfacción en hacer eso. Esto exige coraje, exige fe, exige gracia. Tan conveniente es para nosotros que se aparte como lo fue para los Apóstoles, pues, si no, continuaríamos viviendo con nuestros sentidos más bien que con una generosa fe. Ahora bien, los sentidos no nos pueden unir a Dios en plena acepción del término; por la fe es como Nuestro Señor nos vincula a Él, y *hasta que hayamos aprendido a vivir de la fe no somos más que principiantes en la vida espiri-*

tual, sin que importen las cumbres de la oración sensible que hayamos alcanzado. El embotamiento natural de la excitación sensible que se origina con la familiaridad y repetición de la misma experiencia —el inconsciente darse cuenta, si es que así se puede hablar, de la inadecuación de cualquier sentimiento o emoción para satisfacer las necesidades más profundas de nuestra alma—, todo esto, unido a las operaciones de la purificación divina, nos lleva a una nueva fase de la vida espiritual en que la oración se convierte en una materia de gran dificultad.

Aunque por regla general este estado se encuentra en forma apreciable y duradera —pues puede durar muchos años— en los últimos estadios de la ascensión espiritual, se suele presentar, sin embargo, mucho antes en períodos cortos, y sólo cuando lo hemos apreciado en su verdadero valor podemos formarnos una escala verdadera de valores de la oración. Pues tal estado, a pesar de su aparente esterilidad y falta de valor, nos conduce a una oración de enorme valor, la que más place a Dios y la más productiva para nosotros en grandes virtudes y rápido avance. *Es un estado en el que se tiene que amar y orar por la fe*, y por esta razón se usa aquí el término *oración de fe* para designar este tipo de oración.

XIX. LA ORACIÓN DE FE

Con el término *oración de fe* se abarcan todas aquellas formas de oración en las que ni los sentidos ni el intelecto encuentran arraigo ni son movidos a sus apetitos naturales.

Esta oración *se centra más bien alrededor de Dios según le ve la luz difusa de la fe, con su atractivo difuso y oculto*. Es una oración que parece consistir en una incapacidad de orar. No es nuestro propósito, sin embargo, restringir el significado del nombre intentando definirlo. Por el contrario, es mejor dejar que su aplicación sea tan amplia como sea posible, de manera que puedan incluirse al tratar de ella las dificultades permanentes de los más adelantados, así como también la parálisis temporal de aquellos que aún no han llegado tan lejos.

A muchos lectores no les gustan las citas, pero por dos motivos nos creemos obligados a citar la descripción que de su oración hace Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal: porque es un excelente, aunque avanzado, ejemplo del tipo de oración que estamos examinando, y porque puede también

servir como introducción a dicha Santa para aquellos que aún no la conozcan. Después de Santa Teresa es la mayor autoridad de su sexo en lo que se refiere a la oración. Es, además, el libro viviente que San Francisco de Sales «escribió», pues fue su director y formó su alma en el patrón de su clásica espiritualidad: una espiritualidad que no se ha podido apenas sobrepasar. Escribe la Santa: «Le digo con toda confianza y sencillez que hace unos veinte años que Dios me quitó todo poder de hacer oración con el entendimiento, consideración o meditación; y que todo lo que yo puedo hacer es padecer y dejar que mi espíritu esté en Dios con toda simplicidad, esforzándome en esta tarea mediante un completo encomendarme (o abandonarme) a Dios sin hacer ningún acto a menos que Él me invite con su moción, esperando allí lo que a su bondad le plazca concederme.»

Tenemos aquí una oración sin «actos», sin capacidad de hacer otra cosa que padecer y abandonarse uno mismo a Dios. Este último punto es lo que *distingue esta oración del mero vagar de la mente o de la inercia mental perezosa*. Si nuestra vida no está siendo constantemente moldeada de acuerdo con la voluntad de Dios, no puede haber «abandono» real al tiempo de la oración. La nota de padecimiento no es esencial a esta oración, pero, sin embargo, la oración fracasa frecuentemente porque no la consideramos como un medio por el cual nos entregamos a Dios. Demasiado a menudo buscamos consolaciones, y nos buscamos a nosotros mismos de hecho, aunque sea en un plano espiritual. Oramos en nuestro propio nombre en lugar de orar en el de Jesucristo.

Hay varias fases en la oración que se pueden incluir en este título de «oración de fe».

Algunas veces no podemos concebir que Dios esté cerca de nosotros. Parece que nos ha abandonado completamente, que es indiferente a nuestras necesidades. Nada de lo que podamos decir o hacer parece moverle.

En otras ocasiones nuestros propios esfuerzos son los que parecen estar en falta. No podemos formular un solo acto. Las palabras mueren en nuestros labios tan pronto como se profieren; son absolutamente inadecuadas. Queremos algo, pero no podemos decir lo que es. Sólo podemos, como si dijéramos, quejarnos o lamentarnos.

Algunas veces una aguda conciencia de nuestra miseria mata nuestra oración, como, por ejemplo, cuando nuestras protestas de amor quedaron ahogadas por el recuerdo de nuestra diaria infidelidad, de nuestro amor propio o de nuestra falta de confianza.

Puede ocurrir, quizá, que tengamos conciencia un poco ciegamente de que Dios no está lejos; parece como si estuviera detrás de una pesada y espesa cortina en una oscuridad completa. Pero cada esfuerzo que hacemos para acercarnos a Él o hablarle parece como si sólo sirviera para alejarnos más de Él. Es semejante al caso de un hombre que está nadando, que intenta alzarse por encima del agua para ver si puede mirar más allá y sólo consigue caer otra vez más bajo.

Otras veces estamos, por decirlo así, en contacto con Dios, pero estamos asediados de distracciones

y cualquier esfuerzo para desembarazarnos de ellas sólo sirve para deshacer nuestro contacto con Dios. En este caso, que refiere Santa Teresa, no se deberá hacer ningún intento de alejar las distracciones. Es algo parecido al caso de la señora de la casa que está recibiendo a un visitante en la planta baja mientras sus niños hacen ruido arriba. Si ella sube a hacerlos callar, tiene que dejar a su visitante. En esta fase particular de oración, la acción de Dios queda confiada al fondo mismo del alma y no hace llamamiento alguno a los sentidos o a la imaginación, ni presenta al entendimiento nada a lo cual puede asirse fácilmente. Estas facultades empiezan entonces a funcionar por su cuenta, y cualquier intento de seguirlas sólo tendrá como resultado que el alma se aleje de Dios.

Esto, sin embargo, sólo es un caso particular. En todos aquellos casos en que nos encontremos desamparados e incurablemente distraídos, paralizados por la sequedad, absolutamente incapaces de entrar en contacto con Dios, absolutamente indiferentes en apariencia a todas las cosas de Dios, e incluso, a veces, llenos de disgusto hacia ellas, o poseídos por la torpeza, el vagar de la mente, y aun tentaciones, *en todos estos casos tenemos que volver a un «seco» acto de fe en Dios*, en su presencia, en su poder, en su bondad, en su sabiduría, en su infinita misericordia y en su amor paternal. Este estado de la oración consiste no tanto en un largo acto ininterrumpido como en una habitual y permanente disposición de evitar todo aquello que no le plazca a Dios y llevar a cabo todo lo que le plazca. Nótese que esta disposición fundamental es absolutamente compatible con un sentimiento general de maldad y de aparente mala

voluntad. Y solamente cesa cuando llegamos a tener conciencia de una determinación particular y deliberada de perseverar en algo contrario a la voluntad de Dios. Esto, desde luego, es el fin de nuestra buena voluntad. Pero si se da esta buena voluntad, podemos aplicar a nuestra oración el principio que se encuentra en la oración de la Iglesia cuando ésta se dirige a Dios: «Dios mío, ante quien todo corazón está descubierto y toda voluntad habla...» Tenemos que orar, por tanto, con nuestras voluntades.

* * *

Oramos con nuestra voluntad siempre que emprendemos la oración de acuerdo con la voluntad de Dios y nos ponemos en una conveniente actitud corporal, apartando nuestra mente, en la medida en que podamos, de todo aquello que no sea Dios, y nos esforzamos en perseverar en esa actitud mental y corporal.

Esto es verdad, aunque estemos frecuentemente distraídos, aunque lo que digamos sea muy poco y aunque nos sintamos muy alejados de Dios, aunque nos parezca que hemos fracasado, pues, no obstante, hemos estado orando con nuestra voluntad. Y esto es lo que importa. No habremos obtenido, en absoluto, ninguna satisfacción de tal oración, pero se ha honrado debidamente a Dios, y hay que darse cuenta de ello; nosotros mismos, aunque no lo sepamos, nos hemos santificado más y hemos complacido más a Dios. Si las almas pudieran sólo darse cuenta del valor de esta clase de oración, ¡qué nuevo ánimo sentirían! Pues la idea más común es que perdemos nues-

tro tiempo en un intento de esa especie, y eso nos hace renunciar a la oración cuando evoluciona hacia el estado que hemos intentado describir.

* * *

Esta descripción se presenta a los ojos de todos, incluso de aquellos que empiezan la vida espiritual, con el fin de que puedan tener una noción verdadera de lo que significa realmente el progreso en la oración. El concepto ordinario de oración es algo completamente opuesto a los procesos de esa clase. Sin embargo, el concepto ordinario es equivocado, pues juzga la oración por la autosatisfacción que procura. Éste es un falso criterio, pues el fin de la oración es dar a Dios lo que se le debe, no concedernos a nosotros aquello a lo cual no tenemos derecho. Si a Dios le place que estemos ante Él como mudos animales o como una estatua, ¿no es conveniente, y justo, y recto, y apropiado que así lo hagamos? *Tenemos que aprender a encontrar nuestra felicidad complaciendo a Dios, no complaciéndonos a nosotros mismos.*

En otras palabras: tenemos que hacer que nuestra vida sea «cristocéntrica» en vez de egocéntrica. Y entonces quedaremos satisfechos, con la esperanza de que los tediosos minutos que empleamos en la oración aligerarán su cruz. Si tomáramos la resolución de compartir su cruz, volveríamos a descubrir muy a menudo a Nuestro Divino Amador, que parece que nos ha abandonado. Sin embargo, no es éste el caso. Él podrá permanecer lejos a pesar de la generosidad de nuestro sacrificio, y hemos de estar, sin embargo, contentos de servirle por nuestra parte has-

ta que le parezca bien venir de nuevo a inflamar nuestro corazón.

Que Él vendrá de nuevo, si perseveramos en la oración, es seguro, pues este estadio árido es sólo el desierto que impide aproximarse a la tierra prometida de la contemplación.

Hay, sin duda, un paralelismo muy grande entre el progreso del alma cuando esta parálisis en la oración se ha convertido en una condición permanente y las andanzas de los israelitas por el desierto. A pesar de todo, hay en lo más profundo del alma un vago deseo habitual de algo que se puede reconocer o no que es Dios. Nada en la creación le da una satisfacción sólida; y aunque el alma suspire por las alegrías que conoció anteriormente en la vida espiritual, sabe, en lo más profundo de su corazón, que éstas no pueden satisfacer más sus necesidades. Ha abandonado Egipto y su vida suntuaria, pero no ha alcanzado aún la tierra prometida; y, entretanto, tiene que aprender a contentarse con el maná diario que Dios le envía. Y no recibirá más que la ración diaria, pues Dios sólo concede al alma la gracia suficiente para atender a las necesidades del momento, para que aprenda que por sí misma no puede hacer nada, pero que su gracia siempre resulta suficiente.

Cuando un alma en esta condición se siente ella misma movida a arrodillarse ante Dios, sin hacer nada más que esperar en Él, no hay duda de que está realmente orando y, de hecho, que Dios la está preparando para más gracias en lo que a la oración se refiere. *Este estado, que se llama la noche oscura de los sentidos, no es, en modo alguno, tan poco usual como muchos suponen.*

* * *

El alma en este estado necesita de más consejos de los que se le pueden dar aquí. Hay dos pequeños libros que tratan de esta condición en una forma muy práctica, que se pueden recomendar a todas las almas que intenten vivir una vida de oración: Uno es *On Prayer*, del P. Caussade, S. J.; el otro es *The Science of Prayer*, del padre Ludovic de Besse, O. S. F. C. (este último, por el momento, está desgraciadamente agotado). La materia tratada en estos dos libros debería ser familiar a todo sacerdote y religioso que lleve ya cinco o seis años en ejercicio. Ambos libros tratan de los tipos simplificados de oración y de las dificultades y dudas que surgen de los mismos, y examinan otros muchos aspectos de la vida espiritual relacionados con este estudio de la oración. El lector cobrará mucho ánimo al leer estas páginas, que le ayudarán mucho a perseverar en la oración, a pesar de las oscuridades y arideces de ésta. Incluso el principiante se animará a disponerse a progresar mediante generosos esfuerzos.

Las obras de Santa Teresa se deberán leer, pues se la puede llamar la Mística Doctora de la oración, según se recuerda en la Misa. Y nunca deja de simpatizar con las debilidades y repugnancias de la naturaleza humana ni de tener una experiencia de las mismas. San Juan de la Cruz atemoriza a muchos que no le conocen, pero dos de sus obras, la *Subida al Monte Carmelo* y la *Noche oscura del alma*, serán de gran ayuda para muchos que tienen falsos conceptos de la oración; él fue quien dio a las florecillas nueva luz y valor.

La vida espiritual, de Tanqueray, como ya se ha hecho observar, es una obra de consulta de incalculable valor en ésta, lo mismo que en todas las demás cuestiones de la vida espiritual. Hay dos grandes obras que tratan de la oración, que se puede leer con provecho: *The graces of Interior Life*, del padre Poulain, S. J., y *The Degrees of the Spiritual Life*, de Canon Saudreau. Estos dos escritores representan diferentes escuelas de pensamiento, pero ambos convienen en ofrecernos los estadios superiores de la oración como algo que se ha de desear y por los cuales se ha de orar, y a los cuales tenemos que disponernos nosotros mismos. La parte de la obra del P. Poulain que trata de la oración de simplicidad, se ha reimpresso en forma de folleto por la C. S. T. inglesa, pero el estudio de lo que él llama la oración sosegada se debería leer también.

Se ha hecho referencia ya a *Holy Wisdom*, de fray Agustín Baker, O. S. B. *A Book of Spiritual Instruction*, de Blossius, es un clásico de la misma escuela. La obra de Vital Lehodey, O. C. R., *The Ways of Mental Prayer*, está admitida como uno de los mejores manuales prácticos que tratan de la materia; y el librito de Chautard, O. C. R., *El alma de todo apostolado*, es un compendio útil, y de lectura muy agradable, sobre la absoluta necesidad de una vida interior en todas las formas de actividad espiritual.

* * *

Pero el conocimiento solo no es bastante. Son de una impotencia siempre creciente en la vida de ora-

ción las tres virtudes teologales infusas de la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Sin embargo, *en lo que se ha de insistir aquí es en la necesidad de fe*, de fe no sólo durante el acto de orar, sino también en toda la vida espiritual, pues, como hemos visto, la oración llega a estar en relación cada vez más estrecha con el resto de la vida espiritual, en la medida en que progresa. Desde un punto de vista, todo el progreso y purificación que haya en esta materia se puede resumir *grosso modo* en una gradual sustitución de la vista, el sentimiento y la percepción por la creencia. Pues el hombre sensual —es decir, el hombre que vive a través del sentimiento y de los sentidos— no percibe las cosas de Dios. El hombre justo, como nos dice San Pablo, vive de la fe. *Más pronto o más tarde, el alma que quiera acercarse a Dios tiene que vivir de una fe desnuda*, creyendo en medio de la oscuridad mediante un puro esfuerzo de la voluntad ayudada por la gracia. Incluso podríamos decir que el alma tendrá que «creer» en su propio fervor; ciertamente, no será capaz de «sentirlo».

Sin fe nadie pensaría entrar en religión; sin fe nadie podría valerse de los sacramentos; sin fe nadie concedería obediencia sobrenatural a un superior humano falible. Toda la obediencia religiosa descansa en la fe, y una fe que se ha de ejercitar contra la oposición que causa el espíritu de humana independencia del inferior, o la manifiesta debilidad humana del superior, pues, incluso, aunque el superior sea un santo en todas sus obras, nuestro propio ojo humano se las arreglará para encontrar algún fallo en sus palabras o razones —algo que produce nuestra oposi-

ción y que nos lleva a exclamar: «No obedeceré»—, algo que sólo se puede superar con la fe, que ve la mano y la voluntad de Dios en todas las obras que, en el ejercicio de su oficio, ejecutan sus representantes.

Santo Tomás de Aquino nos dice que la Pasión de Cristo se aplica en nuestras almas por dos vías: la de la fe y la de los sacramentos. La Iglesia pide la fe para el bautismo. Nuestro Señor requiere de nosotros la fe cuando oramos. La fe es la respiración de la vida espiritual, la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no están manifiestas. Es evidente, pues, la importancia de vivir de la fe, incluso en los primeros estadios de la vida espiritual. «Sin fe es imposible complacer a Dios.» Y puesto que el progreso no hará más que llevarnos a una vida de pura fe, cuanto más intentemos vivir de la fe tanto más pronto y más rápidamente avanzaremos.

La fe es de capital importancia en un aspecto, en el de la recepción de los sacramentos, y en particular inmediatamente antes de su recepción. Aunque los sacramentos tienen su propio poder de acción, sin embargo, la gracia que ellos producen en nosotros depende mucho de nuestras disposiciones, en particular de nuestra Fe, Esperanza y Caridad. *Estimulando nuestra fe, ponemos el fundamento de un incremento de la esperanza y de la caridad* y promovemos de este modo un rápido crecimiento en nuestra vida espiritual.

Pero la importancia capital de la fe está en que nos une a Dios en esta vida. Ni nuestros sentidos ni nuestra razón pueden encontrar un asidero en Dios,

pero la fe toca a Dios y nos mantiene en un vital contacto con Él que nos hace uno con Él. El uso de nuestros sentidos y de la razón puede, incluso, llegar a ser un obstáculo a esta unión, y así San Juan de la Cruz insiste en que todas estas facultades tienen que mortificarse completamente, y el alma tiene que aprender a vivir sólo de la fe antes de que pueda unirse completamente a Dios. Y puesto que la unión con Dios es la esencia de toda la vida espiritual, es evidente la importancia suprema de la fe en cada fase de esa vida; ante todo, es indispensable para la oración.

XX. «MUCHOS SON LOS LLAMADOS...»

Hay otra razón que hace aconsejable que el alma que intenta vivir una vida de oración consulte la bibliografía que trata de la materia.

Hemos estado observando su progreso desde que abandonó la vida suntuaria de Egipto, siguiéndola por el desierto de la oración seca y árida, donde tiene que aprender a vivir del maná de la fe. No es nuestro propósito examinar su ulterior progreso, pero ya que estamos en las fronteras de la Tierra Prometida hay que tener cuidado de *no cometer la falta original de dejar al alma con una impresión triste y equivocada acerca de las grandes alegrías que la esperan en aquella tierra que mana leche y miel*. Sin embargo, no podemos intentar aquí describir las delicias y consolaciones de las diferentes clases de oración contemplativa que se pueden dispensar al alma que ha tenido el suficiente ánimo para confiar en la guía de Dios y perseverar siguiéndole por el desierto de la oscuridad. La bibliografía ya indicada o las narraciones de primera mano que se encuentran, por ejemplo, en la vida de Santa Teresa, ayudarán al alma a

darse cuenta de que tiene ante sí en esta tierra como un pregusto del cielo.

Es verdad que, aunque las pruebas del alma no acaban en modo alguno cuando se acerca a las cimas de la oración, no hay alegrías en esta tierra comparables a las que proporcionan estas cumbres. No tenemos por qué detenernos en la cuestión de si todos están llamados o no a este estado elevado. Sin embargo, se puede decir con absoluta seguridad que todos pueden laudablemente orar y prepararse ellos mismos para las gracias más altas de la oración, siempre que sus motivos sean sanos y que basen su esperanza en la misericordia de Dios, en los méritos de Nuestro Salvador y en su pobreza de espíritu. Así, pues, trabajando para las gracias de la oración, no se pierde nada, pues como hemos señalado, la labor de preparación no es más que el cumplimiento generoso de todo lo que requiere ya la naturaleza del estado religioso o el oficio del sacerdocio. Desde luego, la condición del alma a la cual Dios normalmente espera antes de conceder sus gracias de la oración contemplativa, en cualquier grado elevado, implica una medida no pequeña de abnegación de sí misma y de virtud. Pero Dios no se fija en las personas, y para sus propios y sabios fines otorga a menudo su gracia—incluso su gracia especial— cuando el mérito es pequeño o no existe. Asimismo, incluso cuando espera que haya un estado permanente de generoso servicio, antes de llamar al alma a un lugar más elevado en el banquete de su amor, Él mismo es el más importante y enérgico agente en la tarea de preparar el alma.

De todas formas, *este nivel de fervor no es tan elevado que no se pueda alcanzar en la vida espiritual, y no se deba alcanzar realmente.*

La tragedia es que muchas almas van lejos en el camino de alcanzar este estado y hacen casi todos los sacrificios necesarios, pero se impiden a sí mismas un final con éxito por una afición a *alguna bagatela de oropel, a la que no intentan renunciar.* Si un cierto número de sacerdotes y de almas, en estado religioso, no logra alcanzar la contemplación, no es tanto porque se requiera para alcanzarla un grado demasiado elevado de perfección, como *a causa de una obstinada renuncia por su parte a denegarse algún pequeño deseo de amor propio.* «Un poco más y, sin embargo, ¡cuánto!» Desde el momento en que decidimos deliberadamente persistir en denegar alguna petición que sabemos que nos hace Dios, aquella entrega de nosotros mismos que es el fundamento de nuestra unión con Dios queda destruida, y ya no se puede hablar de la oración contemplativa, que es la flor y el fruto de esa unión.

En ocasiones, aquello a lo cual no queremos renunciar es el mismo don de Dios, complaciéndonos en sus consolaciones como un niño que no quiere ser destetado. Olvidamos la exhortación de los Apóstoles de que seamos celosos de mejores dones; olvidamos el gran principio «negociad mientras vuelvo», pues tenemos que utilizar siempre los dones de Dios al tratar con Él, confiándonos a su misericordia hasta que Él se nos entregue en una unión tan estrecha como sea posible. Por eso la generosidad y un espíritu de sacrificio de sí mismo son tan esenciales para avanzar en la oración. Tenemos que dar a Dios un

cheque en blanco contra nosotros mismos y contra todo lo que tenemos, confiando en su gracia y misericordia que nos dará todo lo que necesitamos para atender a cada una de sus peticiones de pago en forma de entrega y sacrificio.

A este respecto se puede decir que *si alguien intenta el experimento, si es que se puede llamar así, de no negar a Dios absolutamente nada por un período, por ejemplo, de seis meses, quedará asombrado de la transformación de su vida espiritual.* ¡Con que sólo tuviéramos el coraje de abandonarnos a Aquel de quien sabemos con tanta certeza que es un Padre tan amante! ¡Con que sólo pudiéramos estimular nuestra fe y darnos cuenta de lo que quiso significar Nuestro Señor cuando dijo que su yugo *es* suave y su carga ligera! ¿No es extraordinario que no podamos creer en la palabra de Dios?

* * *

Es imposible alcanzar estas alturas de la oración sin *un resuelto espíritu de mortificación*. Hay que renunciar en absoluto a los hábitos deliberados de pecar y resistirlos vigorosamente. Se ha de eliminar también el quebrantamiento deliberado y habitual de alguna regla, de una orden de los superiores, o una negligencia similar de cualquier deber. Y tampoco debemos permitir nunca que haya en nuestra conducta un espíritu de negligencia de sí mismo; el espíritu que nos gué tendrá que ser el sacrificio de nosotros mismos.

A primera vista esto puede parecer duro —demasiado duro—, pero se hace más ligero y más «razo-

nable» cuando nos damos cuenta de que únicamente se nos pide que nos mortifiquemos nosotros mismos con el fin de que Jesucristo pueda vivir en nosotros. Nuestra muerte para nosotros mismos por la mortificación es su resurrección en nosotros, y tenemos que aprender a intentar actuar en todas las ocasiones por Jesucristo más bien que por nuestra propia comodidad.

Esto quiere decir que tenemos que declarar la guerra a la búsqueda de nuestro propio interés y hacer que nuestro objeto constante sea buscar a Jesucristo. Y quiere decir, además, que tenemos que intentar aceptar alegremente todas las pruebas que Él nos envía, de cualquier género que sean —pruebas del alma, pruebas del cuerpo, pruebas de dentro, pruebas de fuera, pruebas de los hombres, pruebas del trabajo—, y ver en ellas una nueva ocasión de unirnos a Jesucristo en el padecer, de aligerar su cruz y de aportar lo que le falta a la Iglesia en los sufrimientos de Cristo. Serán también otra ocasión de unirnos nosotros mismos por la fe a nuestro Padre amante que rige todo suavemente y hace que todo sea para nuestro bien. Y serán, asimismo, una ocasión de unirnos al Espíritu Santo, que habita en nosotros, para fortalecer nuestra debilidad e iluminar nuestra ceguera, de suerte que podamos afrontar las necesidades de cada momento.

¿Pero es que un espíritu de mortificación significa algo más que esto? ¿Significa quizá que tengamos que realizar *un programa de penitencia, especialmente de penitencia corporal*? Ésta es una cuestión un poco delicada, porque la respuesta depende en grado considerable de circunstancias particulares. Es

verdad, sin duda, que si los hombres hicieran más penitencia, estarían mucho mejor preparados para la oración de verdadera contemplación. Por otra parte, los intentos imprudentes e indiscretos de hacer penitencia decididos por uno mismo han llevado más de una vez al desastre.

Los motivos y el efecto han de ser saludables, y *es una materia en la que el individuo no es un juez competente de su propio caso*. En las Órdenes más penitenciales no se debería exceder la medida acostumbrada de mortificación practicada por las almas fervientes sin un consejo competente y, en todo caso, deberán estar controladas por alguna autoridad prudente, incluso aunque eso sólo se pueda hacer a largos intervalos. En aquellas Órdenes que no prescriben mucha penitencia en su vida regular, también en la vida de los sacerdotes, hay, evidentemente, más lugar, e incluso necesidad, para una iniciativa personal. Sin embargo, no se puede tampoco dispensar de la necesidad de consejo y control, aunque hay que admitir la dificultad —que en algunos casos es casi una imposibilidad— de encontrar un consejo prudente y competente que tenga el necesario tiempo e inclinación para la dirección de almas. No obstante, se habrá de confiar en la providencia de Dios para estos casos, y el fervor añadido a la oración encontrará siempre la persona apropiada.

Se puede decir, en general, que aquellos ayunos en los que se complace nuestra voluntad tienen una excelente recomendación para ser reprobados. Aquellas penitencias que interfieren en la debida ejecución de las obligaciones de nuestro estado están condenadas por ese mismo hecho. Aquellas que po-

demo hacer con una «seca» pero auténtica alegría, y que no nos preocupan demasiado, ni nos engríen, ni nos hacen dar gracias a Dios porque no somos como el resto de los hombres, todas éstas son sanas y saludables.

La penitencia se ha de hacer con espíritu de compunción para redimir nuestros pecados, pero aún mejor se deberá hacer en unión con Nuestro Señor, para aligerar el peso de su cruz y llevar a cabo la participación de su amor y de sus padecimientos.

Si se intentase aquí resumir *las condiciones que se requieren para la contemplación*, nos veríamos obligados a escribir muchas páginas, pues ello significaría hacer un resumen completo de la perfección de la vida espiritual.

Pero hay que insistir en que, si se hiciese así, no se podría mencionar una sola disposición o resultado que no estuviera ya obligado a conseguir todo religioso, tanto activo como contemplativo, por razón de las obligaciones de su estado, o no se esperase que lograra para su perfección. Como ya hemos visto, también el oficio del sacerdocio exige demandas similares de sus miembros.

La tragedia está en que hay muchos sacerdotes y religiosos que han «guardado todas estas cosas desde su juventud», y cuando Nuestro Señor atrae la atención de ellos hacia alguna inclinación a la cual quiere que renuncien, se apartan entonces con sentimiento, pues piensan que tienen muchos bienes, muchos talentos, muchos sueños, muchas esperanzas,

demasiadas cosas a las cuales tienen que renunciar; y lo que les ata es tan tonto y tan nimio, es una barajita tan trágica, que *los ángeles se quedarán atónitos de asombro al ver que los hombres pueden ser tan locos.*

Una fidelidad de todo corazón a la voluntad de Dios siguiendo fielmente sus preceptos, observando exactamente las reglas y deberes diarios de cada uno y el ejercicio de la vida común; una generosidad en corresponder a las inspiraciones de la gracia, en decidirse a no negar a Dios nada de lo que claramente pide, en abandonarse uno mismo a cada detalle de su Providencia; una humildad que desconfía de su propia fortaleza y pone toda su confianza únicamente en la ayuda misericordiosa de Dios; un deseo resuelto de cumplir minuciosamente todo lo que Dios nos pide; esto es lo que llevará al alma a avanzar rápidamente y más allá de todo lo que se esperaba. Un alma con tal mentalidad encontrará pronto que Dios no agota su generosidad, que empieza a darle ayudas especiales, que empieza a tomar sobre Sí la mayor parte de la tarea del progreso del alma, y comparte con ella su propia fortaleza. Esa alma se encontrará cada vez más unida a Dios en pensamiento, en su aspecto externo y en su acción, y su oración se desarrollará de acuerdo con ello.

* * *

Ahora bien, hay *un error que constituye el mayor obstáculo a este desarrollo* y que, por tanto, se ha de evitar, aunque hay que admitir que este punto de vista erróneo encuentra algún apoyo en las obras de

ciertos autores que reaccionaron demasiado vigorosamente contra los errores de su época. Como hemos visto, *algunos creen que no hay un estado diferente de oración después de la meditación ordinaria en su sentido estricto*, salvo los fenómenos extraordinarios que muchas mentes asocian con las cumbres de la santidad. Esto es un error importante, y todo lo que se ha escrito aquí acerca del desarrollo de la oración sobre el patrón de la amistad humana deberá ayudar al lector a evitarlo y a ver que, por el contrario, la oración puede ser capaz de infinitos grados de crecimiento y que se puede esperar razonablemente que conduzca a una unión de corazón y alma con Dios tan completa que pueda convertirse en contemplación.

No se ha de pensar que los éxtasis y visiones extraordinarios que leemos en la vida de algunos santos son una parte esencial de la santidad o de los estados más elevados de la contemplación. Muy lejos de esto, no solamente no son una parte de la verdadera oración —pues hay algunos que han llegado al vértice de la escala de la oración sin mostrar ninguno de estos efectos—, sino que algunas veces son incluso una manifestación de la falta de perfección completa en el estado de oración de esa alma y se pueden deber a la debilidad humana; aunque, desde luego, pueden ser también la obra directa de Dios designada para ejecutar sus propios planes especiales en lo que respecta a un alma particular. De todas formas, en la práctica, están fuera de la senda esencial de la oración, la cual conduce cada vez más profundamente al fondo mismo de nuestra alma, para encontrarse allí en unión completa con Dios.

Por muy tarde que sea cuando un alma ve todas

las posibilidades de la vida espiritual o encuentra el camino recto de la oración, es de gran importancia que la resolución de avanzar hacia una estrecha unión con Dios no quede anulada por el temor de que ahora sea ya demasiado tarde. Aunque el pasado esté manchado por el pecado o se haya perdido el tiempo por una dirección equivocada o por una forma impropia de orar, no puede haber nada —absolutamente nada, sea lo que sea— en el pasado que pueda ser un obstáculo inseparable a la santidad, si es que dirigimos nuestros corazones a Dios. Es Nuestro Salvador, éste es su nombre. ¡Se hizo hombre por salvarnos de nuestros pecados y con toda seguridad nos salvará de nuestros errores! «Para aquellos que aman a Dios, todas las cosas son para bien», escribe San Pablo, y en ellas incluye hasta nuestros pecados. Dios tiene un poder infinito y una infinita misericordia; puede utilizar todo nuestro pasado y convertirlo en haber nuestro. Tenemos que volvernos hacia Dios con confianza ilimitada, sin que importe que la hora sea tardía o que los obstáculos sean grandes. De hecho, ya que toda la gloria ha de ser suya, habrá siempre, por nuestra parte, alguna dificultad o debilidad aparentemente insuperable. Sin embargo, «todo es posible para aquel que cree»; «nuestra suficiencia procede de Dios», sin que importe de qué carezcamos, sea tiempo o mérito.

XXI. CONCLUSIÓN

Probablemente será tan grande el número de lectores que sientan que gran parte de lo que se ha escrito en los últimos capítulos no tiene referencia práctica para ellos, que no se puede menos de citar a San Juan de la Cruz, que es la autoridad por excelencia de esta materia.

En su obra *Llama de Amor viva*, al tratar del desarrollo de la oración de meditación, escribe: «... el estado y ejercicio de los principiantes es de meditar y hacer actos y ejercicios discursivos con la imaginación. En este estado, necesario le es al alma que se le dé materia para que medite y discurra y le conviene que de suyo haga actos interiores y se aproveche del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales, porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales se desarraigue del sabor de las cosas sensuales y desfallezca a las cosas del siglo. Mas cuando ya el apetito está algo cebado y habituado a las cosas del espíritu en alguna manera, con alguna fortaleza y constancia, luego comienza Dios, como dicen, a destetar el alma y ponerla en estado de contemplación,

lo cual suele ser en algunas personas muy breve, mayormente en gente religiosa (el subrayado es nuestro) porque más en breve, dejadas las cosas del siglo, acomodan a Dios el sentido y el apetito y pasan su ejercicio al espíritu, obrando Dios en ellos bien así: lo cual es cuando ya cesan los actos discursivos y meditación de la propia alma y los juegos y fervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes, ni hallar nada de arrimo para el sentido, este sentido quedando en sequedad, por cuanto le mudan el caudal al espíritu, que no cae en sentido. Y como quiera que naturalmente todas las operaciones que puede de suyo hacer el alma no sean sino por el sentido, de aquí es que ya Dios, en este estado, es el agente y el alma es la paciente; por ella sólo se da como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace, dándole los bienes espirituales en la contemplación, que es noticia y amor divino junto, esto es, noticia amorosa, sin que el alma use de sus actos y discursos naturales, porque no puede ya entrar en ellos como antes.»

«De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar el alma, por modo contrario del primero; que si antes le daban materia para meditar y meditaba, que ahora antes se la quiten y que no medite, porque, como digo, no podrá aunque quiera, y en vez de recogerse se distraerá; y si antes buscaba jugo y amor y fervor y le hallaba, ya no le quiera ni le busque, porque no sólo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad, porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente le están dando en el espíritu, por la obra que él quiere hacer por el sen-

tido; y así, perdiendo lo uno, no hace lo otro, pues ya no le dan los bienes por el sentido como antes.»

El propósito primario al citar este largo pasaje es atraer la atención hacia las palabras con que el Santo nos indica la disposición fundamental para pasar a la contemplación, a saber: que se hayan moldeado los sentidos y los deseos a Dios; y esa disposición, se da justamente en el caso del religioso. Pero se ha citado todo el pasaje porque resume con un lenguaje expresivo, que tiene el peso de la autoridad del doctor de la oración, todo lo que en estas páginas se ha intentado decir. La opinión del Santo Doctor acerca del efecto que se puede naturalmente esperar de la vida en el estado religioso, tanto en lo que respecta a la formación de la virtud como al progreso en la oración, se encontrará que es en todo semejante a las esperanzas que mantiene Santa Teresa en sus escritos. La esencia del estado religioso no ha cambiado desde entonces; es un estado que tiende a la perfección. Ahora bien, es imposible tender propia y completamente a la perfección sin llevar una vida interior. Podemos ir más adelante y decir que sin una vida interior le es imposible al sacerdote o al religioso vivir una vida exterior que no esté viciada por la esterilidad, la inutilidad, desde el punto de vista sobrenatural y por la ineficacia.

Si hay algo que no anda bien en nuestros sacerdotes y religiosos de hoy en día —si hay incluso algún fallo por parte de los seglares para dar vida efectiva en la fe que ellos indudablemente poseen—, si nuestra resistencia a la infiltración de una civilización pagana, de las formas y principios paganos en nuestras mentes y corazones, en nuestra vida privada y

pública no es tan vigorosa, robusta y fértil en recursos como debería ser, *la causa se ha de encontrar con toda seguridad en la falta de una vida interior y, fundamentalmente, en la falta de esa vida, en la medida conveniente, entre sacerdotes y religiosos.* Con toda la mejor voluntad del mundo, no es fácil estar seguro de que todo es como debería ser. No faltan voces, y voces competentes, que gritan alerta; no faltan signos, y signos inequívocos, que lo justifiquen; incluso se ha dicho que no faltan admoniciones sobrenaturales que deploran la falta del debido fervor y vida interior en la religión. No tenemos por qué intentar sentenciar acerca del estado de la cuestión. Pero sí tenemos cada uno de nosotros que examinar nuestra propia condición, y ver si está en armonía con el admirable equipo espiritual que Dios nos ha dado a cada uno de nosotros en el bautismo. Pues Dios mismo ha venido a vivir en nuestras almas para ser nuestra Guía y Fortaleza, nuestra Vida y nuestro Amor.

* * *

La raíz real del problema está en que no nos damos cuenta de los efectos del bautismo ni de las posibilidades de la vida cristiana, ni tenemos una fe viva y práctica en ellas. No nos damos cuenta de que la vida cristiana es la vida de Cristo vivida por Cristo en nosotros, no simplemente nuestra propia mezquina existencia que arrastramos con solitaria debilidad. No estimamos la vida interior en su verdadero valor ni le damos su lugar debido a nuestra escala de valores. Para muchos de nosotros la vida espiritual, y en especial la vida religiosa, es una vida de traba-

jos y prácticas externas, en la cual la grandeza y el éxito se miden casi lo mismo que en cualquier otra actividad vital. La consecuencia es que nuestro programa espiritual resulta limitado y angosto *por el sentimiento de que nuestro progreso dependerá de nosotros mismos, de nuestra energía de carácter, del poderío de nuestra voluntad, de nuestros propios recursos; y sabiendo que son tan pobres, no podemos menos de tener la impresión de que tales cosas, como el progreso en la santidad y avance en la oración, no son para nosotros.*

Esta, desde luego, es una de esas medias verdades que constituyen el mayor de todos los errores. Bien es verdad que Dios nos ha dicho que sin Él no podemos hacer nada, pero ¿no ha escrito también su Espíritu Santo para nuestra consolación que podemos hacer todo en Aquel que nos conforta? Bien es verdad que el mundo está en nosotros y que nos arrastra a su mismo nivel, pero ¿no hemos oído la garantía de Nuestro Señor de que ha vencido al mundo?

Ahora bien, ¿es que hay una unión fortalecedora más íntima que la del bautismo, en que el Espíritu de Dios se une Él mismo al alma para hacerla un miembro vivo del Cuerpo del Hijo de Dios, en que Dios diviniza al alma en su potencia y en sus posibilidades? Si los sacramentos tienen como efecto lo que ellos significan —y esto constituye la fórmula oficial para que actúen—, ¿qué conclusión se ha de sacar del hecho de que en el sacramento de la Sagrada Eucaristía se nos dé el Cuerpo y la Sangre de Cristo como *alimento* nuestro? ¿Que límite pondremos a la fortaleza o a las posibilidades de un alma que se nutre de la Carne viviente de Dios mismo? ¡Lo admira-

ble no es que se espere que un sacerdote o un religioso aspire a una elevada perfección y a las gracias de la oración, sino más bien que algún sacerdote o religioso, o incluso algún católico, deje, no solamente de tender a ellas, sino también, como regla general, de alcanzarlas!

* * *

Quizá este fallo en darse cuenta de los «talentos» que yacen enterrados en sus almas sea la razón de por qué tantos religiosos tienen una visión equivocada de su vida religiosa. Para muchos el trabajo cotidiano consiste en una obligación especial —la enseñanza, la predicación, la beneficencia o el estudio, por ejemplo— como parte principal y esencial, junto a un cierto número de ejercicios de devoción que se insertan a la manera de ilustraciones accidentales, como necesaria concesión a su estado de vida, pero nada más; ¡algo que en modo alguno es de importancia primordial y que a menudo constituye una desventaja considerable para la tarea principal, y, en ocasiones, hasta una molestia! En cuanto a la vida interior, eso, dicen ellos, es objeto de una vocación especial que no tiene nada que ver con el religioso ordinario. Se nos da aquí una inversión completa de la verdadera escala de valores, unida a un error capital en cuanto a la naturaleza del fin primario y esencial del estado religioso, el cual —cualquiera que sea la naturaleza o propósito particular de una Congregación determinada— es *siempre* la santificación de los miembros individuales, a la cual, en general, ha de quedar subordinado todo.

A estos dos errores se puede atribuir gran parte de la sorpresa que muchos lectores sentirán al ver que las anteriores palabras de San Juan de la Cruz se aplican al religioso moderno; en realidad, gran parte de lo que se ha escrito en este libro parecerá a muchos rebuscado e impracticable, como una aplicación equivocada a la vida religiosa en general de lo que, según dicen, es realmente peculiar de la vida contemplativa. Esta visión es realmente el resultado de las opiniones erróneas que se acaban de señalar.

* * *

La naturaleza esencial de la vida cristiana y del estado religioso no ha cambiado un ápice; y todas las conclusiones basadas en esa naturaleza son *en la actualidad tan válidas como lo fueron en todas las épocas de la Iglesia*. La santidad es aún un deber primario y una posibilidad práctica. La exhortación de Nuestro Señor de que seamos perfectos, como es perfecto el Padre que está en los Cielos, es todavía tan instante y tan hacedero su cumplimiento como lo fue el día que la pronunció.

El alma de cada cristiano puede decir: «En cada momento de su vida Jesucristo pensó en *mí* y *me* amó; en todos sus padecimientos tuvo ante su mente y ante su vida *mis* necesidades; en todas sus alegrías su corazón quería participar estas alegrías *conmigo*; en todos sus trabajos, en su enseñanza, no cesó nunca de tener ante su vida *mi* santidad; una de sus mayores torturas fue el anhelo que sentía por *mi* felicidad y *mi* amor; sabía que había hecho y padecido más de cien veces lo necesario para hacerme santo a

mí. Vio claramente que el único obstáculo para el cumplimiento de su querido propósito era que yo mismo rehusaba confiarme a Él, creer en Él, entregar todos mis cuidados a Él, actuar creyendo en su palabra y someterme a su yugo suave y a la carga ligera que había dispuesto especialmente para mí; pues al ver mi pobreza, había vivido mi vida, por así decirlo, por mí, con su propia perfección, y anhelaba el día en que yo hiciera mío el resultado de su labor y de su padecimiento, haciendo lo que Él me pedía que hiciera.»

Todo esto no es exageración: Jesucristo ha merecido todo por nosotros, incluso el poder hacer nuestros sus méritos. Sólo necesita nuestra buena voluntad y humildad para ponernos en posesión de los frutos de sus trabajos. Y no pensemos que Jesucristo pierde de vista a cada uno de nosotros entre el enorme número de fieles: es Dios y tiene toda la infinitud de Dios. Su intenso amor hacia cada uno de nosotros no disminuye ni un ápice porque ame ardientemente a todos los hombres. De hecho, lograremos una imagen más fiel del Corazón de Jesús recordando que *me* amó, y se entregó por *mí*, que considerándonos como uno entre los millones que participan de su corazón.

Cada acto de la vida de Cristo fue de intenso deseo y apasionado amor por mí. Y no ha disminuido ese amor en su vida de Sacramento del Altar. Y, todavía más, puedo estar yo seguro de que no es menor en su vida en mi alma. En aquel terrible momento del Huerto, en cuyas profundidades, tratándose de cualquier otro, se podría hablar de desesperación, cuando lanzó aquel grito de la más amarga agonía, de la cual habla el salmista con aquellas palabras:

«¿Cuál es la utilidad de mi Sangre?», Él estaba padeciendo porque yo no iba a corresponder a su gracia; eran mis pecados, el rehusar confiar en Él, el rechazar su súplica, mi descreimiento en su amor, mi desconfianza en su poder y en sus planes, la dureza de mi corazón y mi egoísmo, mi autosuficiencia y mi pereza, lo que estaba en su mente y le hacía verter gotas de sudor, de su preciosa Sangre. *Y nos implora todavía que dejemos que fructifique en nuestras vidas su obra*, que demos algún valor a su preciosa Sangre, que tengamos un poco de confianza y de fe en su poder y en su amor.

En verdad, y desgraciadamente así es, nos puede decir aún Él: «¡Oh, vosotros, hombres de poca fe! ¿Por qué dudáis?» La caridad de Cristo nos apremia; el amor de Aquel que primero nos amó nos grita; estimulemos la gracia, la fe, la esperanza y la caridad que hay en nosotros mediante los sacramentos del agua, del aceite y del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Pensemos de qué se compone nuestro Alimento diario y consideremos cuál ha de ser nuestra fortaleza y nuestra vida. No digamos ya más que todo esto no es para nosotros, y recordemos que no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí. Démonos cuenta de que nuestra fortaleza es la fortaleza de Cristo, de que nuestras esperanzas y nuestras posibilidades son las posibilidades de Cristo, de que nuestras necesidades son las de Cristo, que nuestros méritos son los de Cristo, que nuestro espíritu es el Espíritu de Cristo, el Paráclito, el «Confortador», el Espíritu de Dios, y renovemos nuestro ánimo y nuestra decisión, y llenos de una renacida esperanza y confianza completa en la palabra de Dios, recordando que somos el

Cuerpo de Cristo, lancémonos de nuevo a las profundidades donde hemos estado trabajando sin éxito, decididos ahora a procurar con confianza esa perfección que el corazón de Jesucristo anhela encontrar en nosotros, y producida en nosotros y con nosotros.

En particular, que cada alma renueve su esperanza y su intención de perseverar en la oración. En primer lugar tiene que tomar la resuelta decisión de no abandonar nunca en ninguna circunstancia su intento de progresar en la oración. Que tome la oración como debe tomar toda la vida espiritual, como una búsqueda de Jesús, un esfuerzo por una estrecha unión con Jesucristo. Medite todo lo que sea necesario —durante la lectura espiritual, si hiciere falta—, pero pase a orar a Nuestro Señor expresándose como mejor le parezca, tan pronto como pueda y con la frecuencia posible. No tema hablar a Dios sin palabras siempre que pueda, y así se irá acercando constantemente a Jesucristo. Haga durante todo el día frecuentes aspiraciones a Jesucristo; no deberán ser largas y no hace falta que sean verbales; un suspiro o una sonrisa del corazón es suficiente. Busque a Jesucristo en todas las cosas; únase a Jesucristo haciendo lo que a Él le complace, haciendo la voluntad de Dios. Ésta es la manera de no apartarnos de Jesucristo. Cuando llegue la ocasión, y pueda sentir a Jesucristo cerca, aprovéchela; pero no ha de adherirse a la presencia sensible de Jesucristo de tal forma que le impida que se vaya cuando el Maestro decide que es conveniente para el alma privarla de su presencia sensible y enviarle otro Confortador.

Aunque parezca que se ha perdido toda facultad de orar y que el tiempo de la oración se convierte en

un período de distracción y aridez, no pierda el ánimo ni mude su resolución. Su oración entonces consistirá en someterse a la voluntad de Dios tan completa y generosamente como le sea posible. No vacilará en hacer uso de cualquier recurso de que disponga para ayudarse a luchar contra las distracciones. Para muchos es de gran ayuda un libro, pero esto no se hará en forma tal que se convierta la oración en lectura espiritual; *se ha de detener con frecuencia y volver el corazón a Dios y escuchar para ver si Él nos tiene que decir algo.*

La perseverancia en esta dura prueba tiene una gran recompensa y llega al corazón de Dios. El alma ha de intentar estar dispuesta a aceptar cualquier sufrimiento que Dios le envíe, pues la unión con Jesucristo queda sellada compartiendo sus sufrimientos y por nuestro paciente aguante nos hacemos partícipes de la Pasión de Cristo.

Sin embargo, *nuestro principal objetivo ha de ser la humildad.* El reino de Dios está ya dentro de nosotros, pero lo hacemos nuestro con nuestra pobreza de espíritu. Éste es nuestro título para unirnos con Dios y es el primer principio de la vida espiritual que Nuestro Señor enseñó públicamente. El alma, por tanto, no ha de confiar nunca, nunca, en sí misma, y por encima de todo no ha de cesar nunca, nunca, bajo ninguna circunstancia, de confiar absolutamente en Jesucristo; Dios se hizo hombre para salvar a los pecadores, para dar la vida a aquellos que estaban muertos por el pecado, para dar fortaleza al débil y afligido, y entregarse al humilde, al pobre de espíritu. Acatemos su palabra, entreguémonos noso-

tros mismos a Él con humildad obediente y amorosa confianza, digámosle con María: «Hágase en mí según tu palabra», y entonces estaremos llenos de Cristo, por el cual, con el cual y en el cual, en unidad del Espíritu Santo, se da toda gloria a Dios.

APÉNDICE

Al recorrer la literatura correspondiente parece que hay *dos diferentes visiones acerca del objetivo del ejercicio* que se conoce con el nombre de meditación.

Algunas veces se subraya su naturaleza reflexiva y se la considera como un medio para formarse una idea de Dios, de la vida humana de su Hijo, de las verdades sobrenaturales, para formar convicciones, las cuales son la fuente principal de nuestra vida espiritual. En otras ocasiones, se subordina la reflexión a la producción de afectos, y se atiende, sobre todo, a los actos que se han de hacer.

Podría decirse que el primer punto de vista la ve como una tarea de la cabeza, mientras el segundo la considera como una labor del corazón. Este contraste, sin embargo, es demasiado violento. Aunque las reflexiones, teóricamente hablando, son distintas en absoluto de los afectos, en la práctica, sin embargo, no se pueden separar tan fácilmente. En realidad, no se puede pensar en tales materias sin ser movido a la producción de alguna clase de afectos, aunque

esto sea completamente inconsciente; y no se puede hablar a Nuestro Señor sin pensar de alguna forma en Él. Sin embargo, hay, quizá, una diferencia de acentuación entre ambos puntos de vista y por eso algunos preferirían que se fuese menos explícito, en cuanto a dejar a un lado las consideraciones cuando empiezan a presentarse los afectos, que lo que hemos sido en los capítulos III y IV.

Nadie puede poner en duda el valor de la reflexión sistemática para la formación de la vida espiritual, pero hay muchas almas que encuentran tal dificultad en perseverar en ella que corren el peligro de abandonar el ejercicio, sin sustituirlo por otro. Para disminuir ese peligro hemos hecho hincapié en el aspecto afectivo de la oración mental y hemos insistido, al mismo tiempo, en la importancia de la lectura espiritual. *Estas dos recomendaciones se han de tomar en conjunto*; ambas son partes indispensables de un plan único que consiste en combatir la tendencia a la concentración, distribuyendo en diferentes partes del día los ejercicios que algunas veces se agrupan con el nombre de meditación. Hay que notar, además, que hemos insistido, en primer lugar, en que la meditación, en el sentido de un pensamiento informal y frecuentemente espontáneo acerca de asuntos espirituales, durante el curso del día, no se ha de abandonar nunca; y en segundo lugar, que el alma ha de estar siempre dispuesta a utilizar consideraciones formales cuando sea posible al tiempo de la oración, siempre y cuando cese de haber facilidad para la formación de actos. Este último punto se aplica no solamente a una hora determinada de oración, sino

también a todo el período de la vida espiritual. Sólo en tales consideraciones se puede con seguridad pedir insistentemente que se atienda al aspecto afectivo de la oración mental.

A nuestro entender, la oración mental y la lectura espiritual (o sus equivalentes) son, normalmente, esenciales para una vida espiritual saludable. Consideramos que la lectura espiritual, y la consiguiente reflexión informal a la cual conduce, sirven para la formación de aquellas ideas y convicciones que se intentan con la meditación sistemática.

Puede venir un momento en que ni la consideración ni los afectos son posibles en la oración, y la aridez y las distracciones son tales que sentimos la necesidad de una ayuda. Es consolador recordar que Santa Teresa, que había avanzado mucho en los caminos de la oración durante los primeros años de su vida religiosa, posteriormente se encontró incapaz de orar sin un libro durante más de catorce años. En tales circunstancias, puede ser de gran ayuda para las almas un libro apropiado. Sin embargo, han de tener cuidado en no pasarse todo el tiempo de la oración en mera lectura, sino que han de hacer frecuentes pausas, bien para intentar producir algunos afectos, con palabras o sin ellas, bien para permitir, por lo menos, el desarrollo de algún afecto, aunque sea imperceptible, que se haya podido producir por la lectura. Sucede en ocasiones que el único camino para guardarse de las distracciones consiste en mantener un libro y proceder en esa forma. El mejor tipo de libro es el que contenga suficientes actos, pero su estilo y contenido han de estar en armonía con el carácter

del alma; de todas formas no es conveniente leerlo simplemente. Aunque no se haga más que una pausa para murmurar solamente el nombre de Jesucristo o el de su Santísima Madre, podemos estar muy satisfechos con esos intentos de oración.

NIHIL OBSTAT: LIC. LORENZO VICENTI, CENSOR. MADRID, 25 DE AGOSTO DE 1956. IMPRÍMASE: JOSÉ MARÍA, OBISPO AUXILIAR Y VICARIO GENERAL.

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR
EDICIONES RIALP, S. A.,
ALCALÁ, 290, 28027 MADRID,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ANZOS, S. L.,
FUENLABRADA (MADRID),
EL DÍA 5 DE MAYO DE 2006.

PATMOS, LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

Selección de títulos

6. JESÚS URTEAGA LOIDI: *El valor divino de lo humano*. (Cuadragésima edición.)
7. NICOLÁS CABASILAS: *La vida en Cristo*. (Cuarta edición.)
8. UN CARTUJO: *La vida en Dios (Introducción a la vida espiritual) y Sermones capitulares*. (Sexta edición.) Prólogo de JUAN BAUTISTA TORELLÓ.
10. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *Dificultades en la oración mental*. (Decimoquinta edición.)
- 27-28. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *El amor supremo*. (Sexta edición.)
33. UN CARTUJO: *La Trinidad y la vida interior*. (Tercera edición.) Prólogo del Excelentísimo y Reverendísimo señor Doctor Fray JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, O.S.A., Obispo de Tuy. Presentación de REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O.P.
35. FRANCISCA JAVIERA DEL VALLE: *Decenario al Espíritu Santo*. Edición y presentación de FLORENTINO PÉREZ-EMBED. (Decimoséptima edición.)
55. RONALD A. KNOX: *El torrente oculto*. (Quinta edición.)
56. GEORGES CHEVROT: *Simón Pedro*. (Vigesimoprimer edición.)
59. GEORGES CHEVROT: *Las Bienaventuranzas*. (Decimocuarta edición.)
60. FEDERICO SUÁREZ: *La Virgen Nuestra Señora*. (Vigesimosexta edición.)
74. JEAN DE FABRÉGUES: *El santo cura de Ars*. (Sexta edición.)
99. EDWARD LEEN: *El Espíritu Santo*. (Tercera edición.)
100. JESÚS URTEAGA: *Dios y los hijos*. (Vigesimosegunda edición.)
105. JOSEPH LUCAS: *Nosotros, hijos de Dios*. (Cuarta edición.)
110. SALVADOR CANALS: *Ascética meditada*. (Vigesimoctava edición.)
112. C. BARTHAS: *La Virgen de Fátima*. (En colección Biografías y Testimonios.)
114. RONALD A. KNOX: *Sermones pastorales*.
123. PIUS-AIMONE REGGIO, O.P.: *¿Por qué la alegría?* (Tercera edición.)

129. FEDERICO SUÁREZ: *El sacerdote y su ministerio*. (Sexta edición.)
141. FEDERICO SUÁREZ: *La puerta angosta*. (Decimotercera edición.)
143. PIE RÉGAMEY: *Los mejores textos sobre la Virgen María*. Traducción y notas de FEDERICO DELCLAUX. (Segunda edición.)
150. FEDERICO SUÁREZ: *La paz os dejo*. (Séptima edición.)
153. JESÚS URTEAGA: *Cartas a los hombres*. (Cuarta edición.)
154. LEO J. TRESE: *La fe explicada*. (Vigesimotercera edición.)
155. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Escritos de catequesis*. (Tercera edición.)
158. GEORGES CHEVROT: *El pozo de Sicar*. (Tercera edición.)
159. FEDERICO SUÁREZ: *La vid y los sarmientos*. (Tercera edición.)
164. DOM VITAL LEHODEY: *El Santo Abandono*. (Undécima edición.)
165. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE: *El Salvador y su amor por nosotros*. Revisión y prólogo de FEDERICO DELCLAUX.
169. JOSÉ MIGUEL PERO-SANZ: *La hora sexta*. (Tercera edición.)
170. FEDERICO SUÁREZ: *Después de esta vida*. (Quinta edición.)
172. JESÚS URTEAGA LOIDI: *Los defectos de los santos*. (Décima edición.)
174. CHARLES JOURNET: *Charlas acerca de la Gracia*.
180. FEDERICO SUÁREZ: *José, esposo de María*. (Séptima edición.)
183. BONAVENTURE PERQUIN, O.P.: *Abba, Padre*. (Tercera edición.)
184. MARIE-DOMINIQUE PHILLIPPE: *Misterio de María*. (Segunda edición.)
190. ANTONIO FUENTES MENDIOLA: *El sentido cristiano de la riqueza*. (Segunda edición.)
191. J. A. GONZÁLEZ LOBATO: *Caminando con Jesús*. (Sexta edición.)
194. FEDERICO SUÁREZ: *El sacrificio del altar*. (Sexta edición.)
196. ANTONIO FUENTES: *La aventura divina de María*. (Segunda edición.)
198. F. X. FORTÚN: *El Sagrario y el Evangelio*. Presentación de ROSENDO ÁLVAREZ. Obispo de Jaca. (Tercera edición.)
202. JULIO EUGUI: *Dios, desconocido y cercano*.
204. JUAN LUIS LORDA: *Para ser cristiano*. (Novena edición.)
205. MAUREEN MULLINS: *Nuestra rosa. Reflexiones sobre la vida de Nuestra Señora la Virgen María*.
206. JESÚS MARTÍNEZ GARCÍA: *Hablemos de la Fe*.
208. D. J. LALLEMENT: *Encontrar a Jesucristo*.
209. FEDERICO SUÁREZ: *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. (Octava edición.)
211. HENRI CAFFAREL: *No temas recibir a María, tu esposa*.
212. ROBERT HUGH BENSON: *La amistad de Cristo*. (Cuarta edición.)
213. AMBROISE GARDEIL: *El Espíritu Santo en la vida cristiana*.
214. LEO J. TRESE: *El Espíritu Santo y su tarea*. (Segunda edición.)
215. MONS. JUAN LUIS CIPRIANI: *Testigos vivos de Cristo*.
216. JOSÉ MANUEL IGLESIAS: *Vida Eucarística*. (Tercera edición.)
217. JACQUES PHILIPPE: *Tiempo para Dios*. (Novena edición.)
218. SCOTT HAHN: *La cena del Cordeiro*. (Novena edición.)
219. JOSÉ ANTONIO GALERA: *Sinceridad y fortaleza*.
220. SCOTT HAHN: *Dios te salve, Reina y Madre*. (Quinta edición.)
221. JOSÉ MORALES MARTÍN: *Jesús de Nazaret*.
222. JACQUES PHILIPPE: *La libertad interior*. (Octava edición.)
223. JUAN ANTONIO GONZÁLEZ LOBATO: *Luces del Rosario*.
224. JACQUES PHILIPPE: *La paz interior*. (Octava edición.)
225. SCOTT HAHN: *Lo primero es el Amor*. (Tercera edición.)
226. JACQUES PHILIPPE: *En la escuela del Espíritu Santo*. (Cuarta edición.)
227. JOHANNES MESSNER: *La aventura de ser cristiano*. (Segunda edición.)
228. JOSÉ ORLANDIS: *La aventura de la vida eterna*.
229. JOSÉ MORALES: *El hombre nuevo*.
230. JOSÉ ORLANDIS: *Los signos de los tiempos*.
231. JOSÉ MORALES: *Madre de la Gracia*.

más cristianos que buscan la santidad en medio de su vida cotidiana. Porque la oración es totalmente necesaria para la vida cristiana, y no puede estar vinculada a métodos complicados y difíciles, sino que debe ser como la respiración del cristiano.

El autor nos muestra la oración como el resultado de una intimidad y amistad progresivas con Dios, y describe cómo se puede procurar y encontrar esta unión, mediante un trato siempre creciente con Jesucristo.